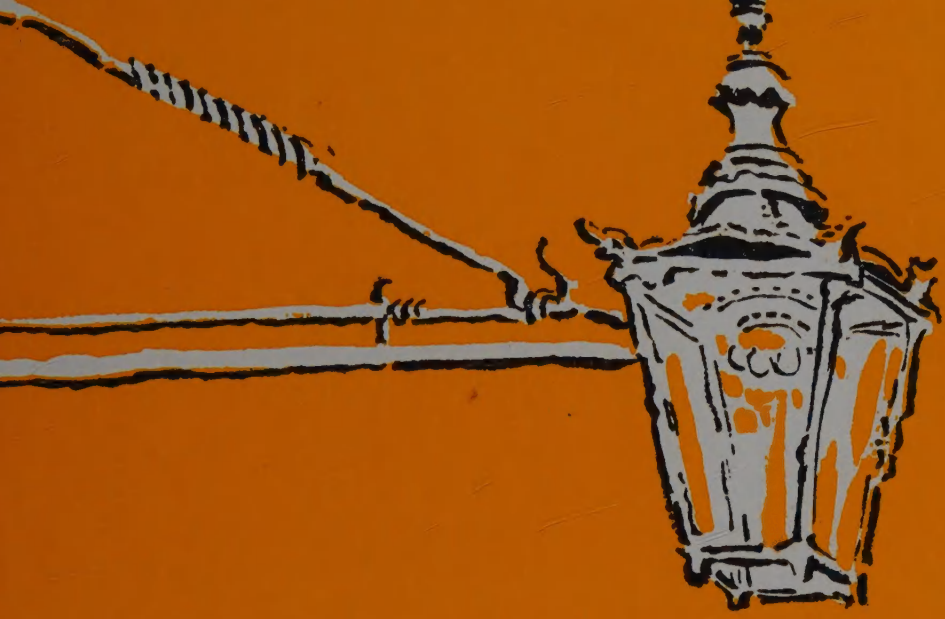


El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde

Robert Louis Stevenson

Ilustraciones
de Mervyn Peake

ALBA CLÁSICA

ROBERT LOUIS STEVENSON nació en Edimburgo en 1850, hijo de un próspero ingeniero de una familia de constructores de faros. Aunque de él se esperaba que siguiera la profesión familiar, se le permitió estudiar Derecho; pero, al terminar la carrera en 1875, tenía ya muy clara su vocación de escritor. Aquejado ya por entonces de una enfermedad respiratoria de la que nunca se desprendería, viajó por Francia y conoció el mundo literario y artístico. Sus primeros libros fueron precisamente crónicas de viaje: *An Inland Voyage* (1876) y *Viajes con una burra* (1879). Enamorado de la norteamericana Fanny Osborne, cruzó el Atlántico y todo el continente hasta California para casarse con ella, según dejaría constancia en *El emigrante por gusto* (1894; ALBA CLÁSICA núm. XXXVI) y su continuación, *Across the Plains* (1894). Sin embargo, fue el universo de sus ficciones el que cautivó a su siglo y, desde entonces, a la posteridad: entre sus inolvidables creaciones cabe mencionar los relatos recogidos en *Las nuevas mil y una noches* (1882; ALBA CLÁSICA MAIOR núm. IX), las novelas *La isla del tesoro* (1883), *La flecha negra* (1883) o *Secuestrado* (1886), y la novela corta *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde* (1886). Constante viajero, a la vez por espíritu de aventura y por motivos de salud, se instalaría en 1889 en Upolu, una isla de los mares del Sur. De esa época son *Los traficantes de naufragios* (1892), *Bajamar* (1894) y los ensayos de *En los mares del Sur* (1894). Murió en 1894 y fue enterrado en la cima del monte Vaea.

EL EXTRAÑO CASO DE DOCTOR JEKYLL Y EL SEÑOR HYDE

ROBERT LOUIS STEVENSON

EL EXTRAÑO CASO DEL DOCTOR JEKYLL Y EL SEÑOR HYDE

Ilustraciones de Mervyn Peake

Traducción
Catalina Martínez Muñoz

Apéndice
Robert Mighall

ALBA

ALBA CLÁSICA
Colección dirigida por Luis Magrinyà

TÍTULO ORIGINAL: *The Strange Case of Dr Jekyll and Mr Hyde*
© DE LA TRADUCCIÓN: Catalina Martínez Muñoz
© DE LAS ILUSTRACIONES: Mervyn Peake, 1948
© DEL APÉNDICE: *Diagnosing Jekyll: The Scientific Context of Dr Jekyll's Experiment and Mr Hyde's Embodiment*, Robert Mighall, 2002

© DE ESTA EDICIÓN: **ALBA EDITORIAL, s.l.u.**
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www. albaeditorial.es

DISEÑO: Pepe Moll de Alba

Ilustración de cubierta: Mervyn Peake

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2015

ISBN: 978-84-9065-061-5
DEPÓSITO LEGAL: B-26.281-14

IMPRESIÓN: Liberdúplex, s.l.u.
Ctra. BV 2241, Km 7,4 Polígono Torrentfondo 08791 Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

IMPRESO EN ESPAÑA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,www.cedro.org)si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamenteprohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidosla reprografía y el tratamiento informático,y su distribución mediante alquilero préstamo públicos.

ÍNDICE

Nota al texto ____ 11

La historia de la puerta ____ 15
La búsqueda del señor Hyde ____ 25
El doctor Jekyll estaba muy tranquilo ____ 39
El caso del asesinato de Carew ____ 45
El incidente de la carta ____ 53
El extraño episodio del doctor Lanyon ____ 61
El incidente de la ventana ____ 69
La última noche ____ 75
La narración del doctor Lanyon ____ 93
Declaración completa de Henry Jekyll ____ 105

Apéndices

Un capítulo sobre los sueños, por Robert Louis Stevenson ____ 133
Diagnóstico de Jekyll: el contexto científico del doctor Jekyll, por Robert Mighall ____ 149

NOTA AL TEXTO

El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde se publicó en Londres el 9 de enero de 1886 (Longmans, Green & Co.). La traducción se basa en el texto de esta primera edición.

A KATHARINE DE MATTOS

No está bien soltar los lazos que Dios decretó anudar.
Seremos todavía los niños del viento y los brezales.
Muy lejos de casa, aún para ti y para mí
sigue el viento azotando el país del norte.

LA HISTORIA DE LA PUERTA

EL SEÑOR UTTERSON, el abogado, era un hombre de facciones duras que jamás se iluminaban con una sonrisa; de hablar frío, lacónico y desmañado; de opiniones chapadas a la antigua; enjuto, alto, un carcamal sin gracia, y sin embargo encantador. En las reuniones de amigos y también cuando el vino era de su agrado, sus ojos cobraban un brillo intensamente humano y traslucían algo que, si bien nunca se abría camino en su conversación, no se expresaba únicamente en estos símbolos silenciosos de su cara de sobremesa sino con mayor frecuencia y rotundidad en su manera de obrar en la vida. Era frugal consigo mismo: cuando estaba a solas, para disciplinar su aprecio por los vinos de buena cosecha, bebía ginebra y, aunque le gustaba el teatro, llevaba veinte años sin pisar ninguno. Con los demás, por el contrario, era tolerante. A veces pensaba, casi con envidia, en la intensidad de la pasión que impulsa a la gente a cometer sus fechorías, y en situaciones límite se inclinaba por ayudar antes que por recriminar. «Tengo predisposición a seguir la herejía de Caín –era su pintoresca explicación–. Dejo que mi hermano se vaya al demonio como mejor le plazca.» Por tener este carácter, a menudo le tocó en suerte ser la última relación respetable y la última influencia sana en la vida de aquellos que avanzaban hacia la perdi-

ción. Y mientras continuaran yendo por su bufete, su actitud con ellos jamás variaba un ápice.

No cabe duda de que esta proeza le resultaba fácil al señor Utterson, pues era en el mejor de los casos poco dado a manifestar sus sentimientos, e incluso sus amistades parecían cimentarse en una prodigalidad y buena disposición similares. Es propio del hombre sencillo aceptar el círculo de amigos que la ocasión le brinda, y así era nuestro abogado. Sus amigos eran los de su misma sangre, o aquellos a los que conocía desde antiguo, y sus afectos, como la hiedra, crecían con el tiempo, al margen de las virtudes que mostrara quien los recibía. De esta especie eran, sin duda, los lazos que lo unían al señor Richard Enfield, pariente lejano suyo y hombre muy conocido en la ciudad. Eran muchos los que se preguntaban qué verían el uno en el otro o qué podían tener en común. Quienes se cruzaban con ellos los domingos, de paseo, aseguraban que iban callados, parecían extrañamente aburridos y saludaban con notorio agrado la aparición de algún amigo. Sin embargo, ambos apreciaban en grado sumo estas excursiones, las consideraban la joya de la semana, y no solo renunciaban a la oportunidad de divertirse sino que hasta se resistían a la llamada del deber para disfrutar de estos ratos sin interrupciones.

Sucedió que una de estas caminatas llevó a los dos amigos hasta una callejuela de un barrio muy concurrido de Londres. La calle era pequeña y estaba lo que se dice tranquila, aunque los días laborables desplegaba una próspera actividad comercial. Al parecer a sus vecinos les iban bien las cosas y todos tenían la ambición de que les fueran todavía mejor para gastar en coqueterías el excedente de sus ingresos; de ahí que los escaparates se sucedieran con un aire tentador como filas de sonrientes dependientas. Incluso los domingos, cuando un velo cubría sus más floridos encantos y estaba casi desierta en comparación con el resto de la semana, la calle relucía en contraste con la suciedad del barrio como una

hoguera en mitad de un bosque y, con sus contraventanas recién pintadas, sus bronces bien pulidos y su nota general de alegría y limpieza, al instante captaba y complacía la mirada de los transeúntes.

A dos puertas de una esquina, a mano izquierda yendo hacia el este, interrumpía la línea de las fachadas la entrada a un patio y, justo en este punto, un edificio algo siniestro invadía la calle con su portal. Era una construcción de dos pisos, sin ventanas, con una sola puerta en la planta baja y un muro ciego y deslucido en la planta superior, que en todos sus detalles llevaba impresa la sórdida marca del abandono. La pintura de la puerta, desprovista de campana o llamador, formaba burbujas en unas partes y se había desprendido en otras. Los vagabundos se acurrucaban en el quicio y prendían sus fósforos en los cuarterones; los niños montaban tiendas en los peldaños; algún colegial había probado su navaja en los marcos, y por espacio de casi una generación no parecía que nadie hubiese ahuyentado a estos visitantes fortuitos ni reparado en los destrozos que causaban.

El señor Enfield y el abogado iban por la acera contraria, pero al llegar frente al callejón, el primero levantó su bastón y señaló con la punta.

–¿Te has fijado alguna vez en esa puerta? –preguntó, y, después de que su amigo hubiera respondido afirmativamente, añadió–: Para mí está asociada a un suceso muy extraño.

–¿Ah, sí? –se interesó el señor Utterson, cambiando ligeramente el tono de su voz–. Y ¿cuál fue ese suceso?

–Verás, ocurrió lo siguiente –contestó el señor Enfield–. Volvía yo a casa desde el quinto pino una oscura madrugada de invierno, a eso de las tres, y mi camino me llevó por una zona de la ciudad donde no había literalmente nada más que farolas. Calle tras calle, y todo el mundo durmiendo. Calle tras calle, decía, y las farolas iluminadas como si fuera a pasar una procesión, aunque todo esta-

ba desierto como una iglesia. Bueno, pues me sumí en ese estado en el que uno escucha y escucha y empieza a tener ganas de encontrarse con un policía. De repente vi dos figuras: la de un hombre pequeño que andaba con mucho brío y la de una niña de unos ocho o diez años que corría con todas sus fuerzas por una calle transversal. Pues bien, amigo mío, al llegar a la esquina chocaron el uno con la otra, como es lógico. Y aquí viene la parte horrorosa, y es que el hombre, después de arrollarla, la pisoteó, sin inmutarse, y la dejó gritando en el suelo. Así contado no parece nada, pero verlo fue espeluznante. Más que un hombre parecía un Juggernaut*. Di la voz de alarma, salí corriendo, agarré del cuello a mi caballero y lo llevé de nuevo donde la niña seguía gritando, para entonces rodeada de un buen grupo de personas. El desconocido estaba completamente tranquilo y no opuso resistencia, pero me dirigió una mirada terrorífica y me puse a sudar a chorros. Resultó que aquellas personas eran la familia de la niña, y poco después llegó el médico al que habían avisado. Bueno, la niña no había sufrido daños graves, aparte del susto, según el matasanos. Y quizá creas que ahí acabó todo, pero no fue así. Se dio una curiosa circunstancia. El caballero me había parecido repugnante a simple vista. Y lo mismo le ocurrió a la familia de la niña, como es natural. Pero fue la reacción del médico lo que me llamó la atención. Era el clásico curalotodo normal y corriente, de edad y aspecto indefinidos, con marcado acento de Edimburgo y la misma sensibilidad que un trozo de madera. Era como cualquiera de nosotros, pero cada vez que miraba a mi prisionero, veía yo que el matasanos se ponía enfermo y blanco, de las ganas de matarlo que tenía. Cada uno de nosotros sabía lo que pensaba el otro, pero, como matarlo era impensable, hicimos cuanto pudimos dadas las cir-

* Dios hindú. Cuando su imagen es sacada en procesión, sus adoradores se arrojan debajo de las ruedas del carro que la lleva. *[Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.]*

cunstancias. Amenazamos al individuo con organizar un escándalo capaz de arrastrar su nombre por el fango de punta a punta de Londres. Le dijimos que, si aún conservaba alguna amistad o algún prestigio, ya nos encargaríamos nosotros de que los perdiera. Y, a la vez que le poníamos de vuelta y media, hacíamos lo posible por tranquilizar a las mujeres, que querían atacarlo como arpías. En la vida había visto yo un círculo de rostros más llenos de odio, y en su centro aquel hombre, con una especie de frialdad honda y despectiva (aunque se le veía también asustado), pero sobrellevando la situación como un verdadero Satán.

»–Si lo que quieren es sacar partido de este accidente –dijo–, naturalmente me tienen en sus manos. Un caballero siempre procura evitar el escándalo. Díganme cuánto quieren.

»Así que le apretamos las tuercas hasta que le sacamos cien libras para la familia de la niña. Era evidente que no le hacía ninguna gracia, pero vio que podíamos hacerle daño y terminó por acceder. Lo siguiente era darnos el dinero. Y ¿qué crees que hizo entonces? Pues nos llevó precisamente a esa puerta: sacó una llave, entró y salió poco después con diez libras en monedas de oro y un cheque extendido contra la banca Coutts, por valor de la cantidad restante, al portador y firmado con un nombre que no puedo decir, aun cuando ésta sea una de las claves de mi historia, porque se trata de un personaje muy conocido y frecuente en los medios impresos. La cifra era alta, pero la firma, si es que era auténtica, valía mucho más. Me tomé la libertad de señalar al caballero en cuestión que todo aquel asunto me parecía sospechoso y que un hombre, en la vida real, no entra por la puerta de un sótano a las cuatro de la madrugada y sale con un cheque que lleva estampado el nombre de otro por un valor cercano a las cien libras. Pero se mostró de lo más tranquilo y desdeñoso.

»–No se preocupen –dijo–. Me quedaré con ustedes hasta que abran los bancos y yo mismo cobraré el cheque.

»Conque nos marchamos los cuatro: el médico, el padre de la niña, nuestro amigo y yo, y pasamos lo que quedaba de la noche en mis habitaciones. Ya de día, después de desayunar, fuimos todos al banco. Yo mismo entregué el cheque diciendo que tenía fundadas razones para creer que era falso. Ni muchísimo menos. El cheque era auténtico.

–Vaya, vaya –dijo el señor Utterson.

–Veo que piensas lo mismo que yo –contestó el señor Enfield–. Es una historia sin pies ni cabeza. Porque mi hombre era un tipejo con el que nadie querría relacionarse, un hombre en verdad muy dañino, mientras que quien había extendido el cheque es un dechado de virtudes, famoso además, y (para colmo de males) una de esas personas que se dedican a hacer lo que llaman el bien. Un chantaje, me figuro; un hombre honrado obligado a pagar por algún desliz cometido en su juventud. La Casa del Chantaje es como llamo yo a ese edificio desde entonces. Aunque ni siquiera eso basta para explicarlo todo –añadió. Y con estas palabras se entregó a sus cavilaciones.

De ellas lo sacó el señor Utterson al preguntarle de sopetón:

–Y ¿no sabes si el que extendió el cheque vive aquí?

–Sería muy probable, ¿no? –replicó el señor Enfield–. Pero resulta que me fijé en la dirección y vive en no sé qué plaza.

–Y ¿nunca te has interesado por esa puerta? –dijo el abogado.

–No, señor. He tenido esa delicadeza –fue la respuesta de su amigo–. Soy muy poco partidario de hacer preguntas. Eso es más propio del día del Juicio Final. Uno hace una pregunta y es como si lanzara una piedra. Se queda uno tranquilamente sentado en la cima de un monte y allá que va la piedra, empujando a otras, hasta que le da en la cabeza a un pobre infeliz (el último que a uno se le ocurriría) que está en el jardín de su casa, y la familia tiene que cambiar de apellido. No, señor. Para mí ya es una norma: cuanto más raro parece algo, menos preguntas hago.

–Y bien buena norma que es –concluyó el abogado.

–Pero he investigado el edificio por mi cuenta –prosiguió el señor Enfield–. No parece una casa. No hay otra puerta y nadie entra ni sale por ésa más que, solo muy de vez en cuando, el caballero de mi aventura. Tres ventanas miran al patio en el primer piso; ninguna en la planta baja; las ventanas están siempre cerradas, pero limpias. La chimenea generalmente está humeando, y eso significa que ahí vive alguien. Sin embargo, no estoy seguro, porque los edificios están tan apiñados alrededor de ese patio que no se sabe dónde termina uno y dónde empieza el otro.

Los dos amigos continuaron andando un rato en silencio, hasta que el señor Utterson señaló:

–Es buena esa norma tuya, Enfield.

–Sí, yo también lo creo –replicó el aludido.

–Sin embargo –continuó el señor Utterson–, hay un detalle que quiero preguntarte. ¿Cómo se llamaba el caballero que arrolló a la niña?

–Bueno, no veo que pueda haber ningún mal en decírtelo. Se llamaba Hyde.

–Ya –dijo el abogado–. Y ¿cómo es físicamente?

–No es fácil describirlo. Hay algo raro en su apariencia, algo desagradable, algo directamente detestable. Nunca he visto un hombre que me pareciera tan repulsivo, y al mismo tiempo, no sé por qué. Debe de tener alguna deformidad. Da la sensación de que tiene alguna deformidad, pero no sabría decir cuál. Tiene un aspecto muy extraño y al mismo tiempo en realidad no puedo señalar nada que se salga de lo normal. No, señor. No veo por dónde cogerlo. No puedo describirlo. Y no es por falta de memoria, pues te aseguro que ahora mismo lo estoy viendo.

De nuevo el señor Utterson guardó silencio, visiblemente sumido en sus reflexiones.

–¿Estás seguro de que tenía una llave? –preguntó al fin.

–Amigo mío... –empezó a decir el señor Enfield, con perplejidad.

–Sí, ya lo sé. Y sé que parece extraño. El caso es que si no te pregunto cómo se llamaba la otra parte es porque ya lo sé. Verás, Richard, tu historia ha llegado a mis oídos. Si no has sido exacto en algún punto, harías bien en rectificarlo.

–Tendrías que haberme avisado –replicó su amigo con un punto de enfado–. Pero he sido exacto, como dices, hasta la pedantería. Ese hombre tenía una llave y, lo que es más, todavía la tiene. No hace ni una semana que lo vi abrir esa puerta.

Al señor Utterson se le escapó un hondo suspiro, pero no dijo nada, y su joven compañero tomó la palabra de nuevo:

–A ver si aprendo a callarme de una vez –dijo–. Me avergüenzo de tener la lengua tan larga. Hagamos un trato: no volveremos a hablar de este asunto.

–Te lo prometo, Richard –contestó el abogado–. De todo corazón.

LA BÚSQUEDA DEL SEÑOR HYDE

AQUELLA NOCHE, EL abogado Utterson regresó a su casa de soltero de un humor sombrío y se sentó a la mesa sin ganas. Los domingos, después de cenar, tenía la costumbre de acomodarse al lado del fuego, con un árido volumen de teología en el atril, hasta que el reloj de la iglesia cercana daba las doce, hora en que se iba a la cama sobrio y agradecido. La noche en cuestión, por el contrario, en cuanto retiraron el mantel, cogió una vela y fue a su despacho. Allí abrió su caja fuerte, sacó de la parte más recóndita un sobre que decía «Testamento del doctor Jekyll» y se sentó a estudiar el documento con el ceño fruncido. El testamento era ológrafo, porque Utterson, aunque se hizo cargo de él una vez redactado, se había negado a prestar ninguna ayuda en su elaboración. En él se estipulaba que, en caso de fallecimiento de Henry Jekyll, doctor en Medicina, doctor en Derecho Civil, doctor en Leyes y miembro de la Royal Society, todas sus propiedades debían quedar en manos de su «amigo y benefactor Edward Hyde», mientras que, si se daba la circunstancia de que el doctor Jekyll «desapareciera o se ausentara sin dar explicaciones por un período superior a los tres meses», el susodicho Edward Hyde debía tomar posesión de los bienes de Henry Jekyll sin más dilación y libre de cualquier obli-

gación o carga, salvo el pago de unas pequeñas sumas al personal de servicio del doctor. Hacía algún tiempo que este documento se había convertido en un dolor de cabeza para el abogado. Le ofendía, como letrado y como amante de la cordura y la tradición, contrario a la extravagancia y la inmodestia. Y si hasta la fecha había inflamado su indignación no saber quién podía ser el tal señor Hyde, ahora, por un azar inesperado, era saberlo lo que provocaba su enfado. Si la cosa ya no pintaba bien cuando aquél era un nombre del que nada podía averiguar, peor aún fue cuando el tal nombre empezó a arroparse con atributos detestables. Y de la cambiante y etérea bruma que desde hacía tanto tiempo lo desconcertaba, saltó de repente el presentimiento concreto de un ser diabólico.

–Lo tomé por locura –dijo, mientras restituía el odioso documento a la caja fuerte–, y ahora empiezo a temer que sea ignominia.

Dicho esto, apagó la vela, se puso un abrigo y se encaminó a Cavendish Square, la ciudadela de la medicina, donde su buen amigo, el gran doctor Lanyon, tenía su residencia y recibía a sus numerosos pacientes. «Si alguien lo sabe, será Lanyon», había pensado.

El solemne mayordomo lo conocía y le dio la bienvenida. Sin hacerle esperar ni un segundo, lo acompañó directamente a la puerta del comedor, donde el doctor Lanyon se encontraba a solas con su copa de vino. Era éste un caballero cordial, sano, atildado y rubicundo, con el pelo sorprendente y prematuramente blanco, de modales campechanos y enérgicos. Nada más ver al señor Utterson, se levantó de un salto de su butaca y lo saludó estrechándole las dos manos. Su simpatía característica podía resultar a primera vista algo teatral, pese a que respondía a un sentimiento genuino. Y es que ambos eran viejos amigos, antiguos compañeros tanto de colegio como de universidad que se respetaban plenamente a sí mismos a la vez que se profesaban respeto mutuo y, cosa que no

siempre sigue a lo anterior, disfrutaban el uno en compañía del otro.

Tras unos primeros momentos de imprecisa conversación, el abogado planteó el asunto que de una manera tan desagradable ocupaba sus pensamientos.

–Supongo, Lanyon –dijo–, que tú y yo debemos de ser los amigos más antiguos de Henry Jekyll.

–Ya me gustaría ser de los más jóvenes –respondió entre risas el doctor Lanyon–, pero supongo que así es. ¿Por qué lo dices? Lo veo muy poco.

–¿De verdad? –preguntó Utterson–. Creía que os unían intereses comunes.

–Eso era antes –fue la respuesta de Lanyon–. Pero hace ya más de diez años que Henry Jekyll se volvió demasiado extravagante para mi gusto. Le pasó algo, perdió la cabeza, y aunque como es natural sigo interesándome por él, por los viejos tiempos, como se suele decir, lo cierto es que últimamente lo veo poquísimo. Esas paparruchas suyas tan poco científicas –añadió el doctor, acalorándose de pronto– podrían haber acabado incluso con una amistad como la de Damon y Fintias*.

Este pequeño arranque de genio fue casi un alivio para el señor Utterson.

«Solo discrepan en algún detalle científico –se dijo. Y, como él no sintiera pasión por la ciencia, excepto en lo relacionado con las escrituras de transmisión patrimonial, hasta añadió–: ¡No es por algo peor!»

Dando unos segundos a su amigo para que recobrara la com-

*Según Aristóxeno, hacia el siglo IV a. C., el filósofo pitagórico Fintias fue condenado a muerte por conspirar contra el tirano Dionisio de Siracusa. Pidió, antes de que se ejecutara la sentencia, que se le permitiera volver a Grecia para despedirse de su familia. Su amigo Damon se quedaría en Siracusa mientras tanto, con la condición de que, si no volvía, sería él quien fuera ejecutado. Fintias regresó y el tirano, admirado de la lealtad de los dos amigos, le perdonó la vida.

postura, formuló entonces la pregunta que lo había llevado hasta su casa:

–¿Alguna vez has coincidido con un protegido suyo, un tal Hyde? –dijo.

–¿Hyde? –repitió Lanyon–. No. Nunca he oído hablar de él. Será un conocido reciente.

Ésta fue toda la información que el abogado se llevó consigo a la cama grande y oscura en la que no paró de dar vueltas hasta que las primeras horas de la madrugada empezaron a dar paso al día. Fue una noche de escaso descanso para su atribulado cerebro, que se esforzaba por abrirse camino en las tinieblas acuciado por infinitas incógnitas.

Dieron las seis en el campanario de la iglesia tan oportunamente próxima a la vivienda del señor Utterson, y el abogado seguía ahondando en su dilema. Hasta aquel momento lo había enfocado desde un punto de vista exclusivamente intelectual, pero el caso atraía también ahora a su imaginación, o mejor dicho la esclavizaba, y mientras él se rebullía entre las tinieblas de la noche y las cortinas de su dormitorio, el relato del señor Enfield se desplegó ante sus ojos como una secuencia de imágenes iluminadas. Veía el amplio paisaje de farolas de una ciudad en la noche; luego a un hombre que andaba deprisa; luego a una niña que volvía corriendo de casa del médico; y luego los veía chocar: el Juggernaut humano pisoteaba a la pequeña tirada en el suelo y seguía adelante, ajeno a sus gritos. O veía el dormitorio de una casa suntuosa en el que su amigo estaba dormido, soñando y sonriendo en sueños; entonces la puerta del dormitorio se abría, las cortinas de la cama se separaban, alguien llamaba al hombre que dormía y, ¡zas!, a su lado aparecía una figura que tenía poder sobre él, e incluso a esa hora de la noche su amigo tenía que levantarse y obedecer sus órdenes. La figura en cuestión obsesionó al abogado toda la noche y, si en algún momento llegó a adormilarse, fue para ver cómo se desliza-

ba más furtivamente entre casas dormidas o se movía cada vez más deprisa, hasta cobrar una velocidad vertiginosa, por más amplios laberintos de la ciudad a la luz de las farolas; y en cada esquina de cada calle, arrollaba a una niña y huía, dejándola con sus gritos. Pese a todo, la figura no tenía un rostro reconocible. Incluso en sus sueños no tenía rostro, ni siquiera una cara que le causara perplejidad al derretirse delante de sus ojos, y fue así como en el cerebro del abogado surgió y fue creciendo poco a poco una curiosidad singularmente intensa, casi desmesurada, por contemplar las facciones del verdadero Hyde. Si pudiera verlo, aunque fuera una sola vez, creía que el misterio se aclararía, incluso se desvelaría por completo, como es costumbre de las cosas misteriosas cuando se examinan con atención. Tal vez viera la razón que explicase la extraña predilección de su amigo o su esclavitud (llámese como se quiera) y hasta las sorprendentes cláusulas del testamento. Además, como mínimo valía la pena ver esa cara: la de un hombre sin entrañas, sin piedad; un cara a la que le bastaba con aparecer en la imaginación del nada impresionable Enfield para suscitar un odio imperecedero.

A raíz de aquel día, el señor Utterson empezó a rondar la puerta de la bocacalle de las tiendas. Por la mañana, antes del horario laboral, a mediodía, cuando abundaba el trabajo y escaseaba el tiempo, de noche, bajo la mirada de la luna velada por la niebla: con cualquier luz y a cualquier hora, ya estuviera la calle solitaria o concurrida, se veía al abogado en su puesto de vigilancia.

«Si se escabulle como un ratón, yo lo perseguiré como un gato», se decía el señor Utterson.

Y por fin su paciencia se vio recompensada. Fue una noche de cielo raso y aire gélido; las calles limpias como el suelo de un salón de baile; las farolas inmóviles, pues no soplaba ni una pizca de viento, componían un dibujo regular de luces y sombras. A eso de las diez, cuando las tiendas ya habían echado el cierre, la bocacalle

se quedaba muy solitaria y también, a pesar de que el murmullo de Londres llegaba de todas partes, muy silenciosa. Hasta el más leve ruido llegaba muy lejos; lo que se hacía en una casa se oía claramente al otro lado de la calle, y el rumor de unos pasos precedía notablemente la aparición de cualquier peatón. El señor Utterson llevaba unos minutos en su puesto cuando se percató de unas pisadas extrañas y ligeras que se acercaban. En el curso de sus rondas nocturnas se había acostumbrado desde hacía mucho tiempo al singular efecto con que los pasos de una sola persona, aun encontrándose todavía muy lejos, se desprenden de pronto del runrún y el bullicio de la ciudad. Nunca, sin embargo, un ruido había acaparado su atención de una forma tan nítida y decisiva, y fue así como, animado por un intenso y supersticioso presentimiento de éxito, se escondió en la entrada del patio.

Las pisadas se aproximaban muy deprisa y resonaron de repente mucho más fuertes al torcer en la esquina de la calle. Asomándose desde la entrada del patio, el abogado no tardó en saber con qué clase de individuo tenía que vérselas. No era alto y vestía con mucha sencillez, pero incluso a aquella distancia había algo en él que desagradó profundamente a quien lo vigilaba. Fue derecho a la puerta, cruzando la calle para ahorrar tiempo, y según se acercaba sacó una llave del bolsillo como quien llega a casa.

El señor Utterson salió de su escondite y le tocó en un hombro cuando pasó a su lado.

–El señor Hyde, supongo –dijo.

El señor Hyde se encogió, a la vez que cogía aire entre dientes. Su temor, no obstante, apenas duró un momento y, aunque no miró al abogado a la cara, respondió con bastante serenidad:

–Así me llamo. ¿Qué quiere?

–Veo que se dispone usted a entrar –contestó el abogado–. Soy un antiguo amigo del doctor Jekyll, Utterson, de la calle Gaunt. Seguro que habrá oído usted hablar de mí. Y, al verlo llegar tan

oportunamente, he pensado que tal vez me permitiría usted entrar.

–No lo encontrará. El doctor Jekyll no está –replicó el señor Hyde introduciendo la llave en la cerradura. Y con repentina brusquedad, pero sin levantar la mirada, añadió–: ¿Cómo me ha conocido?

–¿Me haría usted un favor? –dijo el señor Utterson.

–Con mucho gusto –respondió el señor Hyde–. ¿De qué se trata?

–¿Me permite que le vea la cara? –preguntó el abogado.

El señor Hyde pareció dudar, y luego, como si de golpe cambiara de opinión, dio un paso al frente con aire de desafío y los dos se miraron sin pestañear por espacio de unos segundos.

–Así lo reconoceré si vuelvo a verlo –dijo el señor Utterson–. Podría ser útil.

–Sí –asintió el señor Hyde–. Me alegra que nos hayamos conocido. Y, *à propos*, aquí tiene mi dirección –dijo. Y le dio un número de una calle del Soho.

«¡Dios mío! –se dijo el señor Utterson–. ¿Será posible que también él haya pensado en el testamento?» Sin embargo, se guardó su opinión y se limitó a articular un gruñido por toda respuesta.

–Y ahora –insistió el señor Hyde, dígame, ¿cómo me ha conocido?

–Por las señas –fue la respuesta.

–¿Qué señas?

–Tenemos amigos comunes –dijo el señor Utterson.

–¿Amigos comunes? –repitió el señor Hyde, con cierta aspereza–. ¿Quiénes?

–Jekyll, por ejemplo –dijo el abogado.

–Él no le ha dicho nada de mí –protestó el señor Hyde, con un arranque de ira–. No le creía a usted capaz de mentir.

–Vamos –dijo el señor Utterson–. Ésa no es manera de hablar.

El señor Hyde soltó una sonora carcajada y en un abrir y cerrar

de ojos, con una rapidez extraordinaria, había abierto la puerta y desaparecido dentro de la casa.

El señor Utterson se quedó quieto unos momentos después de que el señor Hyde se hubiera marchado. Era la viva imagen de la inquietud. Seguidamente echó a andar calle arriba, despacio, deteniéndose cada pocos pasos y pasándose una mano por la frente como quien no sale de su perplejidad. El dilema que debatía mientras se alejaba era de una categoría que rara vez se resuelve. El tal Hyde era bajito y de tez pálida, daba una impresión de deformidad a la vez que no se veía en él ninguna malformación apreciable, tenía una sonrisa desagradable, había tratado al abogado con una diabólica mezcla de apocamiento y descaro, y hablaba con una voz ronca, susurrante y casi quebrada; todos estos detalles obraban en su contra, pero ni siquiera sumados bastaban para explicar el desagrado, el desprecio y el miedo, desconocidos hasta aquel instante, que su presencia inspiraba en el señor Utterson. «Tiene que haber algo más –reflexionó el desconcertado caballero–. Hay algo más, pero no soy capaz de nombrarlo. ¡Dios mío, si apenas parece humano! ¿No tiene algo de troglodita, como quien dice? ¿Podría ser el mismo caso del doctor Fell?* ¿O será la irradiación de un alma inmunda la que se trasluce en su envoltura de barro y la transfigura? Esto último, creo. ¡Ah, mi pobre y querido Harry Jekyll! Si alguna vez he visto la firma de Satán impresa en un rostro, ha sido en el de tu nuevo amigo.»

A la vuelta de la esquina del callejón había una plaza bordeada de hermosas casas antiguas, ahora en su mayoría venidas a menos y divididas en pisos o habitaciones que se alquilaban a individuos de toda clase y condición: grabadores de mapas, arquitectos, abogados de dudosa catadura y agentes de turbias empresas. Una de

*Referencia a una versión inglesa del siglo XVIII de un epigrama de Marcial. «No le quiero, doctor Fell./ No sabría decir por qué. / Pero es lo único que sé: / no le quiero, doctor Fell».

las viviendas, sin embargo, la segunda desde la esquina, seguía intacta, y ante su puerta, que denotaba comodidad y opulencia, aun cuando en aquel momento la envolvía una oscuridad solo paliada por el montante en forma de abanico, se detuvo y llamó el señor Utterson. Un sirviente añoso y bien vestido salió a abrir.

–¿Está en casa el doctor Jekyll, Poole? –preguntó el abogado.

–Iré a ver, señor Utterson –contestó Poole, haciendo pasar al visitante, a la vez que hablaba, a una sala amplia y confortable, de techo bajo, con el suelo enlosado, caldeada, a la manera de las casas de campo, por un luminoso fuego abierto, y amueblada con caros aparadores de roble–. ¿Prefiere esperar aquí junto al fuego, señor? ¿O le enciendo la luz del comedor?

–Aquí, gracias –respondió el abogado. Y se acercó para reclinarse en la alta rejilla del guardafuegos. La pieza en la que acababa de quedarse a solas era la favorita de su amigo el doctor; y el propio señor Utterson acostumbraba a referirse a ella como la salita más agradable de Londres. Aquella noche, no obstante, el abogado sentía un estremecimiento en las venas. El rostro del señor Hyde se había grabado en su memoria. Experimentaba, cosa rara en él, una sensación de náusea y de disgusto por la vida, y en tan lúgubre estado de ánimo creyó leer una amenaza en el parpadeo de las llamas, reflejadas en los aparadores relucientes, y los inquietos brincos de las sombras en el techo. Se avergonzó de su sensación de alivio cuando Poole regresó poco después y le anunció que el doctor Jekyll había salido.

–He visto entrar al señor Hyde por la puerta de la antigua sala de disección, Poole. ¿Está bien que haga eso cuando el doctor Jekyll ha salido?

–Perfectamente, señor Utterson –replicó el mayordomo–. El señor Hyde tiene una llave.

–Parece que su señor tiene plena confianza en ese joven, Poole –continuó el señor Utterson, pensativo.

–Sí, señor. Así es –dijo Poole–. Todos tenemos órdenes de obedecerlo.

–Creo que no conozco al señor Hyde –señaló el señor Utterson.

–¡Dios mío! No, señor. Nunca cena aquí. A decir verdad, lo vemos muy poco por esta zona de la casa. Generalmente entra y sale por el laboratorio.

–Bueno, Poole, buenas noches.

–Buenas noches, señor Utterson.

Y el abogado se dirigió a su casa lleno de pesadumbre. «Pobre Harry Jekyll –pensó–. ¡Algo me dice que está con el agua al cuello! Es cierto que de joven era impetuoso, pero ha pasado mucho tiempo desde entonces. Claro que, según la ley de Dios, los delitos no prescriben. Sí, debe de ser eso. El fantasma de un antiguo pecado, el cáncer de alguna vergüenza escondida: el castigo llega finalmente, *pede claudo**, años después de que la memoria haya olvidado y el amor propio haya perdonado la falta.» Y asustado por esta idea, Utterson se entregó un rato al recuerdo de su propio pasado y exploró todos los rincones de la memoria por ver si alguna antigua iniquidad saltaba de pronto a la luz como un muñeco de una caja de sorpresas. Su pasado era realmente intachable. Pocos hombres podían pasar revista a su vida con menos temor, y aun así se sintió profundamente avergonzado por las muchas cosas malas que había hecho, pero se recompuso y experimentó una serena y temerosa gratitud al evocar cuántas había estado a punto de hacer y sin embargo había evitado. Y, volviendo entonces sobre el tema de antes, vislumbró una chispa de esperanza. «Seguro que ese señor Hyde –pensó– tiene sus propios secretos: secretos negros, a juzgar por las apariencias; secretos en comparación con los cuales las peores acciones del pobre Jekyll serían luminosas como un rayo de sol. Esto no puede seguir así. Me dan escalofrí-

*Cojeando, Horacio, *Oda III*: *Pede poena claudo*.

os al imaginar a ese individuo acercándose como un ladrón a la cama de Harry. ¡El susto que se llevaría al despertar el pobre Harry! Y ¡el peligro que correría! Porque si este señor Hyde sospecha de la existencia del testamento, podría ponerse impaciente por heredar. Tengo que poner manos a la obra, si es que Jekyll me lo permite –añadió–. Si se aviene a permitírmelo.» Y una vez más, nítidas como una transparencia, se representó las extrañas cláusulas del testamento.

EL DOCTOR JEKYLL ESTABA
MUY TRANQUILO

DOS SEMANAS MÁS TARDE, gracias a un excelente golpe de suerte, el doctor ofreció una de sus agradables cenas a cinco o seis amigos de siempre, todos ellos inteligentes, reputados y expertos en buenos vinos, y el señor Utterson se las ingenió para quedarse un rato después de que los demás se hubieran retirado. Esto no era ninguna novedad sino que había ocurrido en docenas de ocasiones. Quienes apreciaban a Utterson lo apreciaban de verdad. Los anfitriones retenían al adusto abogado cuando los más desenfadados y habladores ya habían puesto un pie en el umbral; les gustaba pasar un rato en su discreta compañía, como quien se ejercita para la soledad, apaciguando su ánimo en el rico silencio del amigo tras el gasto y la tensión de la alegría. El doctor Jekyll no era una excepción a esta norma y, sentado ahora al otro lado del fuego –de unos cincuenta años, alto, robusto, de rostro agradable, con un velo de astucia, quizá, pero con todas las trazas del hombre capaz y bondadoso–, en su expresión se traslucía que albergaba por el señor Utterson un sincero y cálido afecto.

–Hace tiempo que quería hablar contigo, Jekyll –empezó el abogado–. De ese testamento tuyo.

Un observador atento habría visto que el asunto no era del agrado del doctor, que contestó de todos modos alegremente:

–Pobre Utterson. Ya es mala suerte tenerme por cliente. Nunca había visto a un hombre tan angustiado como tú por ese testamento, aparte, quizá, de ese pedante retrógrado de Lanyon, con lo que él llama mis herejías científicas. Sí, ya sé que es un buen hombre, no pongas esa cara. Es una persona excelente y siempre he querido tratarlo más, pero es un pedante retrógrado; un pedante y un ignorante de tomo y lomo. Nadie me ha decepcionado nunca tanto como Lanyon.

–Sabes que nunca me pareció bien –prosiguió Utterson, despreciando sin la menor consideración el tema que había sacado su amigo.

–¿Mi testamento? Sí, ya lo sé –dijo el doctor, con una pizca de brusquedad–. Ya me lo has dicho.

–Pues ahora te lo vuelvo a decir –insistió el abogado–. He averiguado algunas cosas del joven Hyde.

El atractivo rostro del doctor palideció hasta los labios y su mirada se ensombreció.

–No quiero saber nada más –dijo–. Habíamos acordado que no volveríamos a hablar de este asunto.

–Lo que he oído es abominable –insistió Utterson.

–No cambiará nada. Tú no comprendes mi situación –replicó Jekyll, con cierta incoherencia–. Me encuentro en una situación muy apurada, Utterson, en una situación muy extraña... Muy extraña. No es de esas cosas que se resuelvan con una conversación.

–Jekyll, tú me conoces: soy de fiar. Sincérate conmigo, sobre esa confianza, y no te quepa duda de que podré ayudarte.

–Querido Utterson –dijo el doctor–, eres muy bueno, eres un santo, y no encuentro palabras para darte las gracias. Tengo plena confianza en ti. Confiaría en ti antes que en nadie, incluso, ¡ay!, antes que en mí mismo si pudiera elegir, pero de verdad no es lo que imaginas. No es algo tan malo. De todos modos, te diré una

cosa para que te quedes tranquilo: puedo librarme del señor Hyde en cuanto lo desee. Te doy mi palabra. Y una vez más te lo agradezco. Solo quiero añadir algo más, Utterson, y estoy seguro de que no te lo tomarás a mal: esto es un asunto privado, y te ruego que te olvides de él.

El abogado reflexionó un momento, con la mirada puesta en el fuego.

–Sin duda tienes toda la razón –dijo al fin, poniéndose en pie.

–Bien, pero, ya que hemos sacado el tema, espero que por última vez –prosiguió el doctor–, hay algo que me gustaría que comprendieras. Siento un gran interés por el pobre Hyde. Sé que lo has visto, porque me lo ha contado, y me temo que estuvo grosero contigo. Pero siento un gran interés, un interés muy grande y sincero por ese joven, y, si yo faltara, Utterson, quiero que me prometas que lo respaldarás y harás valer sus derechos. Sé que lo harías si lo supieras todo, y me quitarías un peso de encima si me lo prometieras.

–No puedo mentirte y sé que no me agradará nunca –contestó el abogado.

–No te pido eso –suplicó Jekyll, poniendo una mano en el brazo de su amigo–. Solo te pido justicia. Solo te pido que lo ayudes, en mi nombre, cuando yo ya no esté.

A Utterson se le escapó un suspiro incontenible.

–De acuerdo –asintió–. Te lo prometo.

EL CASO DEL ASESINATO DE CAREW

CASI UN AÑO DESPUÉS, en el mes de octubre de 18..., todo Londres se vio conmocionado por un asesinato de singular violencia que cobró aún mayor notoriedad a luz de la elevada posición de la víctima. Los detalles que se conocían del caso eran pocos y sorprendentes. Una criada que vivía sola, en una casa no lejos del río, había subido a acostarse alrededor de las once. Aunque la niebla envolvió la ciudad de madrugada, el cielo estuvo despejado las primeras horas de la noche y la luna llena iluminaba el callejón al que daba la ventana de la criada. Tenía la muchacha, al parecer, una vena romántica, pues se sentó en su baúl, que estaba justo debajo de la ventana, y se entregó a sus ensoñaciones. Nunca (eso decía, con lágrimas en los ojos, cada vez que relataba esta experiencia), nunca se había sentido más en paz con la gente ni había tenido mejor opinión del mundo. Y estando allí sentada reparó en un anciano y apuesto caballero de pelo blanco que se acercaba por el callejón, y de frente, al encuentro del primero, otro caballero, muy menudo, a quien al principio prestó menos atención. Cuando se cruzaron (justo debajo de su ventana), el mayor de los dos se acercó al otro, inclinándose con la mayor de las cortesías. No parecía que el motivo para dirigirse a él tuviera demasiada importancia. A decir verdad, por cómo gesticu-

laba, daba la impresión de que únicamente preguntaba por una dirección, pero la luz de la luna iluminaba las facciones del anciano, y agradó a la muchacha contemplar la inocencia y la bondad que revelaban, como rasgos de un mundo ya extinguido, a la vez que un sentimiento elevado, como de satisfacción plenamente justificada. En ese momento, miró la criada al otro caballero, en quien se sorprendió en reconocer a un tal señor Hyde, que en cierta ocasión había visitado al señor a cuyo servicio trabajaba ella, y a quien había tomado antipatía. Llevaba en la mano un garrote con el que jugueteaba, pero en ningún momento respondió a las preguntas del anciano, al que aparentaba escuchar con mal disimulada impaciencia. Y entonces, de buenas a primeras, montó en cólera, empezó a dar pisotones y a blandir el garrote, y se puso (según la descripción de la muchacha) como loco. El anciano dio un paso atrás, con un aire muy asombrado y algo ofendido, y en ésas el señor Hyde perdió los estribos por completo y lo derribó a garrotazos. Al momento, con la furia de un simio, estaba pisoteando a su víctima a la vez que le asestaba una lluvia de golpes con tal fuerza que se oían crujir los huesos y se veía rebotar el cuerpo. La criada perdió el conocimiento, de puro horror.

Eran las dos cuando volvió en sí y avisó a la policía. Hacía horas que el asesino se había marchado, pero el anciano yacía en el callejón, increíblemente destrozado. El garrote con el que lo habían matado, aunque de una madera muy dura y resistente, se había partido por la mitad, tal había sido la crueldad desmesurada del agresor; una de las mitades había ido a parar a la alcantarilla, mientras que el asesino sin duda se había llevado la otra. La víctima llevaba un monedero y un reloj de oro, no así tarjetas de visita ni documentos, aparte de un sobre cerrado y con sello que probablemente iba a echar al buzón y en el que figuraban el nombre y la dirección del señor Utterson.

Llevaron el sobre al abogado la mañana siguiente, antes de que se

hubiera levantado de la cama, y, nada más verlo y saber de las circunstancias del caso, pronunció la siguiente declaración solemne:

–No diré nada antes de ver el cadáver. Puede tratarse de un asunto muy grave. Tengan la bondad de esperar mientras me visto.

–Y con la misma expresión de gravedad desayunó a toda prisa y fue a la comisaría de policía, adonde habían trasladado el cuerpo. Asintió en el momento en que entró en la celda.

–Sí –dijo–. Lo reconozco. Y lamento decir que es sir Danvers Carew.

–¡Válgame, Dios! –exclamó el agente–. ¿Es posible? –Y acto seguido sus ojos se iluminaron de ambición profesional–. Esto va a ser un caso sonado –dijo–. Y quizá pueda usted ayudarnos a encontrar al responsable.

Refirió brevemente lo que había visto la criada y le mostró al señor Utterson el bastón roto.

El abogado ya se había estremecido al oír el nombre de Hyde, pero al ver el trozo de madera no le cupo la menor duda: aunque partido y destrozado, reconoció el bastón que él mismo le había regalado hacía muchos años a Henry Jekyll.

–¿Es este señor Hyde un hombre de corta estatura? –preguntó.

–Especialmente bajo y especialmente mal encarado, según la criada –explicó el agente.

Tras unos momentos de reflexión, el señor Utterson levantó la cabeza:

–Si quiere usted acompañarme en mi coche, creo que puedo llevarlo hasta su casa –dijo.

Para entonces eran cerca de las nueve de la mañana, y ese día se presentó la primera niebla de la temporada. Una empalizada del color del chocolate descendió del cielo, pero el viento atacaba con fuerza y ahuyentaba los vapores que asediaban la ciudad, de forma que, mientras el coche iba de calle en calle, el señor Utterson tuvo ocasión de contemplar una prodigiosa variedad de tonalidades y

matices de penumbra, pues, si aquí se veía la oscuridad de la noche más negra, allá se apreciaba un destello marrón intenso semejante al resplandor de una extraña conflagración; y más lejos, por un momento, la niebla se disipaba por completo y un tenue rayo de luz diurna asomaba entre las volutas de vapor. Sometido a estos fugaces cambios de la iluminación, el desolado barrio del Soho, con sus calles embarradas, sus abandonados transeúntes y sus farolas, que o bien no habían llegado a apagarse o bien habían vuelto a encenderse para combatir esta tétrica y nueva invasión de las tinieblas, parecía a ojos del señor Utterson el distrito de una ciudad de pesadilla. Por añadidura, sus pensamientos habían cobrado un tinte de lo más sombrío y, cuando miraba a su compañero, tomaba conciencia de ese terror que ante la ley y sus agentes sobrecoge en ocasiones a las personas más honradas.

Cuando el coche se detuvo en la puerta de la dirección indicada, la niebla se levantó levemente para mostrar a sus ojos una callejuela sucia, una taberna, una modesta casa de comidas francesa, una tienda de baratijas al por menor, una multitud de niños harapientos agazapados en los quicios de las puertas y de mujeres de distintas nacionalidades que, llave en mano, salían a tomar el trago matutino, pero al momento la niebla volvió a posarse sobre aquel barrio, oscura como la sombra, aislando al abogado de su mísero entorno. Allí vivía el protegido de Henry Jekyll, el hombre que heredaría un cuarto de millón de libras esterlinas.

Una mujer de tez marfileña y pelo plateado abrió la puerta. Aunque tenía una expresión maligna, atenuada por la hipocresía, sus modales eran perfectos. Sí, dijo, aquélla era la casa del señor Hyde, pero no estaba; había regresado muy tarde esa noche, pero había vuelto a salir menos de media hora después. Esto no era nada raro. El señor tenía unas costumbres muy irregulares y pasaba mucho tiempo fuera; sin ir más lejos, llevaba dos meses sin verlo cuando volvió a casa la noche anterior.

–Muy bien, en ese caso nos gustaría ver sus habitaciones –dijo el abogado, y al ver que la mujer empezaba a decir que eso era imposible, añadió–: Tenía que haberle dicho quién es este caballero. Es el inspector Newcomen, de Scotland Yard.

Un odioso fogonazo de alegría iluminó el rostro de la mujer.

–¡Ah, se ha metido en líos! ¿Qué ha hecho?

El señor Utterson y el inspector intercambiaron una mirada.

–No parece un personaje precisamente popular –observó este último–. Y ahora, buena mujer, permítanos a este señor y a mí echar un vistazo.

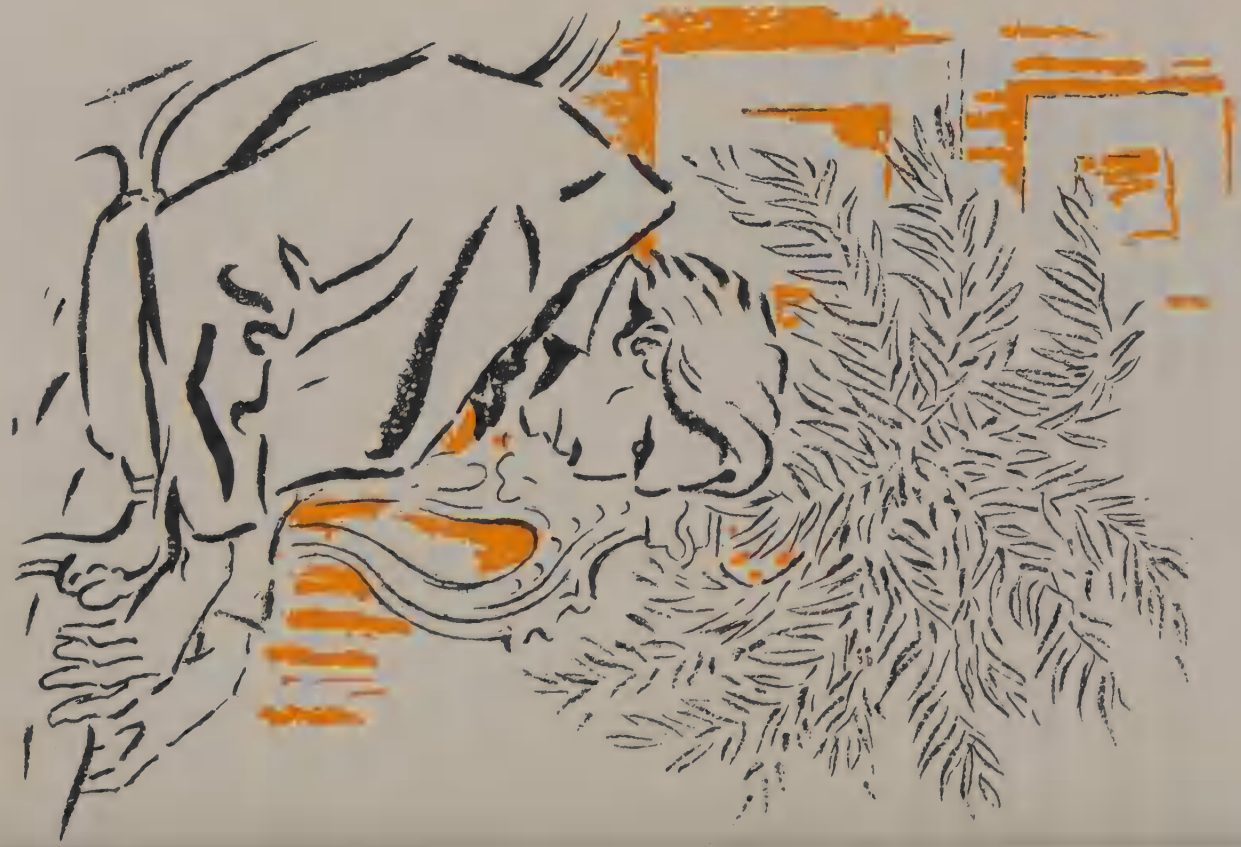
De toda la casa, donde no vivía nadie más que la mujer en cuestión, Hyde ocupaba únicamente un par de habitaciones, amuebladas con lujo y buen gusto. Había un armario bien provisto de vinos, la vajilla era de plata, la mantelería elegante; de una de las paredes colgaba un cuadro de buena calidad, regalo (supuso el señor Utterson) de Henry Jekyll, que era muy entendido en arte, y las alfombras eran de varias hebras y colores agradables. En aquel momento, sin embargo, todo indicaba que alguien había estado rebuscando recientemente allí: la ropa estaba tirada por el suelo, con los bolsillos vueltos hacia fuera; los cajones estaban abiertos y en la chimenea había un montón de cenizas, como si hubieran quemado en ella muchos papeles. De entre estos restos, el inspector desenterró la matriz de un talonario de color verde que había escapado a la acción del fuego; detrás de la puerta se encontró la otra mitad del garrote, y, como esto venía a confirmar sus sospechas, el inspector se mostró encantado. Una visita al banco, donde se averiguó que el asesino tenía un depósito por valor de varios miles de libras, vino a colmar la satisfacción del policía.

–Puede usted estar seguro, señor –le dijo al señor Utterson–, de que lo tengo en mis manos. Debe de haber perdido el juicio, de lo contrario no habría dejado ahí ese trozo de bastón y, sobre todo, no habría quemado la chequera. ¡Del dinero depende ahora

su vida! No tenemos que hacer nada más que esperarlo en el banco y echarle el guante.

Esto último no resultó tan sencillo. Y es que el señor Hyde tenía muy pocos conocidos, e incluso el patrón de la casa donde trabajaba la criada lo había visto solo en dos ocasiones; fue imposible localizar a su familia; resultó que nunca se le había tomado una fotografía, y las pocas personas que podían describirlo discrepaban ampliamente, como suele ocurrir cuando se trata de observadores corrientes. Únicamente en un detalle se mostraban todos de acuerdo: en la inquietante y vaga sensación de deformidad que causaba el fugitivo en quienes lo veían.

EL INCIDENTE DE LA CARTA



ERA YA AVANZADA LA TARDE cuando el señor Utterson llegó a casa del doctor Jekyll, donde de inmediato fue recibido por Poole y acompañado por las cocinas y a través de un patio que en otro tiempo había sido un jardín, hasta el edificio que ahora se conocía indistintamente como laboratorio o sala de disección. El doctor había comprado la casa a los herederos de un célebre cirujano y, como sus gustos personales lo inclinaban más a la química que a la anatomía, había transformado la finalidad de la construcción que se encontraba al fondo del patio. Era ésta la primera vez que se recibía al abogado en aquella parte de la residencia de su amigo, y observó con curiosidad el destartalado edificio sin ventanas; tuvo una desagradable sensación de extrañeza al pisar el anfiteatro, en su día abarrotado de estudiantes ávidos de conocimiento y ahora desolado y silencioso: las mesas llenas de utensilios químicos, el suelo cubierto de cajas de madera y paja de embalar, y todo iluminado por la tenue luz que se filtraba a través de la nebulosa cúpula. En un rincón, un tramo de escaleras subía hasta una puerta tapizada con un paño rojo, y por ésta entró finalmente el señor Utterson al gabinete del doctor. Era una sala grande, rodeada de vitrinas, amueblada, entre otras cosas, con un espejo oscilante, de cuerpo entero, y un escritorio, y con tres

polvorientas ventanas enrejadas que miraban al patio. El fuego ardía en la chimenea y en la repisa había una lámpara encendida, pues incluso dentro de las casas empezaba a espesar la niebla, y allí, arrimado a las llamas, se encontraba el doctor Jekyll con aspecto de estar mortalmente enfermo. No se levantó para recibir a su amigo, sino que le tendió una mano fría y le dio la bienvenida con una voz cambiada.

–Y ahora, dime –se apresuró a decir el señor Utterson en cuanto Poole los dejó a solas–. ¿Te has enterado de la noticia?

El doctor se estremeció.

–La han estado voceando en la plaza –dijo–. Lo he oído desde el comedor.

–Quiero decirte una cosa –continuó el abogado–. Carew era mi cliente, pero también lo eres tú, y quiero que sepas lo que voy a hacer. ¿No habrás cometido la locura de esconder a ese individuo?

–Te lo juro por Dios, Utterson –exclamó el doctor–. Te juro por Dios que jamás volveré a verlo. Tienes mi palabra de honor de que he terminado con Hyde para siempre. Se acabó. Lo cierto es que él no quiere mi ayuda. Tú no lo conoces como lo conozco yo. Está a salvo, completamente a salvo. Y nunca se volverá a saber de él. Te lo aseguro.

El abogado escuchó a su amigo con aire sombrío. No le gustaba su actitud febril.

–Pareces muy seguro de él –señaló–. Y espero por tu bien que estés en lo cierto. Si el caso llegara a los tribunales, tu nombre podría salir a relucir.

–Estoy plenamente seguro de él –replicó Jekyll–. Tengo fundadas razones para mi certeza, aunque no puedo confiarlas a nadie. Pero hay algo sobre lo que podrías aconsejarme. Verás... He recibido una carta, y no sé si debería enseñársela a la policía. Me gustaría dejar el asunto en tus manos, Utterson. Sé que sabrás obrar con sabiduría. Tengo plena confianza en ti.

–¿Temes que esa carta pueda conducir a la detención de Hyde? –preguntó el abogado.

–No. No puedo decir que me preocupe la suerte de Hyde. He terminado con él para siempre. Pensaba únicamente en mi reputación. Este enojoso asunto me está afectando mucho.

Utterson se quedó caviloso unos momentos. El egoísmo de su amigo le sorprendía tanto como le alegraba.

–Bueno –dijo por fin–. Déjame ver esa carta.

La carta estaba escrita con una caligrafía peculiar, muy alargada, y llevaba la firma de «Edward Hyde». Muy sucintamente decía el autor de la misiva que su benefactor, el doctor Jekyll, a quien tan mal había correspondido por sus mil generosidades, no debía alarmarse por su seguridad, pues contaba con medios para la huida de los que se fiaba completamente. Al abogado le agradó bastante esta carta, pues venía a dar un mejor cariz a la intimidad que él sospechaba, y se culpó por algunas de las cosas que había pensado.

–¿Tienes el sobre? –preguntó.

–Lo quemé –dijo Jekyll–, sin darme cuenta de lo que hacía. Pero no llevaba matasellos. Lo entregaron en mano.

–¿Puedo quedarme con la carta y consultar con la almohada?

–Quiero que decidas por mí en todo. He perdido la confianza en mí mismo.

–Muy bien. Lo pensaré –dijo el abogado–. Una cosa más: ¿fue Hyde quien te dictó esa cláusula del testamento sobre tu desaparición?

Pareció como si el doctor estuviera a punto de desmayarse. Apretó la mandíbula con fuerza y asintió.

–Lo sabía –dijo Utterson–. Tenía intención de matarte. Te has librado por los pelos.

–He sacado algo en claro de todo esto –replicó Jekyll en tono solemne–. He aprendido una lección. ¡Dios mío, Utterson! ¡Qué lección he aprendido! –Y ocultó el rostro entre las manos por un momento.

Cuando ya se marchaba, el abogado se detuvo para intercambiar unas palabras con Poole.

–Por cierto –dijo–. Hoy han venido a entregar una carta. ¿Cómo era el mensajero?

Pero Poole estaba seguro de que toda la correspondencia había llegado por correo.

–Además, todo eran circulares –añadió.

Esta revelación vino a revivir los temores del señor Utterson. Estaba claro que la carta había llegado por la puerta del laboratorio, incluso era posible que se hubiera redactado en el mismo gabinete, en cuyo caso, debía juzgarla de otro modo y tratarla con mayor cautela. Los vendedores de periódicos voceaban en las aceras hasta quedarse roncos: «Edición especial. Impresionante asesinato de un parlamentario». Aquélla era la oración fúnebre por un amigo y un cliente, y el abogado no pudo sustraerse al temor de que el buen nombre de otro se viera arrastrado por el torbellino del escándalo. La decisión que tenía que tomar era, como mínimo, muy delicada y, aunque por costumbre era un hombre independiente, esta vez deseaba un consejo. No podía pedirlo abiertamente, así que, pensó, tendría que proceder con discreción.

Poco después se encontraba en su casa, con su chimenea a un lado y su pasante, el señor Guest, al otro, y entre ambos, a una distancia bien calculada del fuego, una botella de un vino particularmente añejo que había vivido mucho tiempo en la oscuridad del sótano. La niebla aún dormía en los aleros de la ciudad sumergida, y las farolas brillaban como carbunclos. Y pese a la sofocante envoltura de estas nubes, la vida seguía su curso en las grandes arterias de la urbe con un zumbido comparable al de un viento fuerte. Pero la luz de la lumbre animaba la salita. Los ácidos de la botella se habían diluido hacía ya tiempo, los tintes de la tapicería se habían suavizado con los años, tal como los colores se vuelven más intensos en las ventanas sucias, y el brillo de las cálidas tardes

de otoño en los viñedos de las laderas estaba a punto de ser liberado para dispersar las nieblas de Londres. El abogado se ablandó sin darse cuenta. No había hombre al que ocultara menos secretos que al señor Guest, aunque no siempre estaba seguro de guardar todos los que se proponía. El señor Guest había estado con frecuencia en casa del doctor por asuntos profesionales; conocía a Poole; era poco probable que no estuviera al corriente de la familiaridad con que entraba Hyde en aquella casa; quizá había llegado a ciertas conclusiones. ¿Podía haberse dado el caso de que viera la carta con la que se resolvía aquel misterio? Y ante todo, puesto que el señor Guest era un gran estudioso de la grafología, ¿no consideraría la consulta natural y halagadora? El pasante, además, era dado a ofrecer su consejo. Difícilmente leería un documento tan singular sin hacer alguna observación, y tal vez a partir de ella pudiera el señor Utterson modelar su curso en lo sucesivo.

–Qué triste lo de sir Danvers –dijo.

–Y que lo diga, señor. Ha causado conmoción general –contestó el señor Guest–. El asesino, desde luego, estaba loco.

–Me gustaría conocer su opinión sobre eso –replicó el señor Utterson–. Tengo aquí un documento, de su puño y letra. Debe quedar entre nosotros, pues de momento no sé qué hacer con él. En el mejor de los casos es un asunto muy feo. Pero aquí lo tiene, a su entera disposición: el autógrafo de un asesino.

Los ojos del señor Guest se iluminaron, y al punto tomó asiento para estudiar la caligrafía con pasión.

–No, señor –señaló–. No está loco. Pero la letra es rara.

–Lo mismo que su autor, según dicen todos –asintió el abogado.

En ese preciso instante entró el criado con una nota.

–¿Es del doctor Jekyll, señor? –quiso saber el pasante–. Me ha parecido reconocer su letra. ¿Se trata de un asunto privado, señor Utterson?

–No es más que una invitación a cenar. ¿Por qué? ¿Quiere verlo?

–Sí, un momento. Gracias, señor. –Y el empleado juntó las dos hojas de papel para contrastar minuciosamente su contenido–. Gracias –dijo al fin, devolviendo ambas notas al abogado–. Es un autógrafo muy interesante.

Y siguió a estas palabras una pausa en la que el señor Utterson libró una batalla consigo mismo.

–¿Por qué las ha comparado, Guest? –preguntó a bocajarro.

–Verá, señor, hay un parecido bastante peculiar. Las dos escrituras son idénticas en muchos aspectos; solo difieren en la inclinación de las letras.

–Eso es muy raro –señaló el señor Utterson.

–Sí que lo es, señor –respondió el señor Guest.

–Yo no hablaría de esa carta, ¿sabe usted? –dijo el abogado.

–No, señor. Lo comprendo.

Y esa misma noche, nada más se vio a solas, el señor Utterson guardó la carta en su caja fuerte, donde descansó de aquel día en adelante.

«¡Vaya! –pensó–. ¡Henry Jekyll ha falsificado una carta para encubrir a un asesino!» Y se le heló la sangre en las venas.

EL EXTRAÑO EPISODIO DEL DOCTOR LANYON

PASÓ EL TIEMPO. SE ofrecieron miles de libras de recompensa, pues la muerte de sir Danvers se sintió como una afrenta pública. Pero el señor Hyde consiguió escapar de la policía como si nunca hubiera existido. Se desenterró buena parte de su pasado, todo él vergonzoso. Circularon historias de la crueldad de aquel individuo a la vez insensible y violento, de la vileza de su vida, de sus extrañas amistades, de los odios que al parecer habían rodeado su trayectoria profesional, pero de su actual paradero ni una palabra se supo. Desde el momento en que salió de la casa del Soho la mañana del crimen, sencillamente se había evaporado, y poco a poco, conforme pasaban las semanas, la preocupación del señor Utterson se fue atenuando y volvió a sentirse en paz consigo mismo. La muerte de sir Danvers, a su entender, quedaba más que saldada con la desaparición de Hyde. Ahora que esta influencia maligna se había retirado, una nueva vida comenzó para el doctor Jekyll. Salió de su aislamiento, reanudó la relación con sus amistades, fue una vez más invitado y anfitrión, y, si siempre se le había conocido por sus obras de caridad, ahora se distinguía no menos por su devoción religiosa. Estaba atareado, pasaba mucho tiempo al aire libre, hacía el bien, y su rostro parecía franco y luminoso, como animado por una

conciencia interior del servicio que prestaba. Y por espacio de más de dos meses el doctor vivió en paz.

El 8 de enero, Utterson cenó en casa de Jekyll con un pequeño grupo de invitados. Entre ellos se encontraba también Lanyon, y los ojos del anfitrión iban del uno al otro, como en los tiempos en que los tres eran inseparables. El día 12 y otra vez el 14, las puertas de Jekyll se cerraron para el abogado. Poole le explicó que el doctor se había recluido y no quería ver a nadie. El día 15 Utterson volvió a intentarlo, pero encontró de nuevo la misma negativa. Y, como a lo largo de los dos últimos meses se había acostumbrado a ver a su amigo casi a diario, este retorno a la soledad cayó como una losa sobre su ánimo. La quinta noche invitó a Guest a cenar, y la sexta se presentó en casa del doctor Lanyon.

Aquí al menos no le negaron la entrada, pero apenas había puesto un pie en la casa cuando le sorprendió el cambio que se había producido en su amigo. Llevaba claramente impresa en sus facciones su sentencia de muerte. Su tez rubicunda se había vuelto pálida, había adelgazado y estaba mucho más calvo y envejecido. No fueron sin embargo estas muestras de fulminante decadencia física las que llamaron la atención del abogado tanto como cierta expresión en la mirada de su anfitrión y una manera de comportarse que parecía dar fe de algún terror hondamente arraigado en su ánimo. Era insólito que el doctor Lanyon temiese la muerte y, sin embargo, esto era lo que Utterson se sentía tentado de sospechar. «Sí –se dijo–; es médico. Seguramente sabe cuál es su estado y que tiene los días contados, y saberlo es superior a sus fuerzas.» Aun así, al señalar Utterson su mal aspecto, Lanyon, con gran entereza, se declaró desahuciado.

–He tenido un disgusto del que no me recuperaré nunca. Es cuestión de semanas. Bueno, la vida ha sido agradable, me ha gustado. Sí, señor, me ha gustado. A veces pienso que si lo supiéramos todo nos alegraríamos más de dejar este mundo.

–Jekyll también está enfermo –dijo Utterson–. ¿Lo has visto?

Pero Lanyon mudó de expresión y levantó una mano temblorosa.

–No quiero ver nunca más a Jekyll ni saber nada de él –contestó con voz alta y vacilante–. He terminado con él definitivamente, y te ruego que me ahorres comentarios sobre él. Para mí es como si estuviera muerto.

–Vaya, vaya –dijo Utterson. Y tras una larga pausa, preguntó–: ¿hay algo que yo pueda hacer? Los tres somos buenos amigos, Lanyon, y a nuestra edad ya no haremos nuevas amistades.

–No puedes hacer nada –replicó Lanyon–. Pregúntale a él.

–No quiere verme –dijo el abogado.

–No me extraña –fue la respuesta–. Algún día, Utterson, cuando yo haya muerto, tal vez llegues a saber lo que ha ocurrido, para bien y para mal. Ahora no puedo contártelo. Y mientras tanto, si puedes sentarte y hablar conmigo de otras cosas, por Dios, quédate; pero si no consigues quitarte de la cabeza este maldito asunto, en nombre de Dios, vete, porque no puedo soportarlo.

Apenas llegó a casa, Utterson escribió a Jekyll, protestando por que no le recibiera y queriendo saber el motivo de su triste ruptura con Lanyon. Al día siguiente recibió una larga respuesta, con pasajes unas veces conmovedores y otras veces oscuramente misteriosos. La disputa con Lanyon no tenía remedio. «No culpo a nuestro querido amigo –decía Jekyll–, pero coincido con él en que no debemos volver a vernos. De ahora en adelante tengo intención de llevar una vida de reclusión extrema; no te sorprendas ni dudes de mi amistad si a menudo encuentras mi puerta cerrada incluso para ti. Debes permitir que siga mi oscuro camino. Yo mismo me he buscado un castigo y un peligro que no puedo nombrar. Si soy el mayor de los pecadores, también soy el que más se duele. No imaginaba que hubiera en esta tierra lugar para sufrimientos y terrores tan atroces, y solo hay una cosa que puedas hacer,

Utterson, para aliviar mi destino, y es respetar mi silencio.» El abogado estaba atónito. La perniciosa influencia de Hyde había desaparecido, el doctor había reanudado sus viejas tareas y amistades. Una semana antes el futuro parecía sonreírle con la promesa de una época de alegría y honores, y ahora, de la noche a la mañana, la amistad, la paz interior y su vida entera estaban destruidas. Un cambio tan inesperado y de tal magnitud apuntaba a la locura, pero, a la vista de la actitud y las palabras de Lanyon, debía de haber algo más profundo.

Una semana más tarde el doctor Lanyon cayó enfermo y en menos de quince días había muerto. La noche que siguió al funeral, profundamente afectado, Utterson se encerró en su despacho y, a la luz de una melancólica vela, sacó y contempló un sobre escrito de puño y letra por su difunto amigo y lacrado con su sello. «PERSONAL: Para G. J. Utterson EXCLUSIVAMENTE. En caso de que él falleciera antes que yo, destrúyase sin ser leído.» Estas últimas palabras estaban subrayadas. El abogado temía ver lo que había dentro del sobre. «Hoy he enterrado a un amigo –pensó–. ¿Y si esto me costara perder a otro?» Pero se reprendió por sus temores, que consideró una deslealtad, y rompió el lacre. Dentro había otro sobre, igualmente lacrado, que llevaba la siguiente indicación: «No abrir hasta la muerte o desaparición del doctor Henry Jekyll». El señor Utterson no daba crédito a lo que veían su ojos. Sí, también aquí se hablaba de desaparición; lo mismo que en el descabellado testamento que hacía ya mucho tiempo había devuelto a su autor, también aquí la idea de desaparición y el nombre de Henry Jekyll aparecían relacionados. Sin embargo, en el testamento dicha idea partía de una siniestra sugerencia del tal Hyde; se había incluido con una intención clara y aterradora. Pero, escrita por la mano de Lanyon, ¿qué podía significar? Una honda curiosidad se apoderó del abogado, un deseo de hacer caso omiso de la prohibición y sumergirse de inmediato en las profundidades de estos miste-

rios, pero el prurito profesional y la fidelidad a su querido amigo eran obligaciones insoslayables, y el paquete volvió al rincón más recóndito de su caja fuerte.

Pero una cosa es mortificar la curiosidad y otra derrotarla, y cabe la duda de si, a raíz de aquel día, Utterson deseó la compañía de su amigo Jekyll con el mismo entusiasmo de antes. Pensaba en él con cariño, pero también con inquietud y temor. Iba a verlo, naturalmente, pero quizá se alegraba cuando se le negaba la entrada. Quizá, en lo más hondo de su corazón, prefería hablar con Poole en la puerta, en un espacio abierto y envuelto en el murmullo de la ciudad, antes que entrar en aquella casa de cautiverio voluntario y sentarse a conversar con su inescrutable recluso. Lo cierto es que Poole no tenía noticias muy agradables que darle. El doctor, por lo visto, pasaba más tiempo que nunca encerrado en el gabinete del laboratorio, donde a veces incluso dormía. Estaba muy abatido, se había vuelto muy callado y había dejado de leer. Parecía preocupado por algo. Utterson se acostumbró a que estos informes fueran siempre idénticos y poco a poco empezó a espaciar de sus visitas.

EL INCIDENTE DE LA VENTANA

SUCEDIÓ QUE UN DOMINGO, cuando el señor Utterson daba su acostumbrado paseo con el señor Enfield, una vez más volvieron a pasar por aquel callejón, y que al verse frente a la puerta, los dos se detuvieron a observarla.

–Bueno –dijo Enfield–, esa historia por fin ha terminado. Nunca más volveremos a ver al señor Hyde.

–Eso espero –contestó el abogado–. ¿Te he contado que lo vi una vez y tuve la misma sensación de repugnancia que tú?

–Es imposible que una cosa no acompañe a la otra –fue la respuesta de Enfield–. Y, por cierto, debiste de pensar que soy un burro, por no saber que ésta era la entrada trasera de la casa del doctor Jekyll. Cuando por fin me enteré, fue en parte por culpa tuya.

–¿Así que te has enterado? –dijo Utterson–. En ese caso, creo que podemos entrar en el patio y mirar por las ventanas. Si te soy sincero, estoy preocupado por el pobre Jekyll y tengo la impresión de que, aunque sea desde fuera, la presencia de un amigo tal vez le venga bien.

En el patio, donde hacía bastante fresco y algo de humedad, el crepúsculo se había instalado prematuramente, pese a que en el

cielo aún lucía el sol. De las tres ventanas, la del centro estaba entreabierta, y, sentado junto a ella, con un aire de infinita tristeza, como un prisionero desconsolado, Utterson vio al doctor Jekyll.

–¿Qué tal, Jekyll? Espero que estés mejor.

–Estoy muy abatido, Utterson –contestó el doctor en un tono muy sombrío–, muy abatido. No durará mucho, a Dios gracias.

–Pasas demasiado tiempo encerrado –respondió su amigo–. Deberías salir, activar la circulación, como hacemos Enfield y yo. (Éste es mi primo, el señor Enfield, el doctor Jekyll.) Vamos, coge el sombrero y ven a dar una vuelta con nosotros.

–Eres muy bueno –suspiró el doctor–. Me gustaría mucho, pero no, no, es completamente imposible. No me atrevo. De todos modos, Utterson, me alegro mucho de verte. Es un gran placer. Os invitaría a subir, a ti y al señor Enfield, pero la verdad es que esto no está en condiciones.

–En ese caso –dijo Utterson, sin tomárselo a mal–, lo mejor que podemos hacer es quedarnos donde estamos y hablar contigo desde aquí.

–Eso precisamente iba a atreverme a proponerte –respondió el doctor con una sonrisa. Pero apenas había terminado de pronunciar esta frase cuando la sonrisa se borró de un plumazo y fue sustituida por un gesto tan abyecto de terror y desesperación que heló la sangre de los dos caballeros. No pudieron atisbarlo más que un momento, porque la ventana se cerró al instante, pero este atisbo fue suficiente, y sin mediar palabra dieron media vuelta y salieron del patio. También en silencio atravesaron el callejón y únicamente cuando por fin llegaron a una calle vecina, donde incluso los domingos había algún indicio de vida, Utterson por fin volvió la cabeza y miró a su compañero. Ambos estaban pálidos, y había en su mirada una expresión de horror.

–Que Dios nos ampare –dijo el señor Utterson–. Que Dios nos ampare.

Pero el señor Enfield se limitó a asentir con la cabeza, muy serio, y siguió su camino en silencio.

LA ÚLTIMA NOCHE

ESTABA EL SEÑOR UTTERSON sentado junto a su chimenea, una noche, después de la cena, cuando le sorprendió la visita de Poole.

–¡Válgame Dios, Poole! ¿Qué le trae por aquí? –Y al fijarse mejor añadió–: ¿Qué le pasa? ¿Está enfermo el doctor?

–Señor Utterson, algo no va bien.

–Siéntese y tome una copa de vino –dijo el abogado–. Vamos, tranquilícese y dígame con claridad qué quiere.

–Usted conoce las costumbres del doctor –contestó Poole–. Sabe que vive encerrado. Bueno, pues ha vuelto a encerrarse en el gabinete, y esta vez no me gusta señor. Que me muera aquí mismo, señor Utterson. Tengo miedo.

–A ver, amigo mío, sea usted más explícito. ¿De qué tiene miedo?

–Estoy asustado desde hace una semana –respondió Poole, eludiendo tercamente la pregunta–, y ya no lo aguanto más.

Su expresión corroboraba en todo sus palabras. Se le veía desmejorado y, aparte del momento en que expresó su terror, ni una sola vez había mirado al abogado a la cara. Seguía con la copa de vino en las rodillas, sin haberla probado, y sin apartar los ojos de un rincón del suelo.

–No lo aguanto más –repitió.

–Vamos, veo que tiene usted buenas razones, Poole. Veo que está ocurriendo algo grave. Intente decirme de qué se trata.

–Creo que hay algo sucio –dijo Poole con aspereza.

–¡Algo sucio! –exclamó el abogado, bastante asustado y por tanto inclinado a irritarse–. ¿De qué habla este hombre?

–No me atrevo a decirlo, señor –fue la respuesta del mayordomo–. ¿Quiere usted venir conmigo para verlo con sus propios ojos?

El señor Utterson respondió poniéndose en pie y cogiendo su sombrero y un abrigo. Observó con sorpresa la expresión de alivio que se reflejó en el rostro de Poole, y, quizá con no menor sorpresa, que el vino seguía intacto cuando el mayordomo dejó la copa.

Hacía una noche inhóspita y fría, propia del mes de marzo, iluminada por una luna pálida, acostada de espaldas como si el viento la hubiese derribado, como un pecio diáfano y suave. El viento dificultaba la conversación y hacía aflorar la sangre a la cara. Parecía haber barrido además las calles, inusitadamente vacías, y Utterson pensó que nunca había visto aquella zona de Londres tan desierta. Hubiese querido que no fuera así. Nunca en su vida había sido consciente de un deseo tan intenso de ver y de tocar a sus semejantes, y es que, por más que luchaba, había brotado en su ánimo un apabullante presentimiento de calamidad. La plaza, cuando llegaron a ella, estaba invadida por el viento y el polvo, y los arbolillos del jardín se fustigaban contra la verja. Poole, que a lo largo del camino había ido siempre uno o dos pasos por delante, se paró entonces en mitad de la calzada y, a pesar del frío helador, se quitó el sombrero y se secó la frente con un pañuelo rojo. A pesar de las prisas con que habían hecho el camino, no era el ejercicio lo que cubría su frente de sudor, sino la angustia que lo atenazaba. Estaba blanco y su voz sonó ronca y rota cuando dijo:

–Bueno, señor. Ya hemos llegado. Dios quiera que no haya pasado nada malo.

–Amén, Poole –contestó el abogado.

A esto el mayordomo llamó a la puerta, muy cauteloso. La puerta se abrió con la cadena echada, y una voz preguntó desde el otro lado:

–¿Eres tú, Poole?

–Soy yo. Abre.

Entraron en el salón, muy iluminado. El fuego ardía con brío y alrededor de la chimenea se encontraban todos los criados de la casa, hombres y mujeres, apiñados como un rebaño de ovejas. Al ver al señor Utterson, la criada prorrumpió en gimoteos histéricos, y la cocinera, a la vez que exclamaba: «¡Bendito sea Dios! Es el señor Utterson», salía corriendo hacia él como si fuera a abrazarlo.

–¿Qué pasa? ¿Están todos aquí? –preguntó el abogado de mal humor–. Esto es intolerable, impropio; al señor no le agradará en absoluto.

–Están asustados –explicó Poole.

Un silencio sepulcral siguió a estas palabras. Nadie protestó. Solo la doncella levantó la voz, llorando ahora sin poder dominarse.

–¡Cállate! –le ordenó Poole, con una ferocidad que delataba que también él tenía los nervios de punta. Y lo cierto es que, al levantar bruscamente la muchacha el tono de su lamento, todos habían echado a correr hacia la puerta con temerosa expectación–. Tú –prosiguió el mayordomo, dirigiéndose al pinche–, tráeme una vela y acabemos con esto de una vez por todas.

Dicho esto, le rogó al señor Utterson que lo siguiera y encabezó la marcha hacia el jardín de atrás.

–Procure hacer el menor ruido posible, señor. Quiero que oiga usted pero que no le oigan. Y una cosa, señor. Si por casualidad él le pide que entre, no se le ocurra obedecer.

Los nervios del señor Utterson, ante esta advertencia inespera-

da, sufrieron tal sacudida que a punto estuvo de perder el equilibrio, pero hizo acopio de valor y siguió a Poole hasta el edificio del laboratorio, donde cruzaron el anfiteatro, con sus cajas de madera y sus frascos, y llegaron al pie de la escalera. Aquí Poole le indicó que se hiciera a un lado y escuchara, mientras él, dejando la vela en el suelo y haciendo un esfuerzo visible por no cejar en su empeño, subió los escalones y llamó con cierta indecisión a la puerta del gabinete, tapizada de rojo.

–El señor Utterson desea verlo, señor –anunció. Y mientras pronunciaba estas palabras, indicó violentamente por señas al abogado, una vez más, que prestara atención.

Una voz quejumbrosa respondió desde el otro lado:

–Dile que no puedo ver a nadie.

–Gracias, señor –dijo Poole, con un deje de triunfo en la voz. Y, cogiendo de nuevo la vela, condujo al señor Utterson por el patio hasta la gran cocina, donde la lumbre se había apagado y las cucarachas merodeaban por el suelo–. Señor –dijo, mirando al abogado a los ojos–. ¿Era ésa la voz del doctor?

–Parece muy cambiada –respondió el señor Utterson, muy pálido, pero sin apartar los ojos de su interlocutor.

–¿Cambiada? Bueno, sí. Yo también lo creo –contestó el mayordomo–. Llevo veinte años en casa de este hombre y ¿no voy a reconocer su voz? No, señor. Al doctor lo han matado. Lo mataron hace ocho días, cuando lo oímos invocar a Dios a grito pelado. Y quién está ahí en su lugar, y por qué está ahí, ¡es algo que clama al cielo, señor Utterson!

–Es una historia muy extraña, Poole. Muy, pero que muy extraña, amigo mío –señaló Utterson, mordiéndose un dedo–. Supongamos que ha ocurrido lo que usted sospecha, supongamos que han matado al doctor Jekyll. ¿Qué puede inducir al asesino a quedarse aquí? Eso es absurdo. No tiene ningún sentido.

–Es usted difícil de convencer, señor Utterson, pero acabaré

por conseguirlo –dijo Poole–. Toda la semana pasada, tiene usted que saberlo, el hombre, o lo que sea, que vive en el gabinete del doctor ha estado pidiendo a voces de noche y de día una medicina que no he podido conseguir a su gusto. El doctor a veces tenía la costumbre de escribir lo que necesitaba en un papel y dejarlo en la escalera. Pues eso es lo único que hemos visto la semana pasada: nada más que papeles y una puerta cerrada. Y hasta las comidas las dejábamos en la puerta para que él las cogiera cuando nadie lo veía. En fin, señor, todos los días, hasta dos y tres veces el mismo día, recibía órdenes y quejas, y he tenido que salir a toda prisa y recorrer todos los establecimientos de productos químicos de venta al por mayor. Cuando llegaba con el pedido, me encontraba con otra nota para que lo devolviera, porque no era puro, y en ella otro pedido para otra casa distinta. No sé para qué será, señor, pero no puede pasarse sin esa medicina.

–¿Ha guardado alguna de esas notas? –preguntó el señor Utterson.

Poole rebuscó en sus bolsillos y le dio al abogado un papel arrugado que éste, acercándose a la vela, examinó con atención. Decía así: «El doctor Jekyll saluda a los señores Maw. Les asegura que su última muestra es impura y completamente inútil para sus propósitos. En el año 18... el doctor J. compró a los señores M. una remesa importante. Les ruega por tanto que busquen con la mayor diligencia y, si aún conservaran existencias de la misma calidad, se las envíen de inmediato. El precio es lo de menos. Difícilmente se puede exagerar la importancia que este asunto tiene para el doctor J.». Hasta aquí la nota era relativamente serena, pero a renglón seguido las emociones del autor se desataban, como si su pluma farfullara de pronto. «Por Dios, envíenme algo de esa antigua remesa.»

–Es una nota extraña –señaló el señor Utterson, y al momento añadió con brusquedad–: ¿Cómo es que la ha abierto usted?

–El empleado de Maw se enfadó mucho, señor, y me la tiró a la cara como si fuera basura –explicó Poole.

–¿Está usted completamente seguro de que la letra es la del doctor?

–A mí me lo pareció –replicó el mayordomo bastante malhumorado. Y, cambiando de tono, añadió–: Pero ¿qué más da la letra? ¡Lo he visto!

–¿Lo ha visto? –repitió el abogado–. ¿Y?

–Verá usted. Entré de improviso en el anfiteatro, desde el patio. Por lo visto él había salido a hurtadillas a buscar esa medicina o lo que sea, porque la puerta del gabinete estaba abierta, y lo vi al fondo de la sala de disección, rebuscando entre las cajas de madera. Levantó la vista al entrar yo, se le escapó una especie de grito y subió a toda prisa las escaleras del gabinete. No lo vi más que un momento, pero se me pusieron los pelos como púas. Si aquél era mi señor, ¿por qué llevaba una máscara? Si era él, ¿por qué huyó de mí gritando como una rata? ¡Con la de años que llevo a su servicio! Y entonces... –Poole guardó silencio y se pasó una mano por la cara.

–Las circunstancias son muy extrañas –dijo el señor Utterson–, pero creo que empiezo a ver la luz. Es evidente, Poole, que el doctor padece una de esas enfermedades que torturan a la vez que deforman al que las sufre. De ahí, supongo, la alteración de su voz; de ahí la máscara y que evite a sus amigos; de ahí la angustia por encontrar esa medicina que le permite al pobrecillo conservar alguna esperanza de curación definitiva. ¡Dios quiera que no se equivoque! Ésta es mi explicación. Todo esto es muy triste, Poole, y horroriza pensarlo, pero es sencillo y natural, encaja con los hechos y nos exonera de temores desorbitados.

–Señor –replicó el mayordomo palideciendo–, esa cosa no era el doctor, y le digo la verdad. El doctor –buscó con la mirada y bajó la voz hasta convertirla en un susurro– es un hombre alto y

bien proporcionado, mientras que éste parecía un enano. –Utterson protestó–. Vamos, señor –exclamó Poole–. ¿Cree usted que no voy a conocer al doctor después de veinte años? ¿No voy a saber hasta dónde le llega la cabeza en la puerta del gabinete cuando lo he visto todas las mañanas de mi vida? No, señor, esa cosa de la máscara no era el doctor Jekyll. Dios sabrá quién era, pero no era él. Y estoy convencido de que lo han asesinado.

–Si dice usted eso, Poole, tendré la obligación de comprobarlo. Por más que desee no herir los sentimientos del doctor, por más que me desconcierte esta nota que parece demostrar que sigue con vida, me veré en el deber de forzar esa puerta.

–¡Así se habla, señor Utterson! –exclamó el mayordomo.

–Y ahora viene el paso siguiente –continuó el señor Utterson–. ¿Quién va a hacerlo?

–Pues usted y yo, señor –fue la contundente respuesta.

–Muy bien dicho –contestó el abogado–. Y pase lo que pase, yo me encargaré de que no salga usted perjudicado.

–Hay un hacha en el anfiteatro –continuó Poole–. Usted puede coger el atizador de la cocina.

Utterson empuñó el tosco y pesado utensilio y lo blandió en el aire.

–¿Es consciente, Poole –dijo, levantando la vista–, de que usted y yo estamos a punto de ponernos en una situación peligrosa?

–Desde luego que sí, señor.

–En tal caso, conviene que seamos francos. Los dos tenemos en la cabeza más de lo que hemos dicho. Sincerémonos el uno con el otro. Esa figura enmascarada que vio usted, ¿la reconoció?

–Verá, señor, ocurrió todo muy deprisa, y la criatura tenía el cuerpo tan encogido que no me atrevería a jurarlo. Pero si lo que me pregunta es si era el señor Hyde... Pues, sí, ¡creo que era él! Era de la misma estatura, y se movía con su misma ligereza y velocidad. Además, ¿quién sino él pudo haber entrado por la puerta del

laboratorio? ¿Ha olvidado, señor, que cuando se cometió el asesinato él seguía teniendo la llave? Pero eso no es todo. No sé, señor Utterson, si ha llegado usted a conocer al señor Hyde.

–Sí –respondió el abogado–. Hablé con él en una ocasión.

–Entonces sabrá tan bien como todos los demás que había algo muy raro en ese caballero, algo que daba miedo. La verdad es que solo se me ocurre una manera de expresarlo: y es que al verlo se le helaba a uno hasta la médula de los huesos.

–Reconozco que yo también tuve una sensación parecida a la que describe –dijo el señor Utterson.

–Ya me lo figuro, señor. Porque cuando esa cosa enmascarada, más parecida a un simio, saltó de entre las cajas de productos químicos y se escondió corriendo en el gabinete, fue como si una corriente de hielo me recorriera la espalda. Sí, ya sé que esto no es una prueba, señor Utterson. Tengo educación suficiente para entender eso, pero cada cual tiene sus presentimientos, y yo le juro sobre la Biblia que era el señor Hyde.

–Sí, sí. Mis temores me inclinan a pensar lo mismo. Me temo que de esa relación solo puede salir algo malo. Sí, la verdad es que estoy de acuerdo con usted. Creo que han matado al pobre Harry, y creo que su asesino (Dios sabe con qué intención) sigue escondido en esa habitación. Nosotros nos vengaremos. Avise a Bradshaw.

El lacayo acudió a la llamada, muy pálido y nervioso.

–Tranquilícese, Bradshaw –dijo el abogado–. Sé que esta intriga les está afectando mucho a todos, pero tenemos la intención de acabar con ella. Poole, aquí presente, y yo, vamos a forzar la puerta del gabinete. Si todo va bien, yo cargaré con toda la responsabilidad. Mientras tanto, por si se diera el caso de que algo se torciera o algún malhechor intentase escapar por la puerta trasera, usted y el pinche busquen un par de garrotes y vigilen en la puerta del laboratorio. Les damos diez minutos para que acudan a su puesto.

Cuando Bradshaw se retiraba, el abogado miró su reloj.

–Y, ahora, Poole, nosotros a nuestros puestos –dijo. Y sujetando el atizador debajo del brazo, encabezó la marcha y salió al patio. Las nubes habían cubierto la luna y la noche se había vuelto muy oscura. El viento, que entraba a golpes y a ráfagas en aquel edificio semejante a un pozo hondo, azotó la llama de la vela al paso de los hombres hasta que se refugiaron en el anfiteatro, donde se sentaron a esperar en silencio. Londres zumbaba solemnemente a lo lejos; pero, más cerca, solo unos pasos que daban vueltas sin cesar por el gabinete rompían la calma.

–Así se pasa el día entero, señor –susurró Poole–, y también la mayor parte de la noche. Únicamente cuando llega un pedido de la botica se tranquiliza un poco. ¡Es que la mala conciencia es un enemigo que nunca descansa! ¡En cado uno de esos pasos hay sangre vilmente derramada! Pero, escuche otra vez, señor Utterson, ponga toda la atención en sus oídos y dígame si ésos son los pasos del doctor.

Las pisadas eran leves y extrañas, con cierto balanceo, a pesar de su lentitud. Eran sin duda muy distintas del andar fuerte y resuelto de Henry Jekyll. Utterson suspiró.

–¿Nunca ha pasado nada más? –preguntó.

–Una vez –asintió Poole–. ¡Una vez le oí llorar!

–¿Llorar? ¿Qué dice usted? –respondió el abogado, con un escalofrío de terror.

–Llorar como una mujer o un alma en pena –continuó el mayordomo–. Me dio tanta lástima que estuve a punto de llorar también yo.

Se cumplieron entonces los diez minutos. Poole desenterró el hacha de debajo de un montón de paja, dejó la vela en una mesa cercana, para que les iluminara en el momento del ataque, y, casi sin atreverse a respirar, los dos hombres se aproximaron al gabinete, donde aquellos pasos pacientes seguían yendo y viniendo, de un lado a otro, en la quietud de la noche.

–Jekyll –llamó Utterson en voz alta–. Exijo verte. –Esperó un momento, pero no hubo respuesta–. Te advierto de que tenemos sospechas. Necesito verte y te veré tanto por las buenas como por las malas. ¡Si no es con tu consentimiento, entonces por la fuerza bruta!

–¡Utterson! –dijo la voz–. ¡Por lo que más quieras, ten piedad!

–¡Ah, ésa no es la voz de Jekyll! –exclamó Utterson–. Es la de Hyde. Eche la puerta abajo, Poole.

Poole levantó el hacha por encima del hombro y asestó un golpe que hizo temblar el edificio y rebotar contra sus goznes la puerta tapizada de rojo. Un aullido espeluznante, como de puro terror animal, llegó del otro lado. Otra vez se levantó el hacha y otra vez crujió la madera y se estremecieron los entrepaños de la puerta. Cuatro veces se repitieron los golpes, pero la madera era dura y la instalación fruto de un trabajo excelente. Hasta el quinto golpe no saltó la cerradura, y la puerta destrozada cayó hacia dentro, sobre la alfombra.

Horrorizados por el escándalo que ellos mismos habían organizado y el silencio que sobrevino después, los asaltantes retrocedieron unos pasos para inspeccionar el gabinete. Ante sus ojos tenían la estancia apaciblemente iluminada por una lámpara. Un buen fuego chisporroteaba en la chimenea y el hervidor entonaba su aguda melodía. Había uno o dos cajones abiertos, unos cuantos papeles pulcramente colocados en el escritorio y, más cerca de la lumbre, la mesita dispuesta para el té. Cualquiera habría dicho que aquélla era la sala más tranquila del mundo y, de no ser por las vitrinas llenas de productos químicos, la más normal de todo Londres.

En el centro, tirado en el suelo, se veía el cuerpo de un hombre contorsionado de dolor que aún se retorcía. Utterson y Poole se acercaron de puntillas, le dieron la vuelta y se encontraron con el rostro de Edward Hyde. La ropa que llevaba le venía grande, pues era de la talla del doctor Jekyll. En sus músculos faciales

todavía se apreciaba un movimiento semejante al de la vida, pero ésta ya le había abandonado y, por la ampolla que tenía apretada en la mano y el fuerte olor a almendras que se respiraba en el ambiente, Utterson supo que estaba contemplando el cadáver de un suicida.

–Hemos llegado demasiado tarde –observó con severidad– tanto para salvarlo como para castigarlo. Hyde se ha marchado por voluntad propia, y ya solo nos queda encontrar el cadáver del doctor, Poole.

La mayor parte de aquel edificio estaba ocupada por el anfiteatro, que abarcaba la planta baja casi en su totalidad y estaba iluminado por un tragaluz en el techo; y por el gabinete, que miraba al patio y formaba la planta superior en un extremo. Un pasillo comunicaba el anfiteatro con la puerta del callejón y un segundo tramo de escaleras unía el quirófano con el gabinete. Había además otros cuartos sin ventana y un sótano espacioso. Todos estos rincones se registraron palmo a palmo. En los cuartos bastó con echar un vistazo, porque todos estaban vacíos y, a juzgar por el polvo que caía al abrir las puertas, nadie entraba en ellos desde hacía mucho tiempo. El sótano estaba abarrotado de trastos viejos, en su mayoría de la época del cirujano que precedió al doctor Jekyll, pero no tardaron en concluir que era inútil seguir buscando, pues nada más abrir la puerta les cayó encima una cortina de telarañas que sellaba la entrada desde hacía años. En ninguna parte había el menor rastro de Henry Jekyll, ni vivo ni muerto.

Poole empezó a pisotear las baldosas del pasillo.

–Debe de haberlo enterrado aquí –dijo, prestando atención al ruido.

–O tal vez haya escapado –señaló Utterson, y dio media vuelta para examinar la puerta del callejón. Estaba cerrada, y en el suelo encontraron la llave, ya manchada de óxido–. No parece que la hayan utilizado recientemente –dedujo el abogado.

–¿Utilizarla? –dijo Poole como un eco–. ¿No ve, señor, que está rota? Como si la hubieran pisado.

–Sí –prosiguió el señor Utterson–. Y las zonas por las que se ha roto también están oxidadas. –Los dos hombres se miraron, asustados–. No lo entiendo, Poole. Volvamos al gabinete.

Subieron las escaleras en silencio y, dirigiendo todavía alguna mirada temerosa al cadáver, procedieron a registrar el gabinete más rigurosamente. En una mesa encontraron restos de productos químicos: varios montones de una especie de sal blanca medidos en platitos de cristal, como si el pobre doctor se dispusiera a realizar un experimento que finalmente no hubiera podido llevar a cabo.

–Es la misma sustancia que me hacía traerle siempre –dijo Poole. Y no había terminado de pronunciar estas palabras cuando el hervidor se desbordó, con un ruido que les hizo sobresaltarse.

Se acercaron los dos al fuego, al que se había arrimado acogedoramente una butaca y, a su lado, todo estaba listo para el té, incluso el azúcar ya en la taza. En un estante había unos cuantos libros, y junto al servicio de té un volumen abierto que, según comprobó el señor Utterson con perplejidad, era un ejemplar de una obra religiosa por la que Jekyll había manifestado un gran aprecio en varias ocasiones, con sobrecogedoras blasfemias escritas de su puño y letra.

Continuando con su registro, llegaron al espejo de cuerpo entero, a cuyas profundidades dirigieron su mirada con involuntario horror. Pero estaba colocado de tal forma que solo se veía el resplandor rojizo de las llamas en el techo, el fuego cien veces reflejado en las puertas de las vitrinas y sus propios rostros temerosos y pálidos.

–Este espejo debe de haber visto cosas muy extrañas, señor –susurró Poole.

–Pero seguro que ninguna tan extraña como él mismo –añadió el abogado en el mismo tono–. Porque ¿qué haría Jekyll –se estre-

meció al pensarlo y, dominando su debilidad, continuó–, para qué querría Jekyll este espejo?

–Y ¡que lo diga! –exclamó Poole.

A continuación se ocuparon del escritorio. Entre los papeles perfectamente ordenados había un sobre, escrito por el doctor y dirigido al señor Utterson. El abogado lo abrió y varios documentos cayeron al suelo. El primero era un testamento, redactado con cláusulas igual de excéntricas que el que el abogado ya había devuelto a su amigo seis meses antes, donde se expresaba su última voluntad en caso de fallecimiento y su intención de donación en caso de desaparición; pero en lugar del nombre de Edward Hyde, el abogado, con un asombro indescriptible, vio escrito el nombre de Gabriel John Utterson. Miró a Poole y acto seguido el dorso del papel, y por último al malhechor muerto y tendido en la alfombra.

–La cabeza me da vueltas –dijo–. Este hombre ha estado aquí todos estos días. No tenía ningún motivo para sentir simpatía por mí y debe de haberse puesto furioso al saberse desbancado. Sin embargo, no ha destruido este documento.

Cogió el siguiente papel, una breve nota de puño y letra del doctor con la fecha en el margen superior.

–¡Ay, Poole! –exclamó el abogado–. Hoy mismo estaba vivo y ha estado aquí. No es posible que lo hayan hecho desaparecer en tan poco tiempo. ¡Debe de seguir vivo, debe de haber huido! Pero ¿por qué iba a huir? Y ¿cómo? Y, en tal caso, ¿podemos atrevernos a asegurar que esto es un suicidio? Tenemos que andarnos con cuidado. Presiento que todavía podemos ver al doctor envuelto en alguna tragedia.

–¿Por qué no lo lee, señor? –preguntó Poole.

–Porque tengo miedo –respondió solemnemente el abogado–. ¡Dios quiera que sea infundado! –Y dicho esto se acercó el papel a los ojos y leyó lo siguiente:

Mi querido Utterson:

Cuando esta nota llegue a tu poder yo habré desaparecido. Carezco de facultades para prever de qué manera, si bien tanto mi instinto como las circunstancias de mi innombrable situación me indican que el fin es inevitable y se encuentra cerca. Así pues, lee primero el escrito que Lanyon me advirtió de que iba a poner en tus manos y, si quieres saber más, acude a la confesión de tu indigno y desgraciado amigo,

HENRY JEKYLL

–¿No había un tercer anexo? –preguntó el señor Utterson.

–Aquí está, señor –dijo Poole. Y le entregó un paquete considerable, sellado con lacre en varios sitios.

El abogado lo guardó en el bolsillo.

–Yo no diría nada de esta nota. Tanto si el doctor ha huido como si está muerto, lo menos que podemos hacer es proteger su honor. Son las diez. Tengo que ir a casa y leer estos documentos con tranquilidad, pero estaré de vuelta antes de medianoche, y entonces avisaremos a la policía.

Salieron y cerraron la puerta del anfiteatro a sus espaldas. De nuevo el señor Utterson dejó a la servidumbre congregada en torno a la chimenea del salón y volvió a su despacho para leer los dos relatos con los que pensaba aclarar el misterio.

LA NARRACIÓN DEL DOCTOR LANYON

EL 9 DE ENERO, HACE HOY cuatro días, recibí con el correo de la tarde un sobre certificado, escrito por mi colega y antiguo compañero de estudios, Henry Jekyll. El envío me sorprendió enormemente, pues ni mucho menos teníamos la costumbre de cartearnos. A decir verdad, había visto a mi amigo, había cenado con él la noche anterior, y no se me ocurría nada que justificase el formalismo de certificar la carta. Mi sorpresa aumentó al leerla, pues decía así:

10 de diciembre de 18...

Querido Lanyon:

Eres uno de mis más antiguos amigos y aunque a veces hayamos diferido en cuestiones científicas, no recuerdo, al menos por mi parte, ninguna fisura en nuestro afecto. No ha habido un solo día en que, de haberme dicho tú «Jekyll, mi vida, mi honor, mi razón, dependen de ti», no hubiera sacrificado yo mi fortuna o mi mano izquierda para ayudarte. Lanyon, mi vida, mi honor, mi razón están enteramente a tu merced. Si esta noche me fallaras estaría perdido. Tal vez imagines, tras esta introducción, que me dispongo a pedirte que hagas algo deshonroso. Juzga por ti mismo.

Quiero que pospongas cualquier compromiso que pudieras

tener esta noche –sí, aunque te hubieran convocado para acudir junto al lecho de un emperador–, que cojas un coche, a menos que esté tu carruaje esperándote en la puerta y, con esta carta en la mano como referencia, vengas directamente a mi casa. Ya he dado órdenes a Poole, mi mayordomo. Estará esperando tu llegada con un cerrajero. Debéis forzar entonces la puerta de mi gabinete para que entres tú solo. Abre la vitrina (letra E) que encontrarás a mano izquierda, rompiendo la cerradura si estuviera cerrada, y saca, con todo lo que hay dentro, tal como está, el cuarto cajón empezando por arriba o (lo que es lo mismo) el tercero empezando por abajo. En mi estado de angustia extrema, tengo un miedo mórbido a no darte las instrucciones pertinentes, pero aun cuando pudiera equivocarme, sabrás reconocer el cajón por su contenido: unos polvos, una ampolla y un cuaderno. Te ruego que te lleves contigo este cajón a Cavendish Square tal como lo has encontrado.

Ésta es la primera parte del favor. Ahora la segunda. Si te pones en camino nada más recibir esta carta, habrás regresado mucho antes de medianoche. De todos modos, quiero que cuentes con un margen de tiempo, no solo por temor a que se presente uno de esos contratiempos que no es posible ni impedir ni prever, sino porque es preferible que tus criados ya se hayan acostado para que puedas hacer lo que resta. A medianoche, entonces, tengo que pedirte que estés en tu consulta, solo, que abras la puerta personalmente a un hombre que se presentará en mi nombre y dejes en sus manos el cajón que te habrás llevado de mi gabinete. Con esto habrá concluido tu misión y tendrás toda mi gratitud. Cinco minutos después, si insistes en recibir una explicación, habrás comprendido que estas medidas son de capital importancia y que de descuidar cualquiera de ellas, por fantásticas que puedan parecerte, pesaría sobre tu conciencia mi muerte o el naufragio de mi razón.

Aun cuando confío en que no tomarás mi petición a la ligera, se me encoge el corazón y me tiembla la mano solo de pensar en esta

posibilidad. Imagíname, en este momento, en un lugar extraño, sumido en las tinieblas, abrumado por una angustia que ni la fantasía más descabellada podría superar y sin embargo consciente de que, si cumples puntualmente con este favor que te pido, mis tribulaciones se alejarán para siempre. Atiende este ruego, mi querido Lanyon, y salva a tu amigo

H. J.

PS. Ya había cerrado el sobre cuando un nuevo terror ha atenazado mi espíritu. Es posible que el servicio postal me falle y esta carta no llegue a tus manos hasta mañana por la mañana. En tal caso, querido Lanyon, puedes hacer el recado en el momento del día que te resulte más conveniente y esperar a mi mensajero a medianoche. Puede que para entonces sea demasiado tarde y, si este caballero no se presentara, sabrás que ya nunca volverás a ver a Henry Jekyll.

Después de leer esta misiva llegué a la conclusión de que mi colega se había vuelto loco, si bien, hasta que pudiera demostrarlo sin margen de duda, me sentí en la obligación de hacer lo que me pedía. Si no entendía una palabra de todo aquel fárrago, menos aún podía juzgar su importancia, pero me era imposible desoír una petición así formulada sin faltar a una grave responsabilidad. Así pues, me levanté de la mesa, subí a un coche y fui directamente a casa de Jekyll. El mayordomo me estaba esperando. Había recibido, en el mismo reparto postal que yo, una carta certificada con sus instrucciones, y al punto había avisado a un cerrajero y un carpintero. Ambos llegaron cuando aún estábamos hablando, y como un solo hombre nos encaminamos al antiguo quirófano del doctor Denman, que (como sin duda sabes) es la entrada más directa al gabinete privado de Jekyll. La puerta era muy recia y la cerradura excelente. El carpintero confesó que no iba a ser sencillo y que destrozaría la puerta si tenía que emplear la fuerza, y el cerrajero

estaba al borde de la desesperación. Pero este último era un hombre mañoso y, al cabo de dos horas de faena, la puerta se abrió. La vitrina marcada con la letra E no estaba cerrada con llave. Saqué el cajón, pedí que lo rellenaran de paja, lo envolví en una sábana y regresé con él a Cavendish Square.

Allí procedí a examinar lo que había dentro. Los sobres estaban bastante bien hechos, aunque no con la pericia del boticario profesional, lo que sin duda indicaba que eran obra del propio Jekyll, y al abrir uno de ellos encontré algo que me pareció una sencilla sal cristalina de color blanco. La ampolla, a la que dediqué mi atención después, estaba llena aproximadamente hasta la mitad de un licor rojo sangre y de un olor muy acre que podía contener fósforo y algún éter volátil. Los demás ingredientes no logré identificarlos. El cuaderno era de lo más corriente y en él había poco más que una sucesión de fechas. Abarcaban un período de muchos años, pero observé que las anotaciones se interrumpían bruscamente alrededor de un año antes. Aquí y allá una breve observación acompañaba a alguna de las fechas, generalmente nada más que la palabra «doble», que aparecía unas seis veces en un total de varios centenares de entradas; y una sola vez, muy al principio de la lista y seguido de varios signos de exclamación: «¡¡¡fracaso rotundo!!!». Todo esto, pese a que avivó mi curiosidad, me dijo muy poco en definitiva. En el cajón había una ampolla de cierta tintura, un sobre de cierta sal y el registro de una serie de experimentos que (como tantas otras investigaciones de Jekyll) no habían conducido a ningún fin de utilidad práctica. ¿De qué manera podía afectar la presencia de aquellos objetos en mi casa al honor, la cordura o la vida de mi veleidoso colega? ¿Por qué su mensajero podía presentarse en mi casa y no en la suya? Y aun concediendo que hubiera algún impedimento, ¿por qué debía yo recibir a este caballero en secreto? Cuanto más reflexionaba más me convencía de que aquel era un caso de enfermedad cerebral y aunque

di permiso al servicio para que se retirara a descansar, cargué un viejo revólver para poder defenderme llegado el caso.

Apenas acababan de dar las doce en los relojes de todo Londres cuando la aldaba sonó muy suavemente en la puerta. Acudí a la llamada y me encontré con un hombre encogido entre las columnas del pórtico.

–¿Viene de parte del doctor Jekyll? –pregunté.

Contestó que sí, con gesto cohibido, y cuando le pedí que entrase no me obedeció sin antes echar una mirada cauta por encima del hombro a la oscuridad de la plaza. No lejos de allí pasó un policía con su farol encendido, y me pareció que, al verlo, mi visitante se sobresaltaba y decidía apresurarse.

Confieso que estos detalles me sorprendieron desagradablemente y que, mientras seguía al desconocido a mi consulta, bien iluminada, no aparté el dedo del gatillo. Allí por fin tuve la oportunidad de verlo bien. No lo había visto en la vida, de eso estaba seguro. Era de corta estatura, como ya he dicho. También me llamó la atención la extraña expresión de su rostro, la curiosa combinación de gran actividad muscular y aparente debilidad de constitución, y por último, aunque no en menor medida, el inquietante y subjetivo malestar que causaba su cercanía. Inspiraba una sensación comparable a una rigidez incipiente, acompañada de una acusada disminución del pulso. En aquel momento lo atribuí a alguna manía personal y, simplemente, me asombré de la intensidad de los síntomas. Desde entonces, sin embargo, he tenido motivos para creer que la causa de mi repulsión yacía en un plano mucho más profundo de la naturaleza humana y obedecía a un instinto más noble que el principio del odio.

Aquella persona (que desde el primer momento suscitó en mí algo que únicamente puedo describir como una curiosidad cargada de disgusto) vestía de un modo capaz de volver ridículo a cualquiera: aunque sobrio y de buen paño, el traje le venía enorme por

todas partes; las perneras de los pantalones eran demasiado largas y las llevaba enrolladas para no arrastrarlas por el suelo; la cinturilla de la chaqueta le llegaba por debajo de la cadera y las solapas le quedaban a la altura de los hombros. Por raro que parezca, esta absurda indumentaria ni mucho menos me hizo reír. Al contrario, como si hubiera algo anormal y deforme en la misma esencia de la criatura que en ese momento tenía delante –algo que paralizaba, sorprendía y repugnaba–, esta llamativa disparidad parecía encajar con su esencia y reforzarla, de tal suerte que, a mi interés por su naturaleza y su carácter, se sumó una curiosidad por sus orígenes, su vida, su fortuna y su posición en el mundo.

Todas estas reflexiones, que tanto espacio ocupan en estas páginas, fueron no obstante fruto de unos pocos segundos de observación. Saltaba a la vista que una oscura inquietud encendía a mi visitante.

–¿Lo tiene? –preguntó a bocajarro–. ¿Lo tiene? –Y era tal su impaciencia que incluso me cogió de un brazo y trató de zarandearme.

Lo empujé, consciente de que su roce producía en mis venas una especie de calambrazo helado.

–Señor –le dije–. Olvida usted que todavía no tengo el placer de conocerlo. Haga el favor de sentarse. –Le indiqué un asiento a la vez que yo me instalaba en el de siempre y procuraba imitar lo mejor posible la manera en que trataba a mis pacientes, en el grado en que me lo permitieron la quietud de la casa, la naturaleza de mis preocupaciones y el horror que aquel hombre me inspiraba.

–Le ruego que me disculpe, doctor Lanyon –respondió con mucha educación–. Tiene usted mucha razón. Mi impaciencia me ha hecho olvidar los modales. He venido a instancias de su colega, el doctor Henry Jekyll, por un asunto de cierta trascendencia, y tengo entendido que... –hizo una pausa para llevarse una mano a la garganta y vi, no obstante su actitud de serenidad, que intentaba

combatir un inminente ataque de histeria–. Tengo entendido que hay un cajón...

Y llegado a este punto me compadecí del desasosiego de mi visitante y puede que también de mi creciente curiosidad.

–Ahí está, señor –asentí, señalando el cajón, que estaba en el suelo, debajo de una mesa y todavía envuelto en la sábana.

Se levantó de un salto, pero se detuvo y se llevó una mano al corazón. Oí que rechinaban sus dientes por culpa del temblor de las mandíbulas, y su rostro cobró una apariencia tan tétrica que temí tanto por su vida como por su razón.

–Tranquilícese –le dije.

Me dirigió una sonrisa aterradora y, con la firmeza que da la desesperación, apartó bruscamente la sábana. Al ver el cajón, profirió un sollozo de tan inmenso alivio que me dejó petrificado. Un momento después, dominando ya plenamente su voz, preguntó:

–¿Tiene usted una probeta graduada?

Me levanté de la butaca no sin cierto esfuerzo y le facilité lo que pedía.

Me dio las gracias con una sonrisa de reconocimiento, midió una pequeña cantidad de la tintura roja y añadió los polvos de uno de los sobres. La mezcla, que al principio tenía un tono rojizo, empezó a volverse más intensa conforme se diluían los cristales, a borbotear audiblemente y a despedir pequeñas nubes de vapor. De pronto y al mismo tiempo, la ebullición cesó y la solución cobró un color púrpura oscuro, que a su vez, más despacio, se convirtió en un verde acuoso. Mi visitante, que había contemplado estas transformaciones con hondo interés, sonrió, dejó la probeta encima de la mesa y, volviéndose a mí, me miró con aire inquisitivo.

–Y ahora –dijo– acordemos lo demás. ¿Será usted sensato? ¿Se dejará guiar? ¿Consentirá que coja esta probeta y salga de su casa sin más explicaciones? ¿O se ha apoderado de usted la curiosidad? Piénselo bien antes de responder, pues todo se hará tal como usted

decida. Si decide que me vaya, se quedará usted tal como estaba, ni más rico ni más sabio, salvo que la sensación de haber hecho un favor a un hombre mortalmente angustiado pueda contarse como una suerte de riqueza del alma. Pero si lo prefiere se abrirán ante sus ojos nuevos horizontes de conocimiento y nuevos caminos a la fama y al poder, aquí mismo, en esta estancia, al instante, y presenciará usted un prodigio capaz de dejar pasmado al mismísimo Satanás.

–Señor –dije, afectando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir–, habla usted de una manera muy enigmática, por lo que quizá no le sorprenda si le digo que sus palabras no me causan una fuerte impresión de credibilidad. Sin embargo, he llegado demasiado lejos en esto de hacer favores inexplicables para detenerme ahora antes de ver el final.

–Muy bien –replicó el visitante–. Lanyon, recuerda tu juramento: lo que viene a continuación debe quedar bajo el secreto de nuestra profesión. Y ahora, tú que siempre has profesado las opiniones más estrechas de miras, aferrándote a lo material, tú que siempre has negado las virtudes de la medicina trascendental, tú que te has burlado de tus superiores: ¡mira!

Se llevó la probeta a los labios y la vació de un trago. A esto le siguió un grito, dio una vuelta, se tambaleó y se aferró a la mesa con fuerza, la mirada perdida, los ojos inyectados en sangre, jadeante, con la boca abierta. Y mientras lo observaba me pareció que se operaba en él una transformación: empezaba a hincharse, su cara se volvía de repente negra y sus facciones se derretían y se alteraban. Y segundos más tarde me había levantado yo de un salto y me apoyaba contra la pared, lanzando un brazo por delante para protegerme de aquel prodigio y trastornado de pánico.

–¡Dios mío! –grité. Y una vez más–: ¡Dios mío! –Y así mil veces, porque allí, delante de mí, pálido, tembloroso, casi a punto de desmayarse y buscando a tientas con las manos, como si regresara de entre los muertos, allí estaba ¡Henry Jekyll!

Lo que me contó a lo largo de la hora siguiente me es imposible consignarlo por escrito. Vi lo que vi, oí lo que oí, y mi espíritu se colmó de angustia. E incluso ahora que esa imagen ya no está ante mis ojos, me pregunto si lo creo y no puedo responder. Mi vida se ha visto sacudida de raíz: el sueño me ha abandonado y un terror mortal me acompaña a todas horas, día y noche. Presiento que mis días están contados y que debo morir. Y aun así, moriré en la incredulidad. En cuanto a la bajeza moral que ese hombre me reveló, aun con lágrimas de arrepentimiento, no puedo detenerme a recordarlo sin un estremecimiento de pavor. No diré más que una cosa, Utterson, y con eso (si eres capaz de creerla) será más que suficiente. La criatura que aquella noche entró en mi casa era, según la confesión del propio Jekyll, ese individuo a quien se conoce por el nombre de Hyde y a quien se busca en todos los rincones del país por ser el asesino de Carew.

HASTIE LANYON

DECLARACIÓN COMPLETA DE HENRY JEKYLL

NACÍ EN EL AÑO DE 18..., heredero de una gran fortuna, dotado además de excelentes aptitudes, inclinado por naturaleza al trabajo, y siempre busqué el respeto de los más sabios y mejores de mis semejantes. Así, como puede imaginarse, contaba con todas las garantías para gozar de un futuro honorable y distinguido. Lo cierto es que el peor de mis defectos era una disposición impaciente y alegre que ha hecho la felicidad de muchos, pero que a mí me ha resultado difícil de conjugar con mi imperioso deseo de llevar la cabeza alta y aparecer en público con un semblante insólitamente grave. De ahí resultó que oculté mis placeres, si bien, al alcanzar esos años más reflexivos y empezar a mirar a mi alrededor y tomar conciencia de mis progresos y de mi posición en el mundo, ya estaba plenamente entregado a una vida de profunda duplicidad. Muchos hombres incluso se habrían enorgullecido de irregularidades como las que yo cometía, pero, de acuerdo con las altas miras que me había impuesto, yo las contemplaba y las escondía con una sensación de vergüenza casi malsana. Fue por tanto la exigente naturaleza de mis aspiraciones, más que una particular degradación de mis defectos, lo que me llevó a ser lo que era y lo que abrió dentro de mí una brecha más honda que en la mayoría de los hombres, entre las provincias del

bien y el mal que dividen y conforman la naturaleza dual del ser humano. Todo ello me llevó a la inveterada costumbre de reflexionar profundamente sobre esa dura ley de la vida que se encuentra en la raíz de la religión y constituye una de las principales fuentes de angustia. Pese a mi profunda dualidad, yo no era en absoluto un hipócrita. Ambas partes de mi ser eran igualmente sinceras. Igual de yo era cuando, ajeno a toda limitación, me zambullía en la vergüenza, como cuando a la vista de todos me esforzaba en ampliar mis conocimientos o aliviar la tristeza y el sufrimiento. Y quiso el azar que el rumbo de mis estudios científicos, plenamente encaminados a lo místico y lo trascendental, influyera y arrojara una intensa luz sobre esta conciencia de la sempiterna guerra entre mis dos personalidades. Cada día, y con ambas partes de mi inteligencia, la moral y la intelectual, me fui así acercando progresivamente a esa verdad cuyo descubrimiento parcial me ha condenado a este terrible naufragio: el de saber que el hombre en realidad no es uno sino dos. Digo dos porque mis conocimientos no han llegado más allá de ese punto. Otros vendrán después, otros que me superarán en las mismas experiencias, y me aventuro a afirmar que el ser humano será en última instancia conocido por la pluralidad de personalidades incongruentes e independientes que en él habitan. Yo, por mi parte, debido a la naturaleza de mi vida, he avanzado indefectiblemente en una dirección y solo en una. Fue en el terreno moral y en mi propia persona donde aprendí a reconocer la verdadera y primitiva dualidad humana. Vi que dos naturalezas pugnaban en el campo de mi conciencia, y que me reconocía legítimamente en cualquiera de ellas porque yo era radicalmente ambas. Y, desde muy pronto, incluso antes de que mis hallazgos científicos comenzaran a insinuar la más remota posibilidad de tal milagro, aprendí a detenerme con placer, como quien se entrega a un sueño anhelado, en la idea de la separación de estos elementos. Si cada uno de ellos, me dije, pudiera alojarse en una

identidad independiente, la vida se desprendería de todo cuanto se me antojaba intolerable: el inicuo podría seguir su camino liberado de las aspiraciones y los remordimientos de su gemelo más recto; y el justo podría avanzar firme y seguro por su elevada senda, complaciéndose en sus buenas obras y no expuesto ya a la desgracia y el arrepentimiento que le inflige esa maldad ajena. Era una maldición para la humanidad que estos dos fardos incongruentes estuvieran unidos, que, en la angustiosa matriz de la conciencia, esos dos gemelos antagónicos combatieran sin descanso. ¿Cómo, entonces, podían disociarse?

Hasta aquí había llegado en mis reflexiones cuando, como ya he dicho, una luz desde la mesa del laboratorio empezó a iluminar el dilema. Comencé a percibir con una profundidad como jamás se ha expuesto hasta la fecha la temblorosa inmaterialidad, la condición efímera como la neblina de este cuerpo en apariencia tan sólido con que nos ataviamos. He constatado que determinados agentes tienen la facultad de sacudir y arrancar esa vestidura carnal, tal como una ráfaga de viento agitaría las cortinas de un cenador. Por dos razones no voy a adentrarme a fondo en el aspecto científico de mi confesión. La primera es que he aprendido que cada cual carga con su destino a lo largo de toda su vida y que, cuando intenta desprenderse de él, éste vuelve a caerle encima con un peso aún mayor y más extraño. La segunda es que, como bien se verá en mi relato, mis descubrimientos eran incompletos. Baste decir que no solo aprendí a reconocer mi cuerpo natural simplemente por el aura y el resplandor de ciertas fuerzas que constituyen mi espíritu sino que logré elaborar una sustancia que permitía derrocar a estas fuerzas, arrebatarles su supremacía, y sustituir mi aspecto por una segunda forma y apariencia no menos naturales para mí, puesto que eran, y llevaban su sello, la expresión de los elementos más bajos de mi espíritu.

Dudé mucho antes someter mi teoría a la prueba práctica. Sabía

que corría peligro de muerte, porque a una droga tan potente, capaz de dominar y conmocionar la misma ciudadela de la identidad, le bastaría con el más leve error en la dosis o la más leve inoportunidad en el momento de la demostración para borrar por completo ese tabernáculo inmaterial que yo pretendía transformar. Pero la tentación de realizar un hallazgo tan singular y profundo se impuso finalmente a cualquier temor. Hacía tiempo que tenía preparada mi tintura. Compré entonces a una firma de productos químicos al por mayor una gran cantidad de cierta sal que, por mis experimentos, sabía que era el único ingrediente necesario. Y a altas horas de una noche que maldigo, mezclé las sustancias, las vi bullir y humear juntas en la probeta y, cuando cesó la ebullición, me armé de valor y me bebí la pócima.

Fui presa de unas convulsiones atroces: un rechinar de huesos, unas náuseas mortales y un horror del espíritu que ni la hora del nacimiento o la muerte consiguen superar. El martirio empezó entonces a mitigarse y volví en mí como si saliera de una grave enfermedad. Había en mis sensaciones algo extraño, algo indescriptiblemente inédito y, por su misma novedad, increíblemente dulce. Me sentía más joven, más ligero, más feliz físicamente; experimentaba una temeridad embriagadora; una corriente de desordenadas imágenes sensuales atravesaba mi imaginación a una velocidad de vértigo, a la vez que los vínculos de mis obligaciones se disolvían y me invadía una desconocida, aunque no inocente, libertad del espíritu. Supe, al respirar por vez primera esta nueva vida, que era más perverso, diez veces más perverso, un esclavo vendido a mi maldad original. Y, en aquel instante, la idea me animó y me deleitó como el vino. Extendí las manos, exultante en la frescura de estas sensaciones, y de pronto caí en la cuenta de que mi estatura había menguado.

No había espejo en mi gabinete por aquel entonces. El que ahora está a mi lado, mientras escribo estas líneas, se trajo aquí más

tarde, precisamente para estas transformaciones. Entretanto la noche había dado paso a la madrugada; la madrugada, negra, estaba casi a punto de concebir el día, y la servidumbre de mi casa trabada en lo más profundo del sueño. Y yo, arrebatado como estaba de esperanza y triunfo, decidí aventurarme hasta mi dormitorio con mi nueva apariencia física. Crucé el patio, donde las constelaciones me contemplaron casi podría decirse que con asombro, por ser yo la primera criatura de aquella especie que en su insomne vigilancia se les revelaba. Recorrí los pasillos a hurtadillas, como un extraño en mi propia casa y, al entrar en mi dormitorio, vi por primera vez la imagen de Edward Hyde.

Ahora estoy obligado a hablar únicamente en teoría, a decir no lo que sé sino lo que se me antoja más probable. El lado perverso de mi naturaleza, al que yo había entregado el poder, era menos fuerte y estaba menos desarrollado que el bueno, al que acababa de derrocar. En el curso de mi vida, caracterizada casi íntegramente por el esfuerzo, la virtud y el control, había ejercitado y agotado mucho menos esta otra faceta. De ahí, pensé, que Edward Hyde fuera mucho más bajo, delgado y joven que Henry Jekyll. Tal como el bien iluminaba el semblante del uno, el mal estaba visiblemente escrito en las facciones del otro. El mal (que aún debo considerar el aspecto mortal del hombre) había grabado además en aquel cuerpo la marca de la deformidad y la degradación. Y, sin embargo, al contemplar en el espejo aquel desagradable ídolo, no sentí ninguna repugnancia sino más bien una oleada de satisfacción. Aquél también era yo. Me pareció natural y humano. A mis ojos era una imagen más viva del espíritu, más directa y sencilla que aquel rostro imperfecto y dividido al que hasta entonces me había acostumbrado a llamar mío. Y en eso sin duda estaba en lo cierto. He observado que, cuando cobraba la apariencia de Edward Hyde, nadie era capaz de acercarse a mí al principio sin experimentar un visible escalofrío. Esto, supongo, ocurría porque todos

los seres humanos con los que nos cruzamos son una mezcla de bien y mal, mientras que Edward Hyde, único en su especie, era pura maldad.

No me detuve más que un momento delante del espejo: aún tenía que hacer la segunda parte del experimento, la definitiva. Aún estaba por ver si había perdido mi identidad irremediablemente y tenía que huir, antes de que llegara el día, de una casa que ya no era la mía. Volví así a mi laboratorio y una vez más preparé la fórmula y la bebí, y una vez más sufrí los espasmos del brebaje y recobré la personalidad, la estatura y el rostro de Henry Jekyll.

Aquella noche había llegado a una encrucijada fatídica. De haberme enfrentado a mi descubrimiento con un espíritu más noble, de haberlo realizado bajo la influencia de aspiraciones generosas o piadosas, tal vez todo habría sido distinto y de aquella agonía de la muerte y el nacimiento habría surgido un ángel en lugar de un demonio. La droga no tenía el poder de discernir. No era ni diabólica ni divina. Simplemente derribaba las puertas de la prisión de mi personalidad y, como sucedió a los cautivos de Filipos*, lo que estaba encerrado salía al exterior. Mi virtud se adormecía; mi maldad, despierta en todo momento por la ambición, se hallaba alerta y preparada para aprovechar la oportunidad, y lo que de allí salía era Edward Hyde. Así, aunque ahora tenía dos personalidades y dos apariencias, una era completamente perversa mientras que la otra seguía siendo Henry Jekyll, esa mezcla incongruente de cuya reforma y mejora yo había aprendido a desistir. Por tanto, el movimiento se encaminaba enteramente a lo peor.

En aquel entonces, aún no había logrado vencer mi aversión a la aridez de la vida consagrada al estudio. Seguía teniendo a veces una disposición alegre y, como mis placeres eran (en el mejor de

* Hechos, 16-26: «Y repentinamente hubo un gran terremoto, de tal manera que los cimientos de la cárcel fueron sacudidos; y al instante se abrieron todas las puertas, y las cadenas de todos se soltaron».

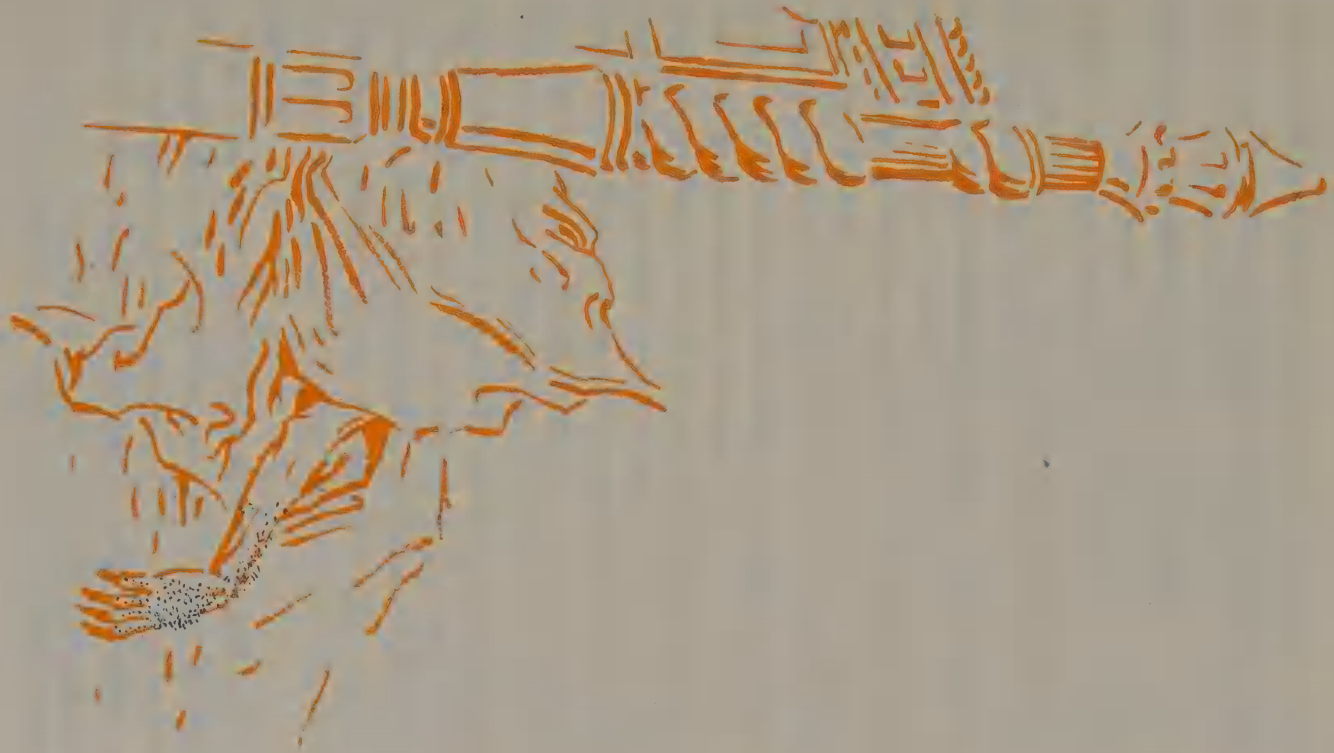
los casos) poco decorosos y yo era un hombre no solo muy conocido y respetado sino de edad provecta, esta incoherencia vital se me hacía de día en día más incómoda. Por este flanco me tentó mi nuevo poder hasta convertirme en su esclavo. No tenía más que beber la pócima para quitarme de inmediato el cuerpo del famoso profesor y vestirme, como si de un abrigo se tratara, con el de Edward Hyde. Esta idea me hacía sonreír. En aquellos días la encontraba divertida e hice los preparativos con sumo cuidado. Alquilé y amueblé esa casa del Soho hasta donde la policía siguió el rastro de Hyde, y tomé como ama de llaves a una mujer reservada y sin escrúpulos. Por otro lado, anuncié a mi servidumbre que un tal señor Hyde (a quien describí) debía gozar de plena autoridad y libertad de movimientos en mi casa de la plaza y, para evitar contratiempos, me dejé ver por allí asiduamente bajo mi segunda personalidad hasta convertirme en un personaje familiar. A continuación redacté ese testamento al que tú pusiste tantas objeciones, con la intención de que, si algo me sucedía siendo el doctor Jekyll, pudiera convertirme en Edward Hyde sin sufrir pérdidas pecuniarias. Y así protegido, a mi entender, en todos los aspectos, empecé a disfrutar de la extraña inmunidad que esta posición me procuraba.

Otros antes que yo contrataban a villanos para que cometieran crímenes por ellos, mientras su imagen y su reputación quedaban a resguardo. Yo fui el primero en hacerlo por puro placer. Era el primero que podía presentarse públicamente cargado de simpatía y respetabilidad y, al punto, como un colegial, despojarse de estos bienes y zambullirse de cabeza en el mar del libertinaje. Cubierto bajo aquel manto impenetrable, mi seguridad era absoluta. Figúrate: ¡ni siquiera existía! Me bastaba con cruzar la puerta de mi laboratorio, mezclar en uno o dos segundos los ingredientes que siempre tenía a mano y tragarme el brebaje. Con independencia de lo que hiciese, Edward Hyde se esfumaría como la mancha

de vaho en un espejo. Y en su lugar, tranquilamente, en la penumbra de su gabinete, se encontraría Henry Jekyll, un hombre que podía permitirse el lujo de reírse de las sospechas.

Los placeres que bajo mi disfraz me apresuré a buscar fueron, como ya he dicho, indecorosos. No merecen un calificativo más fuerte. Pero en manos de Edward Hyde no tardaron en volverse monstruosos. Cuando regresaba de estas andanzas, a menudo me llenaba de asombro la depravación de mi otra personalidad. Este pariente mío al que yo hacía salir de mi propio espíritu y enviaba en busca del placer era un ser inherentemente malvado y vil. Todos y cada uno de sus actos y pensamientos giraban en torno a sí mismo; con avidez bestial bebía el placer que le causaba cualquier grado de tortura de los otros; impasible, como si fuera de piedra. Henry Jekyll se quedaba a veces perplejo de las acciones de Edward Hyde, pero la situación, al estar tan alejada de las leyes ordinarias, permitía que su conciencia se relajara insidiosamente. A fin de cuentas, el culpable era Hyde y nadie más que Hyde. Jekyll no se había vuelto peor persona. Cuando despertaba, sus virtudes se hallaban en apariencia intactas. Incluso se aplicaba, en lo posible, en reparar el mal que Hyde causaba. Y con ello su conciencia se adormecía.

No es mi intención entrar en los detalles de las infamias de que fui cómplice (pues aún ahora me resisto a reconocer haberlas cometido). Solamente quiero señalar las advertencias de mi castigo y cómo éste se me fue acercando paso a paso. Me ocurrió un percance que, al no tener ninguna consecuencia, me limitaré nada más que a reseñar. Un acto de crueldad mía con una niña atrajo sobre mí la ira de un transeúnte a quien el otro día reconocí en un pariente tuyo. El médico y la familia de la niña se sumaron a él y hubo momentos en los que temí por mi vida. Por fin, con la intención de apaciguar su justo enfado, Edward Hyde tuvo que traerlos hasta mi puerta y pagarles con un cheque extendido a nombre de



Henry Jekyll. Eliminar este peligro en el futuro fue tan sencillo como abrir una cuenta en otro banco a nombre de Edward Hyde y, una vez alterada la inclinación de mi caligrafía, para proporcionar una firma a mi doble, me creí a salvo del destino.

Unos dos meses antes del asesinato de sir Danvers, volví a casa muy tarde de una de mis correrías y al día siguiente me desperté con sensaciones extrañas. En vano dirigí una mirada alrededor. En vano vi mi respetable mobiliario y el techo alto de mi dormitorio en la plaza; en vano reconocí el dibujo de las cortinas de mi cama y su armazón de caoba tallada. Algo seguía insistiendo en que yo no estaba allí, en que no me había despertado donde en apariencia me encontraba, sino en el pequeño cuarto del Soho en el que acostumbraba dormir cuando mi cuerpo era el de Edward Hyde. Sonreí para mis adentros y, sirviéndome de mi capacidad psicológica, empecé a interrogarme perezosamente por los detalles de esta ilusión, regresando de vez en cuando, mientras lo hacía, a un agradable letargo matutino. Seguía ocupado en estas reflexiones cuando, en uno de los momentos en que me encontraba más espabilado, mi mirada dio con una de mis manos. Pues bien, las de Henry Jekyll (como tú has señalado con frecuencia) son las de un médico, por su forma y su tamaño: grandes, firmes, blancas y bonitas. Pero la mano que en ese momento veía con toda claridad, a la luz dorada de media mañana en Londres, la que descansaba a medio cerrar sobre las sábanas, era delgada, nervuda y nudosa, levemente oscura y cubierta de vello. Era la mano de Edward Hyde.

Debí de quedarme mirándola cerca de medio minuto, sumido en el estupor del asombro, antes de que el pánico despertara en mi pecho tan repentino y estremecedor como el choque de un címbalo. Y, saliendo de la cama, fui corriendo al espejo. La imagen que vieron mis ojos transformó mi sangre en un líquido exquisitamente diluido y gélido. Sí, me había acostado como Henry Jekyll

y había despertado como Edward Hyde. ¿Cómo se explica esto?, me pregunté. Y a renglón seguido, con otra sacudida de pavor: ¿cómo se remedia? La mañana estaba bastante avanzada, todos mis criados ya se habían levantado y mis drogas se encontraban en el gabinete, del que me separaba un largo camino –tenía que bajar dos escaleras, recorrer un pasillo y cruzar primero el patio y después el anfiteatro– desde mi dormitorio, donde me encontraba paralizado de horror. Tal vez pudiera cubrirme la cara, pero ¿de qué serviría eso, si no me era posible ocultar el cambio de estatura? Y entonces, con una abrumadora y grata sensación de alivio, recordé que los criados ya estaban acostumbrados a las idas y venidas de mi segundo yo. Pronto me había vestido, lo mejor que pude, con ropa de mi talla real, y había cruzado la casa, donde Bradshaw se quedó mirando y retrocedió al ver a Hyde a esas horas y ataviado de una manera tan extraña. Y diez minutos más tarde, el doctor Jekyll había recuperado su forma y, con expresión lúgubre, se encontraba sentado a la mesa fingiendo que desayunaba.

Mi apetito era muy escaso. Este inexplicable incidente, esta inversión de mi experiencia anterior, parecía, como el dedo en el muro de Babilonia, escribir mi sentencia. Empecé a reflexionar más en serio que nunca en la coyuntura y las posibilidades de mi doble existencia. Últimamente había ejercitado y alimentado notablemente esa parte de mí que tenía yo el poder de proyectar. Me animaba la reciente sensación de que el cuerpo de Edward Hyde había ganado estatura, como si (al adoptar yo esta forma) fuera consciente de que la sangre fluía mejor, y empecé a sospechar que, de prolongarse la situación, corría el peligro de que el equilibrio de mi naturaleza se viese definitivamente alterado, de perder el poder de realizar la transformación voluntaria y de verme inexorablemente convertido en Edward Hyde. Los efectos de la pócima no se habían manifestado siempre de la misma manera. Una vez, muy

al principio de mis experimentos, me había fallado por completo y, desde entonces, en más de una ocasión me vi obligado a duplicar la dosis, incluso a triplicarla, un día, con grave peligro de muerte. Estos raros momentos de incertidumbre habían arrojado hasta entonces la única sombra de duda sobre mi satisfacción. Ahora, sin embargo, a la vista del accidente de aquella mañana, comprendí que, si al principio lo difícil había sido desprenderme del cuerpo de Jekyll, de un tiempo a esta parte, lenta pero inexorablemente, sucedía justo lo contrario. Así, todo parecía apuntar a lo siguiente: que poco a poco iba perdiendo el dominio de mi personalidad original, la mejor, para incorporarme a la segunda, la peor.

Comprendí que tenía que elegir entre una u otra. Mis dos naturalezas guardaban recuerdos comunes, pero las demás facultades se repartían entre ellos de la manera más desigual. Jekyll (que era una amalgama), ya con temerosa prudencia, ya con un apetito insaciable, planeaba y compartía los placeres y las aventuras de Hyde, pero Hyde se mostraba indiferente a Jekyll, recordándolo a lo sumo como recuerda el bandolero la cueva de la montaña en la que se oculta de sus perseguidores. Jekyll sentía más interés que un padre; Hyde más indiferencia que un hijo. Unir mi suerte a la de Jekyll significaba la muerte de aquellos apetitos a los que desde antiguo me había entregado en secreto y recientemente empezaba a mimar. Unirla a la de Hyde significaba la muerte de un millar de intereses y aspiraciones, y mi transformación, de golpe y para siempre, en un hombre despreciado y sin amigos. Es posible que el acuerdo parezca desigual, pero había otra consideración que poner en la balanza. Y es que, mientras que Jekyll sufriría abrasándose en el fuego de la abstinencia, Hyde ni siquiera sería consciente de lo que había perdido. Por extrañas que fueran mis circunstancias, los elementos del debate son tan antiguos y tan comunes como el hombre mismo. Alicientes y temores muy semejantes son los que deciden la suerte del pecador que tiembla

ante la tentación. Y así me sucedió, tal como sucede a la inmensa mayoría de mis semejantes, que elegí la parte mejor y me vi luego sin fuerzas para cumplir con mi palabra.

Sí, preferí al doctor insatisfecho, maduro y rodeado de amigos, al hombre que abrigaba honradas esperanzas, y me despedí con resolución de la libertad, la relativa juventud, la despreocupación, los impulsos y los placeres secretos a que me había entregado bajo la apariencia de Hyde. Es posible que hubiera en esta elección cierta reserva inconsciente, pues es verdad que ni renuncié a la casa del Soho ni destruí la ropa de Edward Hyde, que todavía hoy sigue en mi gabinete. No obstante, por espacio de dos meses fui fiel a mi determinación; por espacio de dos meses impuse a mi vida una severidad como nunca había alcanzado y a cambio disfruté de las compensaciones de una conciencia satisfecha. Pero el tiempo fue borrando paso a paso la frescura de mis temores, y los elogios de la conciencia se convirtieron en cosa común. Vinieron a torturarme angustias y anhelos, como si Hyde luchara por quedar en libertad, y fue así como finalmente, en un momento de debilidad moral, una vez más preparé y bebí la pócima transformadora.

Supongo que cuando un borracho razona consigo mismo sobre su vicio, ni una vez entre quinientas se ve afectado por los peligros que acarrea su insensibilidad brutal. Tampoco yo, a pesar del tiempo dedicado a analizar mi situación, había sopesado suficientemente la absoluta insensibilidad moral y la insensata predisposición al mal que eran las principales características de Edward Hyde. Y, sin embargo, fueron ellas las causas de mi castigo. Tras largos años de cautiverio, mi demonio salió de su prisión rugiendo. Ya mientras tomaba el brebaje fui consciente de que su propensión al mal era aún más desenfrenada y violenta. Debió de ser esto lo que avivó en mi espíritu la tempestad de impaciencia que me causaron las corteses palabras de mi infortunada víctima. Confieso al menos ante Dios que ningún hombre moralmente

sano podría haber cometido semejante crimen por tan nimia provocación, y que la reacción de mi ánimo no fue más razonable que la del niño enfermo que rompe su juguete. Pero me había desprendido yo voluntariamente de todos los instintos que favorecen el equilibrio, gracias a los cuales aun el peor de nosotros acierta a sortear con alguna firmeza las tentaciones, y en mi caso, cualquier tentación, por leve que fuera, equivalía a caer.

El espíritu diabólico despertó al instante en mí con una furia incontenible. En un rapto de euforia, destrocé aquel cuerpo que no ofrecía resistencia, saboreando con deleite cada uno de mis golpes, y hasta que empecé a acusar el cansancio, en la cumbre de mi delirio, no experimentó mi corazón una fría sacudida de terror. Como si la niebla se disipara entonces, vi mi existencia arruinada y huí del escenario de mis excesos a la vez pletórico y tembloroso, mis ansias de mal satisfechas y estimuladas y mi amor por la vida más intenso que nunca. Corrí a la casa del Soho y (para asegurarme por partida doble) destruí mis documentos. Salí luego a las calles, iluminadas por las farolas, presa de las mismas sensaciones encontradas, regodeándome en el crimen cometido y planeando con frivolidad futuras fechorías, a la vez que apretaba el paso creyendo oír tras de mí las pisadas del vengador. Con una canción en los labios preparó Hyde el brebaje y, mientras lo bebía, brindó por su víctima. No habían cesado aún los desgarradores dolores de la transformación cuando Henry Jekyll, con lágrimas de gratitud y de remordimiento, caía de rodillas y elevaba a Dios sus manos unidas. El velo de la indulgencia había caído de la cabeza a los pies. Vi mi vida completa. La seguí desde los días de mi niñez, cuando iba de la mano de mi padre y a través de los sacrificios de mi labor profesional, hasta llegar una y otra vez, con la misma sensación de irrealidad, al horror sin paliativos de aquella noche. Poco me faltó para gritar. Con el llanto y la oración traté de sofocar la multitud de imágenes y sonidos que atormentaban mi memoria como un

enjambre. Y, hasta en mitad de mis plegarias, el feo rostro de mi iniquidad clavaba sus ojos en mi alma. Poco a poco la intensidad de mis remordimientos se fue atenuando para dar paso a una sensación de alegría. Di por resuelto el dilema de mi conducta. Hyde era imposible en el futuro. Tanto si lo quería como si no, estaba confinado en la mejor parte de mi naturaleza. Y ¡ah, cuánto me deleitó pensarlo! ¡Con cuánta humildad abracé de nuevo las restricciones de la vida normal! ¡Con qué sincera renuncia cerré la puerta por la que tantas veces había entrado y salido, y aplasté la llave con el tacón!

El día siguiente llegó la noticia de que alguien había visto al asesino, de que la culpabilidad de Hyde era patente y la víctima era un hombre muy apreciado por todos. El suceso no era únicamente un crimen; había sido una tragedia y una locura. Creo que me alegró saberlo. Creo que me alegró ver mis mejores impulsos apuntalados y protegidos por el pavor que me inspiraba el patíbulo. Jekyll era ahora mi refugio. Bastaría con que Hyde se dejara ver una sola vez para que todas las manos lo apresaran con el propósito de acabar con él.

Decidí redimir el pasado con mi conducta en lo sucesivo, y puedo decir honradamente que mi resolución dio buenos frutos. Sabes bien que me esforcé los últimos meses del año pasado, cuánto ahínco puse en mi trabajo para aliviar el sufrimiento. Sabes cuánto hice por los demás y cómo pasé los días tranquilamente, casi feliz. Tampoco puedo decir con sinceridad que me hartara de esta vida inocente y caritativa. Creo, por el contrario, que me agradaba más cada día. Sin embargo, seguía sufriendo la maldición de mi dualidad de intenciones y, una vez mi arrepentimiento perdió su intensidad inicial, mis bajos instintos, satisfechos durante años y recientemente encadenados, empezaron a rugir pidiendo permiso. No es que soñara yo con resucitar a Hyde; la sola idea me espantaba. Fue en mi propia persona donde una vez más tuve la

tentación de jugar con mi conciencia y, como un vulgar pecador secreto, por última vez sucumbí a sus asaltos.

Todo llega a su fin. Incluso la medida más capaz termina por colmarse, y esta breve concesión a la maldad destruyó finalmente el equilibrio de mi espíritu. No me alarmé, sin embargo. La caída me pareció natural, como un regreso a los tiempos anteriores a mi descubrimiento. Fue un día de enero luminoso y claro, con el suelo húmedo allí donde las pisadas habían derretido la escarcha y un cielo limpio de nubes. Los pájaros invernales inundaban con sus trinos Regent's Park y en el aire se presentía la dulce fragancia de la primavera. Me senté en un banco, al sol. El animal que hay dentro de mí se relamía con mis recuerdos, y el lado espiritual, un poco aletargado, prometía la consabida penitencia, pero no daba el primer paso. Al fin y al cabo, pensé, era un hombre como cualquiera de mis semejantes. Y entonces sonreí, al compararme con otros, al comparar mi actividad benéfica con la indiferencia perezosa y cruel del otro. Y en el mismo instante de formular tal pensamiento de vanagloria, me asaltaron los recelos, y unas náuseas atroces, acompañadas de un estremecimiento mortal, se apoderaron de mí. A estas sensaciones las sucedió un estado de debilidad y, cuando también la debilidad se fue atenuando, empecé a tomar conciencia de un cambio gradual en el temple de mis pensamientos, de una mayor osadía, un desprecio del peligro, una disolución de los vínculos del deber. Me miré y vi que mis extremidades habían encogido y la ropa me colgaba, informe; la mano apoyada en mi rodilla era nervuda y estaba cubierta de vello. Una vez más volvía a ser Edward Hyde. Apenas momentos antes tenía la certeza de contar con el respeto de la sociedad, y era un hombre rico y querido: en el comedor de mi casa, la mesa estaría dispuesta para mí. Y de pronto era la escoria de la humanidad, perseguido, sin hogar: un asesino público, carne de patíbulo.

Mi razón vaciló, pero no me falló por completo. Más de una

vez he observado que, cuando adopto mi segunda personalidad, parece como si mis facultades se agudizaran y mi ánimo se volviera más elástico. Así, sucedía que allá donde Jekyll quizá hubiera sucumbido, Hyde se mostraba a la altura de las circunstancias. Mis drogas se encontraban en una de las vitrinas de mi gabinete. ¿Cómo iba a conseguirlas? Tal era el problema que apretándome las sienes con las manos me propuse resolver. Había cerrado con llave la puerta del laboratorio. Si intentaba entrar por la casa, mis propios criados me enviarían a la horca. Comprendí que tenía que servirme de otra persona, y pensé en Lanyon. ¿Cómo dar con él? ¿Cómo convencerlo? Suponiendo que no me detuvieran en la calle, ¿cómo podía llegar a su presencia? ¿Cómo un visitante desconocido y desagradable iba a convencer a aquel médico famoso para que desvalijara el gabinete de su colega, el doctor Jekyll? Entonces recordé que una parte de mi personalidad original aún me pertenecía: podía escribir con mi propia letra. Una vez que esta chispa prendió en mi entendimiento, el resto de mi camino se iluminó de principio a fin.

Acto seguido me ajusté el traje lo mejor que pude, paré un coche que pasaba y así fui hasta un hotel de la calle Portland cuyo nombre acertaba a recordar. El cochero no pudo ocultar su regocijo al ver mi indumentaria, que era en verdad cómica a pesar del trágico destino que cubrían aquellas prendas. Pero me rechinaron los dientes, presa de una oleada de furia diabólica, y la sonrisa se marchitó en sus labios felizmente para él y aún más felizmente para mí, porque de haber seguido en ellos un instante más lo habría yo derribado del asiento. Al entrar en el hotel miré a todas partes con tal expresión de odio que los empleados temblaron. Ni una sola mirada intercambiaron en mi presencia, sino que siguieron mis órdenes sumisamente, me acompañaron a mi habitación y me facilitaron recado de escribir. Hyde en peligro de muerte era un ser nuevo para mí: presa de una ira desmesurada, tenso hasta

límites criminales y ávido de hacer daño. Pero era un ser astuto. Dominó su cólera con un gran esfuerzo de la voluntad y redactó dos cartas importantes, una para Lanyon y otra para Poole; y para cerciorarse de que las enviaban por correo, dio instrucciones de certificarlas.

Hecho esto pasó el día entero en la habitación del hotel, sentado al calor del fuego y mordiéndose las uñas. Allí cenó, a solas con sus temores, viendo cómo temblaba el camarero en su presencia, y más tarde, ya bien entrada la noche, se instaló en el rincón de un coche cubierto que lo llevó de un lado a otro por las calles de la ciudad. Hablo de él en tercera persona porque no me es posible decir «yo». Aquel hijo del diablo no tenía nada de humano. No había en él más que miedo y odio. Y cuando por fin, concluyendo que el cochero empezaba a sospechar, lo despidió y se aventuró a seguir su camino a pie, con aquella absurda indumentaria que llamaba la atención de los viandantes nocturnos, estas dos bajas pasiones atronaban en su pecho como una tempestad. Andaba deprisa, acechado por sus temores, hablando consigo mismo, merodeando por las callejas menos frecuentadas, contando los minutos que aún quedaban para la medianoche. Una vez le habló una mujer, para ofrecerle, creo, una caja de cerillas, pero le asestó una bofetada y la pobre huyó a toda prisa.

Cuando recuperé mi personalidad original en casa de Lanyon, creo que el horror que mostró mi amigo me afectó en algo. No lo sé. Apenas fue una gota en el mar de repugnancia con que más tarde contemplaría aquellas horas. Se había operado un cambio en mí. Ya no era únicamente el miedo a la horca, era también el horror de ser Hyde lo que me atormentaba. Escuché las palabras de condena de Lanyon como en sueños, y como en sueños volví a mi casa y me acosté. Tras la extenuación del día caí en un sueño tan profundo y riguroso que ni las pesadillas que me torturaron consiguieron sacarme de él. Desperté por la mañana impresionado

y débil, pero descansado. Seguía odiando y temiendo a la bestia que dormía dentro de mí, y claro está, no había olvidado los aterradores peligros de la víspera, pero me encontraba de nuevo en casa, en mi propia casa, y cerca de mis fármacos, de ahí que la gratitud por la huida iluminara mi espíritu con intensidad tal que casi rivalizaba con el resplandor de la esperanza.

Paseaba ociosamente por el patio después de desayunar, respirando con placer el aire fresco, cuando de nuevo me asaltaron esas indescriptibles sensaciones que precedían a la transformación y apenas tuve tiempo de refugiarme en el gabinete antes de que las pasiones de Hyde desataran mi furia. Necesité esta vez una dosis doble para recuperar mi personalidad, y ¡ay de mí!, seis horas después, me encontraba en mi butaca, contemplando tristemente el fuego, cuando los dolores regresaron y tuve que tomar de nuevo el brebaje. En resumidas cuentas, de aquel día en adelante, parecía que solo mediante un esfuerzo gimnástico y el estímulo inmediato de la droga me era posible lucir el rostro de Jekyll. A cualquier hora del día y de la noche era presa del temblor premonitorio. Sobre todo si me quedaba dormido o simplemente me adormilaba un momento en mi butaca, despertaba siempre transformado en Hyde. Sometido a la tensión que el inminente presagio del cambio me causaba y al insomnio al que yo mismo me condenaba, hasta extremos que nunca creí que pudiera resistir un hombre, me convertí en una criatura devorada y vaciada por la fiebre, lánguida y débil tanto en lo físico como en lo anímico y ocupada por un único pensamiento: el horror de mi otra personalidad. Pero cuando dormía, o cuando los efectos del brebaje se agotaban, caía, casi sin transición (pues los dolores del cambio fueron menguando de día en día) en poder de unas fantasías rebosantes de imágenes pavorosas, de un alma que hervía en odios sin causa y un cuerpo incapaz en apariencia de concitar la fortaleza suficiente para alojar a las rabiosas energías de la vida. Los poderes de Hyde parecían haber

aumentado con la enfermedad de Jekyll. El odio que ahora dividía a ambos era en verdad idéntico. En el caso de Jekyll, era cuestión de instinto vital. Había visto la deformidad plena del ser que compartía con él algunos de los fenómenos de su conciencia y que a medias con él heredaría en la muerte; y al margen de estos vínculos de comunión que en sí constituían la parte más dolorosa de su angustia, pensaba en Hyde, pese a su desbordante energía vital, como si de algo no solo diabólico sino también inorgánico se tratara. Esto era lo chocante: que el cieno del pozo pareciera capaz de proferir gritos y voces, que el polvo amorfo gesticulara y pecara; que lo que estaba muerto y carecía de forma usurpara las funciones de la vida. Y una vez más: que aquel insurgente horror estuviera unido a él más estrechamente que una mujer, más que sus propios ojos; que estuviera enjaulado en su carne, donde lo oía murmurar y lo sentía luchar por cobrar vida; y que en cada momento de debilidad, así como en la confianza del sueño profundo, prevaleciese sobre él y lo derrocase de su vida. El odio que Hyde sentía por Jekyll era de distinto orden. El pánico al patíbulo lo empujaba continuamente a cometer un suicidio temporal y a regresar a su condición subordinada, a ser parte de una persona y no persona completa. Pero aborrecía la necesidad, aborrecía el abatimiento en el que Jekyll se había sumido ahora, y le ofendía el desprecio que éste le manifestaba. De ahí que me jugara tantas malas pasadas, que escribiera blasfemias de mi puño y letra en las páginas de mis libros, quemara las cartas y destruyera el retrato de mi padre. Lo cierto es que de no haber sido por su miedo a la muerte, hace ya mucho tiempo que se habría buscado la ruina para arrastrarme consigo. Pero su amor por la vida es asombroso. Aún diré más: yo, que me pongo enfermo y me quedo paralizado solo de pensar en él, cuando recuerdo la abyección y la pasión de este vínculo y cuando tomo conciencia de cuánto teme mi poder de cortarlo mediante el suicidio, llego a compadecerme de él.

Es inútil prolongar esta descripción y además no dispongo de tiempo. Baste decir que nadie ha sufrido jamás semejantes tormentos. Y, aun así, al sufrimiento le aportaba el hábito si no alivio sí cierta insensibilidad del espíritu, cierta aquiescencia a la desesperación. Podría haberse prolongado mi castigo años y años de no haber sido por esta última desgracia que ha acontecido y que finalmente me ha separado de mi propio rostro y mi propia naturaleza. Mis provisiones de sales, que no había renovado desde la fecha del primer experimento, empezaron a agotarse. Solicité una nueva remesa y preparé la mezcla. Se produjo la ebullición y luego el primer cambio de color, pero no el segundo. Tomé el brebaje y no surtió efecto. Sabrás, por Poole, que he buscado por todo Londres. Ha sido en vano, y ahora estoy convencido de que la primera remesa era impura y fue precisamente esta impureza lo que daba su eficacia a la poción.

Ha transcurrido una semana y estoy concluyendo esta declaración bajo la influencia de la última dosis de los polvos originales. Ésta será por tanto la última vez, salvo que ocurra un milagro, en que Henry Jekyll pueda pensar sus propios pensamientos o ver su propia cara (¡tristemente cambiada!) en el espejo. No debo demorarme demasiado en poner fin a este escrito, pues, si estas páginas se han salvado de la destrucción hasta el momento, ha sido por una mezcla de prudencia y suerte. Si la agonía de la transformación me atacara mientras escribo, Hyde las romperá en pedazos pero, si logro terminarlas antes del cambio, el asombroso egoísmo de esta criatura y su naturaleza solo atenta al momento presente quizá las salven una vez más de su maldad bestial. Lo cierto es que el cerco del destino que se estrecha en torno a ambos ya ha comenzado a transformar y aplastar a Hyde. Dentro de media hora, cuando una vez más y para siempre haya adoptado su odiosa personalidad, sé que me quedaré temblando y llorando en mi sillón, o bien, con un máximo y temeroso éxtasis del oído, seguiré dando vueltas por

esta sala (mi último refugio terrenal) atento al más leve indicio de amenaza. ¿Morirá Hyde en el cadalso? ¿O encontrará el valor para liberarse en el último momento? Únicamente Dios lo sabe. A mí me trae sin cuidado. Ésta es la verdadera hora de mi muerte, y lo que suceda a continuación ya no me concierne a mí sino a otro. Así pues, en el momento de dejar la pluma y sellar esta confesión, pongo fin a la vida del desdichado Henry Jekyll.

APÉNDICES

UN CAPÍTULO SOBRE LOS SUEÑOS*

Robert Louis Stevenson

El pasado tiene la misma textura, ya sea inventado o vivido, tanto si se escenifica en tres dimensiones como si únicamente se presencia en ese teatrillo del cerebro donde las luces siguen encendidas toda la noche después de que la diversión haya concluido, cuando la oscuridad y el sueño reinan, imperturbables, en el resto del cuerpo. Nuestra experiencia no establece distinciones: una es en verdad intensa y la otra es tenue; una es grata y otra angustiosa para nuestro recuerdo. Pero nada en absoluto demuestra cuál de ellas es lo que llamamos verdad y cuál es un sueño. El pasado se asienta sobre endebles cimientos. Basta con adentrarnos un poco en el terreno de la metafísica para vernos privados de él. Apenas existe una sola familia que pueda contar más de cuatro generaciones y no reclame sin embargo algún título latente, algún castillo o alguna finca; una reclamación que no prosperaría ante ningún tribunal de justicia, pero que complace a la imaginación y procura un gran alivio en las horas ociosas. Aún menos válida es la reclamación que un hombre hace de su propio pasado. Un papel podría aparecer (como sucede en los cuentos) en el cajón secreto de un viejo escritorio de ébano para devolver a la familia sus antiguos

* Este artículo «A Chapter on Dreams», se publicó el 3 de enero de 1888 en la revista *Scribner's*.

honores además de la propiedad de una mina en cierto islote de las Antillas (no lejos de San Cristóbal, tal como susurraba en mis jóvenes oídos una querida tradición) que en otro tiempo fue nuestra y hoy pertenece injustamente a otro, si bien es cierto que, a la vista de cómo está el mercado del azúcar, de nada vale para nadie. No digo yo que estas revoluciones sean probables, pero nadie puede negar que son posibles, en cuyo caso el pasado se pierde para siempre: nuestros días y nuestras obras, y también los que éramos entonces, y hasta el propio mundo en que se representaban estas escenas, todo se vuelve leve como el residuo que deja el sueño de la noche anterior, todo se reduce a unas pocas imágenes deshilvanadas y a un eco en los rincones de la conciencia. Ni una hora, ni un estado de ánimo, ni una mirada nos es posible derogar: todo se ha esfumado, todo es evocación de un tiempo pretérito. Y, sin embargo, nos basta con imaginarnos privados de este pasado, con imaginar que el hilo de la memoria que vamos dejando atrás se ha roto, para sentirnos del todo desvalidos y desnudos. Y es que solo nos guiamos y solo nos conocemos gracias a estas imágenes del pasado, pintadas en el aire.

Por esta razón hay entre nosotros quienes afirman haber vivido más y con mayor riqueza que sus vecinos. Aseguran que cuando duermen siguen activos y, entre los tesoros de la memoria que todas las personas evocan por entretenimiento, la cosecha de sus sueños no ocupa un segundo lugar. Es uno de estos casos el que me viene ahora al recuerdo y que quizá, por lo insólito, merezca relatarse. Le ocurrió a un niño que tenía sueños inquietantes y tumultuosos. De noche, cuando la fiebre le subía unas décimas, la habitación se dilataba y se encogía, y su ropa, colgada de una percha, tan pronto cobraba el tamaño de una catedral como se perdía en una distancia infinita y aterradora, y se empequeñecía infinitamente. El pobrecillo sabía muy bien lo que le esperaba, y luchaba con todas sus fuerzas contra aquel sopor que era el preludio de

todos sus males. Pero su lucha era en vano, pues más pronto o más tarde la hechicera de la noche lo agarraba de la garganta y el niño despertaba entre gritos y jadeos. Sus sueños eran a veces muy corrientes, a veces muy extraños, a veces casi informes: se obsesionaba, por ejemplo, con algo tan inconcreto como cierta tonalidad de color marrón a la que no prestaba la menor atención estando despierto pero temía y detestaba cuando estaba dormido. Otras veces se deleitaba en los detalles de las circunstancias, como en cierta ocasión en que supuestamente tenía que tragarse el mundo, con todos sus habitantes, y se despertó aullando de horror. Las dos principales preocupaciones de su muy limitada existencia –la preocupación práctica y cotidiana de sus tareas escolares y la etérea y primordial del infierno y el día del Juicio Final– a menudo se confundían en una pesadilla pavorosa. Se encontraba ante el Gran Trono Blanco. Lo instaban, pobre de él, a recitar cierta fórmula de la que dependía su destino. No podía mover la lengua, su memoria se quedaba en blanco, y las puertas del infierno se abrían para él. Y se despertó, aferrado al poste de la cama, con el mentón apoyado en las rodillas.

Eran estas experiencias en general muy desagradables y, en aquel momento de su vida, de muy buen grado se habría despojado mi soñador de esta intensidad de sus sueños. Sucedió sin embargo que, conforme crecía, los gritos y las convulsiones físicas fueron quedando atrás, al parecer para siempre. Sus visiones seguían siendo en su mayoría muy tétricas, pero las soportaba mejor y despertaba sin síntomas peores que el pulso acelerado, la cabeza helada, sudores fríos y ese miedo nocturno que nos hace enmudecer. También, como corresponde a un intelecto mejor abastecido, sus sueños pasaron a depender más de las circunstancias y a parecerse más a la vida y a su continuidad. A medida que la observación del mundo iba acaparando crecientemente su atención, la escenografía pasó a ocupar un papel protagonista, tanto en

sus sueños como en sus pensamientos cuando estaba despierto, y así, acostado en la cama, emprendía apacibles viajes y transitaba por extrañas y hermosas ciudades. Fue significativa su singular afición por la indumentaria del período georgiano y los relatos ambientados en esta etapa de la historia de Inglaterra, pues con el tiempo vino a dominar los rasgos de sus sueños de tal suerte que, entre la hora de acostarse y la de desayunar, se ponía un sombrero de tres picos y se transformaba en comprometido miembro de la conspiración jacobita. Más o menos por esta misma época empezó a leer en sueños: relatos, en su mayor parte, y en su mayor parte a semejanza de los de G. P. R. James*, pero infinitamente más vivos y emocionantes que cualquier libro impreso, de ahí que en lo sucesivo la literatura le dejara siempre descontento.

Todavía en sus tiempos de estudiante, vivió una aventura que no desea repetir. Sus sueños cobraron continuidad y de este modo empezó a llevar una doble vida: una de día, otra de noche. Sobraban razones para creer que una era verdadera a la vez que no había forma de demostrar que la otra era falsa. Debería haber mencionado que este joven estudió, o fingía estudiar, en la Universidad de Edimburgo, y así (como quizá haya supuesto el lector) fue como yo lo conocí. Pues bien, en esa vida de sus sueños pasó un día entero en el aula de anatomía, contemplando monstruosas malformaciones y la abominable destreza de los cirujanos. En una tarde de lluvia y de niebla, cruzaba el South Bridge, subía por High Street y entraba en un edificio alto, en cuyo último piso creía vivir. Con la ropa empapada, estaba toda la noche subiendo las escaleras, tramo tras tramo, en una secuencia interminable, y cada dos tramos encontraba una lámpara encendida. No paraba de cruzarse a lo largo de la noche con personas que bajaban y lo rozaban al pasar: mujeres que mendigaban en las calles y obreros corpulen-

*George Payne Rainsford James (1799-1860), autor de novelas de aventuras.

tos, cansados y cubiertos de barro; pobres diablos con pinta de espantajos y tristes imitaciones de mujeres; todos adormilados y exhaustos como él, y todos solos. Por fin, desde una ventana orientada al norte, veía que el amanecer comenzaba a teñir de blanco el estuario, y entonces desistía de seguir subiendo, daba media vuelta para bajar y, al instante se encontraba de nuevo en la calle, húmeda y desolada, para encaminarse, calado hasta los huesos, a un nuevo día de monstruosidades y operaciones quirúrgicas. El tiempo pasaba más deprisa en el mundo de los sueños, donde siete horas (eso se figuraba aproximadamente) equivalían a una. Era también más intenso, de manera que la luz crepuscular de estas experiencias imaginarias nublaba el día, y no se había sacudido el soñador sus sombras de encima cuando ya volvía a ser hora de acostarse y empezar de nuevo. No sé decir cuánto tiempo soportó el estudiante esta disciplina, pero duró lo suficiente para dejar una gran mancha negra en su memoria, lo suficiente para llevarlo, temiendo por su razón, hasta las puertas de cierto doctor que, con un sencillo brebaje, lo devolvió al mundo de la gente común.

Nuestro caballero no ha vuelto a verse aquejado desde entonces por trastornos parecidos. Lo cierto es que por algún tiempo sus noches fueron como las de cualquiera, unas veces vacías, otras veces salpicadas de sueños, y, en este último caso, unas veces deliciosas y otras veces aterradoras, pero nunca extraordinarias, salvo contadas ocasiones de intensidad excepcional. A una de ellas me referiré sucintamente antes de ocuparme de lo que en verdad convierte a este soñador en un personaje interesante. Le pareció que estaba en la primera planta de una granja de montaña. La habitación daba cuenta de sus torpes aspiraciones de refinamiento con una alfombra en el suelo y un piano, creo, contra la pared. Sin embargo, no tenía el soñador la menor duda de encontrarse en un páramo, entre gente de campo, rodeado de brezales a muchos kilómetros a la redonda. Desde la ventana contempló un patio que

parecía llevar mucho tiempo abandonado. Una extraña quietud se había posado sobre el mundo. No se apreciaba rastro alguno de ocupación en la granja: no había en ella ni personas, ni ganado; nada más que un perro cobrador de pelaje rizado y marrón que, sentado junto a la fachada de la casa, parecía adormecido. Había en este animal algo que intranquilizó al hombre. Era difícil describir la sensación, ya que se trataba de un perro normal y corriente: lo cierto es que por lo viejo, lo apagado, lo sucio y lo cansado que se le veía, el pobrecillo más bien debería haber despertado su compasión. No obstante, asaltó al hombre la idea, y cobró visos de certeza, de que aquello no era un perro sino un ser diabólico. Zumbaban en el patio de la granja docenas de moscas adormiladas, y el perro, sin previo aviso, lanzó una de sus patas delanteras, atrapó una mosca entre las almohadillas, se la llevó a la boca como un simio y, mirando al hombre que se encontraba en la ventana, le guiñó un ojo. No nos interesa aquí cómo continuó este sueño. Fue un buen sueño como tal. Y en eso precisamente reside, a mi entender, lo interesante del caso: en que, a partir de este incidente tan singular, mi imperfecto soñador fuera incapaz de llevar el relato a buen término, recurriendo en cambio a ruidos indescriptibles y horrores indiscriminados. Ahora sería distinto, porque conoce mejor su oficio.

En cuanto a esto último, digamos que nuestro honrado amigo tenía la antigua costumbre de dormirse siempre con algún cuento, y que lo mismo había hecho su padre antes que él, pero eran sus invenciones apresuradas, contadas para solaz del narrador, sin las miras puestas en el público grosero o el crítico frustrado: narraciones que le permitían abandonar una trama o sustituir una aventura por otra a la menor sugerencia de la fantasía. Lo cierto es que esos duendecillos que operan en el teatro interior del ser humano aún no habían recibido una formación demasiado rigurosa, y jugaban en escena como niños que hubiesen entrado a hurtadillas en

una casa vacía, antes que como actores instruidos que interpretan una obra en una sala abarrotada de rostros. Sucedió que un buen día mi soñador empezó a sacar provecho (como se suele decir) de lo que hasta entonces había sido el divertimento de contar historias, con lo que quiero decir que comenzó a escribir y a vender sus relatos. Ahí estaban él y aquellos duendecillos que hacían su parte de la tarea, en una situación completamente desconocida. Había llegado el momento de recortar, abreviar y atacar las historias por los cuatro costados; de dotarlas de un principio y un final y de encajarlas (en cierta manera) en las leyes de la vida. Dicho de otro modo, el placer se había convertido en profesión, y no solo para el soñador sino también para los duendecillos de su teatro imaginario, que comprendieron el cambio a la perfección. Cuando el joven se acostaba y se preparaba para dormir, ya no buscaba expresamente diversión sino relatos publicables y lucrativos; y, mientras dormitaba en su palco, los duendecillos proseguían su actividad con los mismos propósitos mercantiles. Todas las demás modalidades del sueño, menos dos, abandonaron a nuestro amigo: a veces, en sus sueños, todavía sigue leyendo los libros más deliciosos y visitando los lugares más deliciosos. Y tal vez sea digno de mención que a estos lugares, y a uno en particular, regresa cada tantos meses o años y en ellos descubre nuevas sendas, visita a nuevos vecinos y contempla determinado valle feliz bajo nuevos efectos de la luz al mediodía y al alba y al ocaso. Pero a todos los demás miembros de la familia de las visiones los ha perdido definitivamente: la burda y mutilada versión de los acontecimientos del día anterior, la pesadilla de un cráneo abierto y unos huesos ensangrentados, consecuencia de una cena copiosa, según se rumorea, se han ido para siempre. Y la mayor parte de su tiempo, tanto dormido como despierto, ahora la dedica –como sus duendecillos– a la elaboración consciente de historias para vender en el mercado. Este soñador (como tantas otras personas) se ha topado

con pequeñas vicisitudes pecuniarias. Cuando empiezan a llegar cartas del banco y se ve al carnicero merodear por la puerta de atrás, el soñador se devana los sesos en busca de una historia, porque es la manera más directa de ganar dinero. Y, ¡tate!, al momento también los duendecillos se devanan los sesos en la misma búsqueda, trabajando toda la noche sin descanso para ofrecerle fragmentos de relatos en su escenario iluminado. No hay temor a que ahora se asuste; el pulso acelerado y los sudores fríos son cosa de otros tiempos. Ahora hay aplauso, aplauso creciente, interés creciente y alegría creciente por su propia inteligencia (pues él se lleva todos los méritos); y, como colofón, un salto jubiloso a la vigilia, con este grito en los labios: «¡Ya lo tengo! ¡Eso es!». Con estas y similares emociones asiste a sus dramas nocturnos, a la vez que salpica la función con arrebatos como el de Claudio en *Hamlet*. El momento de despertar es a menudo decepcionante: el sueño ha sido demasiado profundo, como digo yo. El sopor ha vencido a los duendecillos, que han cumplido con su misión a trompicones, divagando, y el intelecto ya despierto percibe la función como un cúmulo de absurdos. Pese a todo, es mucho lo que debe a estos honrados genios que, mientras él se recrea tranquilamente en el palco, le ofrecen historias mejores de las que él jamás podría imaginar por sí solo.

Veamos una de ellas, tal como en su día se le ocurrió. Al parecer era hijo de un hombre muy rico y malvado, dueño de grandes extensiones de tierra y de un carácter deplorable. El soñador (que era el hijo) había vivido muchos años en el extranjero, con el propósito de alejarse de su progenitor. Cuando por fin regresó a Inglaterra, resultó que su padre se había casado en segundas nupcias con una joven y que ésta, al parecer, sufría lo indecible y aborrecía el yugo conyugal. Por este matrimonio (así lo entendió vagamente el soñador) era deseable que padre e hijo tuvieran una entrevista, pero, como eran los dos orgullosos y estaban enemis-

tados, ninguno condescendía a visitar al otro. Acordaron por fin verse en un lugar solitario, entre las dunas, a la orilla del mar. Allí se pelearon, y el hijo, ofendido por cierto insulto intolerable, mató al padre de un golpe. El suceso no despertó sospecha alguna. Hallaron al hombre muerto y le dieron sepultura, y el soñador heredó grandes propiedades y se vio instalado bajo el mismo techo con la viuda de su padre, a quien el difunto no había dejado nada en herencia. Vivían los dos muy recluidos, como quien ha sufrido una muerte en la familia. Se sentaban juntos a la mesa, compartían largas veladas y cada día eran mejores amigos. Y así continuaron hasta que a él le pareció que ella empezaba a husmear en asuntos peligrosos, que lo sabía culpable de la muerte de su padre y que lo vigilaba y ponía a prueba con sus preguntas. Se apartó de ella como se aparta uno de un precipicio que se descubre de pronto, pero era tan intensa su atracción que una y otra vez se dejaba arrastrar a la misma intimidad de antes para, una y otra vez, verse sobresaltado por alguna insinuación de la viuda o algún significado inexplicable en su expresión. Así, por distintos motivos, llevaban una vida de diálogos interrumpidos, miradas desafiantes y pasión refrenada, hasta el día en que el joven vio salir a la mujer cubierta con un velo, la siguió a la estación, la siguió a un tren con destino a la costa, y hasta las dunas donde se había cometido el asesinato. Ella empezó a buscar entre los médanos, mientras él la observaba con abatimiento. De pronto tenía algo en la mano –no recuerdo qué era, pero sí que constituía una prueba fatídica para el soñador– y, al levantar el objeto en alto para examinarlo, quizá por la impresión del descubrimiento, resbaló y quedó colgada, con cierto peligro, del borde de los altos acantilados arenosos. Sin pensar en nada, él corrió a rescatarla y se quedaron frente a frente: ella con la fatídica prueba en la mano, pensando que la inesperada presencia del joven en los acantilados era una prueba más. Era evidente que quería decir algo, pero él no podía consentirlo –digamos que toleraba

estar perdido, pero no toleraba hablar de su situación con quien podía ser la causante de su ruina–, y se lo impidió, iniciando una conversación trivial. Cogidos del brazo regresaron juntos al tren, hablando de cosas sin importancia, e hicieron el viaje de vuelta en el mismo compartimento. Después cenaron juntos y pasaron la velada en la sala de estar, como en otros tiempos. Sin embargo, la intriga y el temor bullían en el pecho del soñador. «Aún no me ha denunciado –se decía–. ¿Cuándo me denunciará? ¿Será mañana?» Pero no fue al día siguiente, ni al siguiente, ni al otro; y la vida de ambos volvió a ser como antes, solo que ella parecía más amable, y esto de día en día volvía más insoportable para él la carga de la intriga y el asombro, por lo que empezó a consumirse como quien padece una enfermedad. Un día, infringiendo todas las normas del decoro, aprovechó que ella había salido para registrar su dormitorio, hasta que, escondida entre sus joyas, encontró la prueba que tanto daño podía hacerle. Se quedó pensativo, sosteniendo en la palma de la mano el objeto del que dependía su vida, maravillado por el incongruente proceder de la joven; por el hecho de que hubiera buscado, encontrado y guardado, pero no utilizado nunca aquella prueba. La puerta se abrió de repente. Era ella. Una vez más se miraron a los ojos, y una vez más ella le mostró un rostro ávido de explicaciones; y una vez más él se acobardó y le impidió decir nada. Pero, antes de abandonar la habitación, que había dejado patas arriba, devolvió el objeto que podía sellar su sentencia de muerte al sitio donde lo había encontrado y vio cómo los ojos de ella se iluminaban.

Momentos después la oyó explicarle a su criada, con ingeniosa falsedad, la razón de tanto desorden. Su cuerpo no soportaba la tensión por más tiempo, y creo que fue a la mañana siguiente (aunque la cronología es siempre difusa en el teatro del cerebro) cuando dio rienda suelta a sus reservas. Desayunaron juntos, en un rincón del comedor, con suelo de madera, escaso mobiliario y nume-

rosas ventanas. Durante el desayuno ella no había dejado de mortificarlo con alusiones veladas, y apenas se habían retirado los criados, dejando a solas a los dos protagonistas, cuando él se levantó de un salto. Ella hizo lo mismo, muy pálida. Y muy pálida escuchó sus protestas. «¿Por qué lo torturaba? Lo sabía todo, sabía que él no era su enemigo. ¿Por qué no lo denunciaba de una vez? ¿Por qué se comportaba de ese modo? ¿Por qué lo torturaba? Y una vez más: ¿por qué lo torturaba?» Y cuando terminó de despotricar, ella se arrodilló y le tendió las manos: «¿Es que no te das cuenta? –exclamó–. ¡Te amo!».

Y en aquel instante, con un estremecimiento de asombro y de deleite mercantil, el soñador se despertó. No duró mucho su deleite, pues pronto quedó claro que en este enérgico relato había elementos invendibles, razón, precisamente, por la que aquí se presenta resumido. Su asombro no ha parado de crecer de todos modos, y tengo para mí que lo mismo le ocurrirá al lector si lo piensa bien. Y es que ahora comprende por qué hablo de los duendecillos como creadores e intérpretes sustantivos. Han guardado su secreto hasta el final. En defensa del soñador (pues tengo excelentes razones para apreciar su franqueza) diré que en absoluto sospechaba los sentimientos de la mujer –que son el eje principal de la bien urdida trama– hasta el instante de su dramática confesión. No era él el autor del relato. ¡Eran los duendecillos! Y es reseñable que no solo se ha guardado el secreto sino que se ha contado la historia con astuta maestría. El comportamiento de los protagonistas es (según la jerga al uso) psicológicamente impecable, y la manera de dosificar la emoción hacia su sorprendente clímax muy acertada. Estoy despierto y vivo de este oficio, y sin embargo no me es posible superar –puede que ni siquiera igualar– el hábil artificio (propio de uno de esos veteranos carpinteros de obras teatrales como Dennery o Sardou) que consiste en presentar dos veces la misma situación y en enfrentar dos veces a los

actores con la prueba, con la única diferencia de que una vez el objeto está en la mano de ella y otra en la de él: y todo ello debidamente ordenado, de menor a mayor intensidad dramática.

Cuanto más lo pienso, más me inclino a lanzar al mundo mi pregunta: ¿quiénes son los duendecillos? Son parientes cercanos del soñador, de eso no cabe la menor duda. Comparten sus preocupaciones económicas y no pierden de vista el talonario. Comparten también su formación. Es obvio que, como él, han aprendió a construir el esquema de una historia bien ponderada y a distribuir las emociones en orden creciente. Pero creo que ellos tienen más talento. Y una cosa es indudable: saben contar una historia parte a parte, como por entregas, a la vez que en todo momento ocultan sus intenciones. ¿Quiénes son, entonces? Y ¿quién es el soñador?

Bueno, en lo tocante al soñador puedo dar la respuesta, pues no es otro que yo. Podría haberme presentado desde el principio, de no haber sido por las murmuraciones de los críticos sobre mi engreimiento desmedido. Pero ahora no me queda más remedio que desvelar mi identidad, si es que quiero proseguir con el relato. Y, en cuanto a los duendecillos, pues son lisa y llanamente eso, mis genios, ¡benditos sean! Ellos hacen la mitad de mi trabajo mientras estoy completamente dormido, y con toda probabilidad hacen también la otra parte, cuando estoy despierto, y creo, ingenuo de mí, que soy yo quien se encarga de hacerlo. La parte que se hace mientras duermo es, sin discusión, obra de los genios, pero la que se hace cuando estoy en danza no es necesariamente mía, ni mucho menos, pues todo indica que ellos intervienen también entonces. He aquí la duda que asalta mi conciencia. Yo –eso que llamo mi ser consciente, el que vive en la glándula pineal a menos que haya cambiado de residencia desde los tiempos de Descartes, el hombre consciente, el que tiene una cuenta bancaria que fluctúa, el hombre del sombrero y las botas, el que goza del privilegio

de votar y no defiende a su candidato en las elecciones generales– a veces tengo la tentación de suponer que no existe en absoluto un narrador de historias sino una criatura tan real como un vendedor de queso o un simple queso, igual de realista y de enfangada en la realidad hasta las orejas. De acuerdo con esta explicación, toda mi obra de ficción publicada sería exclusiva creación de un duendecillo, un familiar, un colaborador invisible al que tengo encerrado en una buhardilla mientras yo me llevo todas las alabanzas y él (porque no puedo impedirlo) a lo sumo un trozo del pastel. Soy un excelente consejero, algo así como el criado de Molière. Reflexiono antes de ir al grano, y lo adorno todo con las mejores palabras que encuentro y las mejores frases que soy capaz de construir. También embrido la pluma y paso mucho tiempo sentado al escritorio, que es casi lo peor. Y, una vez hecho todo esto, preparo el manuscrito y pago por su registro. Por eso, a fin de cuentas, tengo derecho a quedarme con una parte, aunque no tan grande como la que recibo, de los beneficios de nuestra empresa común.

No me resisto a poner un par de ejemplos de qué parte se hace mientras duermo y qué otra cuando estoy despierto, para que sea el lector quien reparta los laureles, si procede, entre mis colaboradores y yo. Me ocuparé en primer lugar de un libro que algunas personas han tenido la cortesía de leer: *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*. Quería escribir sobre este tema desde hacía mucho tiempo; quería encontrar un cuerpo, un vehículo con el que transmitir esa intensa sensación de doble personalidad que a veces entra en liza y se apodera de la conciencia de todo ser pensante. Había escrito un relato, titulado «El compañero de viaje», que el editor me devolvió so pretexto de ser una obra genial pero indecente, y que quemé hace unos días porque no era una obra genial y porque «Jekyll» la había suplantado. Me sobrevino entonces una de esas fluctuaciones económicas a las que (con elegante recato) ya he aludido antes en tercera persona. Dos días enteros

estuve estrujándome la sesera en busca de una historia, hasta que la segunda noche soñé la escena de la ventana y otra posterior, dividida en dos, en la que Hyde, perseguido por algún delito, tomaba los polvos y experimentaba su transformación en presencia de sus perseguidores. Todo lo demás lo escribí despierto y consciente, aunque es verdad que en muchos momentos detecto el estilo de mis duendecillos. El significado de la narración es por tanto mío, y existía desde antiguo en mi jardín de Adonis, afanado en la búsqueda de un cuerpo en el que materializarse. A decir verdad, mía es la mayor parte de la reflexión moral, ¡por desgracia!, porque mis genios no tienen siquiera una conciencia rudimentaria. Mía es también la ambientación y míos son los personajes. Cuanto ellos me ofrecieron fue la esencia de tres escenas y la idea central de una transformación voluntaria que termina volviéndose involuntaria. ¿Sería por tanto una falta de generosidad con mis colaboradores invisibles, a quienes tantos elogios he prodigado, atarlos ahora de pies y manos y arrojarlos a la palestra de la crítica? Y es que me complace decir que el tan censurado asunto de los polvos no es en absoluto de mi invención, sino de los genios. Me gustaría referirme a otro relato –que el lector tal vez haya hojeado– no demasiado defendible que lleva por título «Olalla». La casa, la madre, el nicho de la madre, Olalla, la habitación de Olalla, los encuentros en las escaleras, la ventana rota, la desagradable escena del mordisco, todo se me ofreció en conjunto y en detalle cuando intentaba escribirlo. A ello yo añadí únicamente la ambientación exterior (pues en mi sueño nunca salí de la casa), el retrato, los personajes de Felipe y el sacerdote, la perspectiva moral, tal cual es, y las últimas páginas, ¡ay!, tal cual son. Y casi puedo afirmar que fue la propia perspectiva moral lo que se me ofreció en este caso, pues surgió al punto de la comparación entre madre e hija y los atroces rasgos atávicos de la primera. A veces los sueños encierran una innegable alegoría. A veces no puedo por

menos que imaginar que mis genios imitan a Bunyan, y sin embargo, nunca se conducen de acuerdo con las normas de lo que quizá podría llamarse un tratado de moral; nunca con estrechez ética sino ofreciendo pistas en lugar de imponer limitaciones a la vida, con esa especie de sentido común que creemos percibir en el arabesco del tiempo y del espacio.

En términos generales, como se ve, mis duendecillos son algo fantásticos, espeluznantes como sus historias, apasionados y pintorescos, viven interesantes vicisitudes y carecen de prejuicios ante lo sobrenatural. El otro día, sin embargo, me dieron una sorpresa, entreteniéndome con una historia de amor, una pequeña comedia de abril que ciertamente debería dejar en manos del autor de *A Chance Acquaintance* [Un encuentro casual], pues él la escribiría como se merece, y estoy seguro (aunque me he propuesto intentarlo) de que yo no seré capaz. Pero ¿quién iba a imaginar que uno de mis duendecillos inventaría un relato para el señor Howells?*

*William Dean Howells (1837-1920), novelista y crítico norteamericano, editor del *Atlantic Monthly*. Sus novelas tuvieron mucho éxito. *A Chance Acquaintance* se publicó en 1885.

DIAGNÓSTICO DE JEKYLL: EL CONTEXTO CIENTÍFICO DEL DOCTOR JEKYLL

Robert Mighall

El doctor Jekyll y el señor Hyde se presenta como un «caso» en el sentido legal, pero también es en parte un caso de estudio ficticio de lo que en su momento se conocía como «psicología mórbida». Algunos lectores de la época reaccionaron a este aspecto del relato de Stevenson. Un cronista, en *The Times*, se preguntaba si el texto era «un fogonazo de investigación psicológica intuitiva» y añadía que su desenlace «lo explica todo sobre una base estrictamente científica, mediante la problemática ciencia de la futurología». Un amigo de Stevenson, John Addington Symonds, se quejaba de que el relato fuese una aportación artística al proceso que estaba produciéndose en el ámbito de «las ciencias físicas y biológicas», consistente en «reducir a cero la libertad individual y debilitar el sentido de la responsabilidad»[1]. Y el personaje de Oscar Wilde, Vivian, observaba que «la transformación del doctor Jekyll puede interpretarse peligrosamente como un fenómeno salido de la revista *Lancet*»[2]. Por fantasiosa o melodramática que pueda

[1] Paul Maixner, *Robert Louis Stevenson: The Critical Heritage*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1981, pp. 205, 211.

[2] Oscar Wilde, «The Decay of Lying», 1889, en Linda Dowling (ed.), *The Soul of Man Under Socialism and Other Critical Writings*, 2001, p. 167.

parecernos la transformación química, esta representación de Stevenson de una anomalía psicológica alcanzó la verosimilitud suficiente para seducir o incomodar a sus lectores originales. Lo cierto es que Fanny, la mujer del autor, recordaría muchos años después cómo éste quedó «profundamente impresionado por un artículo sobre el subconsciente, leído en una publicación científica francesa, que le proporcionó el germen de la idea».[3] Como estos temas científicos desempeñan una importante función en *El extraño caso,* merece la pena explorar este territorio del conocimiento y establecer el contexto científico en que se desarrolló el experimento de Jekyll y su transformación en Hyde. Y es que, a pesar de la enorme influencia que ha tenido esta narración de Stevenson en los creadores del género de terror literario y cinematográfico, su principal legado quizá haya sido el alcance que su «idea central» ha tenido en el terreno de la psicología popular. Jekyll y Hyde tienen una vida independiente, fuera de las páginas o las pantallas de la industria del terror, y es interesante examinar las condiciones históricas en que se forjó una idea que además de activar una fibra inmediata en sus coetáneos, continúa disfrutando de esta existencia antinatural más de cien años después de ser concebida. Para ello debemos regresar a la bibliografía científica de la época, en particular a la psiquiátrica. Un estudio del contexto nos permite identificar las ideas que resuenan a lo largo del texto de Stevenson. Las páginas que siguen son un breve ensayo sobre los textos psiquiátricos, criminológicos y sexológicos del final del período victoriano, pensados para que el lector moderno pueda comprender las especulaciones «psicológicas» de Stevenson en su marco histórico, para lo cual se ofrecerán amplias anotaciones a los pasajes más relevantes del texto. Confío en que los lectores encuentren estas

[3] Citado en Christopher Frayling, *Nightmare: The Birth of Horror*, BBC Books, Londres, 1996, p. 140.

notas, además de útiles para iluminar el relato de Stevenson, de interés histórico por sí mismas.

I.. DOBLE CONCIENCIA

El hombre en realidad no es uno sino dos

El núcleo central de *El extraño caso* es la preocupación por la duplicidad, incluso por la duplicidad del yo. Jekyll reconoce «la absoluta y primitiva dualidad humana» y toma conciencia de los conflictos morales: «Vi que dos naturalezas pugnaban en el campo de mi conciencia, y que me reconocía legítimamente en cualquiera de ellas porque yo era radicalmente ambas». Es su «sensación de vergüenza casi malsana» frente a los estímulos de lo que considera su personalidad inferior lo que insta a Jekyll a desarrollar sus estudios científicos. Sus investigaciones podrían haberse inspirado en *Les maladies de la memoire* [Las enfermedades de la memoria], de Théodule Ribot, un trabajo de 1882. Jekyll se refiere a sí mismo como un «compuesto», mientras que Ribot, en un sentido similar, afirma que «la personalidad consciente [es] un compuesto derivado de estados muy complejos».[4] Y, como Jekyll, impone a esta condición una estructura jerárquica, refiriéndose a un «estado de máxima elevación» que con el tiempo «sucumbe» y es reemplazado por otro. Lo que aquí describe Ribot es un proceso relativamente normal, si bien se aproxima más al caso de Henry Jekyll cuando habla de las características de la «amnesia periódica» o pérdida de memoria, en la que encuentra *«una evolución de dos recuerdos*. En casos extremos [...] los dos recuerdos son independientes uno del otro; cuando uno aparece el otro desaparece [...]. El resultado de esta disociación es que el individuo (al menos para los demás) parece

[4] *Diseases of Memory: An Essay in Positive Psychology*, 1882, pp. 107-110.

que llevara una doble vida». Los experimentos de Jekyll exploran un territorio similar, situado en la misma frontera del conocimiento de la mente y sus trastornos.[5] Su experimento químico logra eso que Ribot observa en casos patológicos extremos: «Cuando el uno aparece el otro desaparece». Exactamente la misma premisa del uso que Jekyll hace de Hyde: «Figúrate: yo ni siquiera existía». Esta acentuación de lo patológico en la bibliografía científica es una consideración importante a la hora de analizar el contexto de *El extraño caso* de Jekyll y Hyde. Y es que Stevenson recurre al mecanismo fantástico de la transformación química para producir lo que en psiquiátría se define como fenómenos disfuncionales. Esto quizá se entienda mejor si pensamos en cómo la psiquiatría del siglo XIX aportó modelos científicos a los problemas «morales» y en cómo la categoría de «demencia moral» nos permite hacer un diagnóstico de Jekyll de acuerdo con criterios de su época.

[5] Según Roger Swearingen, «en 1893 Stevenson contó a un entrevistador que nunca había oído hablar de ningún caso real de "doble personalidad" cuando escribió su relato. "Tras la publicación del libro supe del caso de Louis V., ingresado en el hospital de Rochefort. El señor Myers me envió la noticia."» (Swearingen, *The Prose Writings of Robert Louis Stevenson: A Guide*, Macmillan, Basingstoke, 1980, p. 101). Éste fue un caso famoso, del que por primera vez se tuvo noticia en Gran Bretaña el mismo mes en que se publicó *El extraño caso*, cuando, en enero de 1886, apareció en la sección «Psychological Retrospect» del *Journal of Mental Science*. Myers, hondamente impresionado por el relato de Stevenson, escribió un artículo titulado «Multiplex Personality» en el que detallaba el caso de Louis V., que vio la luz en el *Nineteenth Century* en noviembre de 1886; y fue probablemente este artículo el que envió a Stevenson. El caso afectaba a un joven cuya personalidad cambiaba y regresaba a sus orígenes en diversas ocasiones a raíz de un accidente grave. Como le sucede a Jekyll, entre una y otra fase media un claro dilema moral que conduce a lo que Myers denomina sus «sermones, con el desparpajo *de un mono* más que claridad racional, su radicalismo en lo político y su ateísmo en lo religioso». La frase de Myers parece tomada de esta otra de Jekyll: «De ahí que me jugara tantas malas pasadas, que escribiera blasfemias de mi puño y letra en las páginas de mis libros». Myers se refiere asimismo al caso de Louis señalando «el cambio de personalidad regresivo, la disolución de la forma de nuestro ser en elementos descoordinados», lo que recuerda el comentario de Jekyll, cuando afirma que el hombre es una mera «pluralidad de personalidades incongruentes e independientes». Si Stevenson no se inspiró directamente en este caso, cabe sospechar que en algo le influyó lo escrito por Myers en su artículo (pp. 649, 654).

II. DEMENCIA MORAL

Fue en el terreno moral y en mi propia persona donde aprendí a reconocer la verdadera y primitiva dualidad humana

Si el doctor Lanyon, tras tener conocimiento de «la bajeza moral que ese hombre me reveló», hubiese hecho un diagnóstico de Jekyll es posible que hubiera llegado a la conclusión de que padecía alguna modalidad de «demencia moral». Este concepto se convirtió en la preocupación central de los expertos en patologías mentales o «alienistas», como se los conocía en la segunda mitad del siglo XIX, y se utilizó para «patologizar» conductas excéntricas o no aceptadas. El término «moral» no apunta aquí necesariamente a un código ético establecido (aunque en la práctica era así como se realizaban los diagnósticos) sino que alude, más ampliamente, a anomalías de la conducta, y se acuñó para clasificar fenómenos que, en la moderna sociedad industrializada, gradualmente fueron incluyéndose en la categoría de lo patológico. Fue James Cowles Prichard quien sentó los cimientos de esta categoría en su muy influyente *Treatise on Insanity and Other Disorders Affecting the Mind* [Tratado sobre demencia y otros trastornos mentales], una obra de 1835. El caso n.º 3 de Prichard guarda un sorprendente parecido con el de Jekyll:

> Un hombre con buenas relaciones, de buena educación y con una capacidad intelectual muy por encima de la media, formado, en las circunstancias más ventajosas que la riqueza puede ofrecer, en la rama quirúrgica de nuestra profesión [...]. Educado como un caballero, poseía lo esencial de un carácter: los más altos principios morales y religiosos [...] y la más estricta consideración por el respeto debido a la gente de su mismo rango social. Un desafortunado exceso por el que se dejó seducir una vez concluidas sus obligaciones en Londres sentó las bases para la subversión total de su naturaleza. Se

> volvió temerario en sus costumbres, negligente en su apariencia física, indiferente a la sociedad, adicto a la bebida, receloso de sus amistades, extravagante y caprichoso, perverso, irritable y despótico.[6]

A ojos de los demás, Jekyll, con idénticos orígenes, se vuelve también «indiferente a la vida social» y parece «receloso de sus amigos». Se niega a confiar su secreto a Utterson y se encierra, sin querer ver a nadie. Pero a Utterson y a Lanyon les preocupa el excéntrico proceder de su amigo, su aparente afición a las malas compañías, y empiezan a temer por su salud mental. Tratándose de un «caso» compilado por abogados y médicos no es de extrañar que se tomen en consideración estas ideas. El comportamiento del propio Jekyll compone una pauta de tentación y compulsión depravada, a la que siguen el horror que le causa lo que Hyde es capaz de hacer y un intento de reformarse por completo cuando «el doctor Jekyll está muy tranquilo», seguido a su vez de nuevas «ansias» y recaídas en el modo de proceder de «un vulgar pecador secreto» que concluyen con una incontrolable transformación en Hyde. El caso 3 de Prichard se atiene a una pauta semejante:

> Aparte de estas ocasiones [de excesos etílicos], las costumbres del caballero son sumamente abstemias [...]. Sin embargo, su sed de pasiones va acompañada de una inclinación a las malas compañías. En tales ocasiones entra en cualquier tugurio y bebe con lo más bajo de la especie humana [...]. Así pasa veinte o treinta horas, hasta que toma conciencia del horror de su situación y del calvario que le causa su locura (p. 58).

Vemos aquí a un ser dividido, que suscita la consternación de sus amigos por sus malas compañías, al tiempo que él mismo tiene

[6] James Cowles Prichard, *Treatise...*, Sherwood & Piper, Londres, 1835, p. 57.

plena conciencia, cuando se recupera, de la duplicidad de su conducta. Si sus intereses hubieran sido como los de Jekyll, más químicos que quirúrgicos, quizá también él habría desarrollado una pócima con la que segregar sus dos «incongruentes» personalidades.

El caso de Prichard nos ayuda a descubrir un aspecto importante de la idea de demencia moral, igualmente esencial para comprender el caso de Jekyll. Y es que la «demencia» de Jekyll, tal como sospechan sus amigos, es en buena medida consecuencia de su posición social. Lo primero que sabemos del caso 3 es que se trata de un «hombre con buenas relaciones», formado en «las circunstancias más ventajosas». Es ante todo este aspecto lo que convierte en patológica su compulsión por los bajos fondos. También Jekyll nació «heredero de una gran fortuna, dotado además de excelentes aptitudes, inclinado por naturaleza al trabajo, siempre busqué el respeto de los más sabios y mejores de mis semejantes. Así, contaba con todas las garantías para gozar de un futuro honorable y distinguido». Lo que hace de él un caso de estudio es también su compulsión de actuar de una manera contraria a su identidad de clase. La transformación en Hyde puede verse como una vía de escape para que Jekyll evite comportamientos propios de la demencia moral. «Si cada uno de ellos, me dije, pudiera alojarse en una identidad independiente, la vida se desprendería de todo cuanto se me antojaba intolerable.» Jekyll «aloja» a Hyde tanto figuradamente como en la práctica: en un cuerpo de inferior estatura y en un barrio inferior de la ciudad. Encontramos multitud de Jekylls en los manuales de psiquiatría victoriana[7]; quizá sea solo el aspecto sobrenatural lo que convierte este caso en «extraño».

[7] Me limitaré a citar uno de mis favoritos, en el que se ofrece una hilarante variación de las anotaciones blasfemas de Jekyll/Hyde en los textos religiosos de Jekyll. Se trata de *On Morbid Impulse*, de W. C. McIntosh, una obra de 1863 que refiere el caso de «un joven caballero afectado por una ingobernable tendencia a subir corriendo al balcón del órgano durante el servicio para interpretar alguna melodía jocosa bien conocida y tal vez asociada a palabras profanas y soeces. No había forma de impedírselo, de tan repentino como era su impulso, y después abandonaba la capilla voluntariamente» (J. E. Adland, Londres, 1863, p. 8).

III. RESPONSABILIDAD PENAL

A fin de cuentas, el culpable era Hyde y nadie más que Hyde

Una vez separado y segregado, Jekyll se diagnostica con explicitud como un demente moral. Según afirma, en relación con el asesinato de Carew:

> Confieso al menos ante Dios que ningún hombre moralmente sano podría haber cometido semejante crimen por tan nimia provocación, y que la reacción de mi ánimo no fue más razonable que la del niño enfermo que rompe su juguete.

Jekyll, como médico, ejerce su prerrogativa diagnóstica. El empleo de la primera persona en la misma oración lo involucra, sin embargo, tanto en el crimen como en el diagnóstico, destruyendo así las divisiones que buscaba crear. Su «caso» es en última instancia el de un individuo que se diagnostica a sí mismo, actuando en su capacidad profesional de médico y experto en piscología. Y esto es así porque el papel de decidir si un culpable estaba loco o era malvado, si era un criminal o víctima de una enfermedad mental, recayó progresivamente en médicos expertos hacia finales del siglo XIX. Jekyll asegura que, en sus últimos días, es el miedo al patíbulo lo que mueve a Hyde, con lo que insinúa que su responsabilidad en el asesinato de Carew sería evidente. No obstante, es muy posible que la sociedad hubiera aceptado su propio diagnóstico de Hyde y en consecuencia lo hubiera encerrado en una prisión especial. Así, en la carta a que nos referimos anteriormente, John Addington Symonds afirma que «las puertas de Broadmoor se habrían cerrado a las espaldas del señor Hyde» si hubiera comparecido ante la justicia (Maixner, 1981, p. 211). La idea de «responsabilidad disminuida» nos resulta hoy familiar, pero es un concepto que en su día hubo que demostrar y por el que los patólogos tuvieron que

pelear contundentemente a lo largo de todo el siglo. Estas preocupaciones podrían aclarar los motivos que llevaron a Jekyll a dejar su «Declaración completa» del caso. Porque, al poner «fin a la vida del desdichado Henry Jekyll», se refiere a la narración, al relato escrito de su vida, tanto como a su existencia física. No sabe cuál será el desenlace para Hyde. Es muy posible que deje su confesión para que sus colegas médicos puedan leerla y así juzgar la responsabilidad de Jekyll/Hyde, y acaso librarlo del «cadalso»[8]. A fin de cuentas, si ya había redactado un testamento con la intención de disfrutar de una especie de vida póstuma a través de Hyde, ¿por qué no escribir también un caso de estudio sobre la demencia moral y dirigirlo a su abogado, para acreditar su responsabilidad penal disminuida?

Consideremos que ha sido así y veamos qué sabemos del caso de Jekyll y Hyde a la luz de la bibliografía forense. Ya me he ocupado de estas cuestiones en otras páginas y he señalado que la descripción de Hyde como una criatura simiesca, enana y «apenas humana» podía entenderse como una representación clásica del tipo criminal atávico. Vale la pena extenderse sobre estas ideas y examinar otros factores que señalan a Hyde como caso de darwinismo psiquiátrico o criminológico. Su relativa juventud tal vez refleje su condición atávica, causa o efecto de su inmoralidad. Eminentes autoridades han creído que el individuo «recapitulaba» en su propio desarrollo (de feto a adulto), de un modo abreviado, las diversas etapas del crecimiento evolutivo que ha experimentado la especie humana: la ontogenia recapitula la filogenia, según lo

[8] En el más famoso de los casos de Arthur Conan Doyle, *El sabueso de los Baskerville* (1901-1902), nos encontramos con Seldon, el asesino de Notting Hill, a quien, tras ser condenado a muerte, se le conmutó la sentencia por la de prisión en Dartmoor «debido a ciertas dudas con respecto a su cordura, vista la atrocidad de su comportamiento». La descripción que se ofrece de Seldon es semejante a la de Hyde, a quien se califica de «troglodita», lo que equivale a decir «atávico». He aquí cómo lo presenta el doctor Watson: «Allá entre las rocas, donde la vela ardía en una grieta,

expresan los biólogos[9]. Esto significa que el ser humano, en su fase infantil, se encuentra más cerca de formas de vida menos evolucionadas: «primitivas» y animales, pero también de criminales y dementes. Esta lógica era intercambiable. Si el criminal o el demente eran producto de un desarrollo mental interrumpido, también él mismo había visto su crecimiento «interrumpido» en una fase temprana de su evolución como individuo (y también como especie). Éste era uno de los principios de la antropología criminal de Cesare Lombroso (la primera escuela de criminología científica), y así lo formula la hija del autor en su introducción a la publicación de los trabajos de su padre, en 1911:

> los gérmenes de la criminalidad y la demencia moral se encuentran normalmente en las primeras etapas de la existencia humana, tal como ciertas formas consideradas monstruosas cuando son exhibidas por los adultos están presentes con frecuencia en el feto [...]. El niño, lo mismo que algunos adultos cuya anomalía consiste en la ausencia de sentido moral, representa lo que los alienistas denominan un ser moralmente insano y los criminólogos un criminal nato,

---

asomó un rostro maligno y cetrino, un aterrador rostro animal, surcado por las huellas de las bajas pasiones. Cubierto de fango, con la barba crecida y el pelo enmarañado, bien podía ser uno de esos salvajes de la antigüedad que vivían en las cavernas de las montañas» (*The Hound of the Baskervilles*, Penguin, Harmondsworth, 2001, p. 96). Si Jekyll (¿o fue Hyde?) no se hubiera suicidado, tal vez habría terminado en la misma institución penitenciaria.

[9] Esta frase define lo que se conoce como «ley biogenética», de enorme influencia en algunos especialistas en el campo de la patología mental, como Maudsley, Lombroso, Krafft-Ebing, Havelock Ellis y Sigmund Freud. Fue formulada por el biólogo alemán Ernst Haeckel y se explica así: «La serie de formas que cobra el organismo individual a lo largo de su evolución, desde la fase celular hasta que alcanza su pleno desarrollo, es una reproducción breve y condensada de la larga secuencia de transformaciones experimentadas por los antepasados animales de dicho organismo (o la forma ancestral de la especie en cuestión) desde las primeras etapas de la así llamada creación orgánica hasta el momento presente» (citado en Laura Otis, *Organic Memory: History and the Body in the Late Nineteenth and Early Twentieth Centuries*, Nebraska University Press, Lincoln, 1994, p. 7).

> con el que ciertamente presenta semejanzas en su conducta violenta e impetuosa.[10]

La protesta de Jekyll, cuando afirma que «ningún hombre moralmente sano podría haber cometido semejante crimen por tan nimia provocación, y que la reacción de mi ánimo no fue más razonable que la del niño enfermo que rompe su juguete», respalda el razonamiento de Lombroso, apuntando a un estado de menor evolución.

Incluso el aspecto repelente de Hyde encuentra refrendo científico en la criminología de la época. El destacado psiquiatra Henry Maudsley ofrece una de las mejores definiciones de esta idea entre los observadores británicos. A su entender, hay una «clase de individuos criminales claramente diferenciada que constituye una variedad degenerada o malsana, marcada por su singular bajeza física y mental [...]. Son individuos escrofulosos, no pocas veces deformes, con la cabeza angulosa y mal formada; estúpidos, huraños, perezosos, carentes de energía vital y en ocasiones aquejados de epilepsia»[11]. Todos, incluido Jekyll, coinciden en señalar la fealdad y la deformidad de Hyde, a la vez que sienten por él una aversión instintiva. Son instructivas en este sentido las reacciones tanto de Lanyon como de Utterson. Al primero le impresiona «la horrorosa expresión de su rostro»; y viendo «algo sobrecogedor, sorprendente y repulsivo» en la criatura que tiene delante, intenta convertirla en objeto de estudio de la anomalía. También Utterson delata lo que podríamos llamar un interés «profesional» por Hyde. Dice el narrador de él, al tener noticia del carácter violento de Hyde:

---

[10] Gina Lombroso-Ferrero, *Criminal Man According to the Classifications of Cesare Lombroso*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1911, pp. 130-131.

[11] Henry Maudsley, *Responsibility in Mental Diseases*, Henry S. King, Londres, 1874, pp. 29-30.

> fue así como en el cerebro del abogado surgió y fue creciendo poco a poco una curiosidad singularmente intensa, casi desmesurada, por contemplar las facciones del verdadero Hyde. Si pudiera verlo aunque fuera una sola vez, creía que el misterio se aclararía, incluso podía desplegarse por completo[...]. Además, como mínimo valía la pena ver esa cara: la de un hombre sin entrañas, sin piedad...

Utterson trata de resolver el misterio viendo a Hyde y, al no conseguirlo, experimenta una curiosidad morbosa, o tal vez científica o profesional, por contemplar el rostro de esta bestia violenta. Ni mucho menos era el único. Lombroso incluía en sus trabajos extensas galerías fotográficas de criminales convictos, con las que supuestamente demostraba los rasgos antropológicos distintivos de diversas tipologías criminales. Y Francis Galton ideó un sistema de «fotografía mixta» con el que captaba la «esencia» visual de la criminalidad y aportaba una prueba tangible de esta hipótesis. Publicó los resultados de sus experimentos en *Inquiries into Human Faculty* (1883), que son una interesante lectura para los fines que aquí nos ocupan.

Galton, primo de Charles Darwin y fundador de la «ciencia» de la eugenesia (la promoción de poblaciones saludables mediante la aplicación de principios de reproducción selectiva), era un gran pionero del método sociológico. En el marco de su proyecto de aislar diversas tendencias dentro del género humano, intentó identificar distintos «tipos» por sus rasgos esenciales. Con este propósito aplicó a la fotografía el rigor de la estadística y coleccionó imágenes de diferentes tipos sociales –razas y clases, además de especímenes sanos, tísicos y criminales– y se propuso determinar la fisonomía media de cada tipo. Para ello ordenó en fila una serie de retratos representativos y expuso una plancha fotográfica de cada imagen durante una fracción del tiempo requerido para una exposición completa. Cuando las fotografías eran ocho, cada imagen se

sometía a una octava parte del tiempo de exposición, hasta que la plancha arrojaba una «media» fotográfica. Galton realizó sus primeros experimentos con retratos de criminales. Lo explica así:

> Las fotografías originales se han tomado de dos grandes grupos. Uno de ellos corresponde a individuos que cumplen graves condenas por asesinato y otros delitos violentos; el otro a ladrones. Son copias de las fotografías tomadas por orden de las autoridades de prisiones con fines de identificación [...]. Desafortunadamente es un hecho probado que existen criminales de muy diversos tipos fieles a su especie, que constituyen una de las más tristes deformidades de la civilización moderna.[12]

La búsqueda del tipo criminal de Galton puede definirse como una persecución de Hyde, ya que éste representa la esencia del mal, reflejado en sus repelentes rasgos. Galton intenta captar esta «deformidad» con su cámara, a la vez que, cuando contempla las innumerables fotografías que utilizaba en sus experimentos, experimenta una emoción muy semejante a la de quienes ven a Hyde. Tal como afirma, en alusión a las fotos de criminales: «Tardé algún tiempo en apreciar como es debido la degradación de sus expresiones; finalmente esta sensación me asaltó con viva intensidad, y hoy no me es posible ver los retratos sin verme obligado a hacer un esfuerzo para superar la aversión que me causan» (pp. 12-13). Esto es natural, de acuerdo con la lógica de *Jekyll y Hyde*, pues, como Jekyll, Galton ha desarrollado un experimento para aislar, extraer y otorgar una «identidad» independiente al tipo representativo del mal. Jekyll hace alusión a la eficaz marca del mal, insinuando que éste se comporta como una imprenta para producir la

[12] Francis Galton, *Inquiries into Human Faculty*, 2.ª edición, Dent, Londres, 1996, p. 10.

estampa visual del «carácter» de Hyde. El proceso fotográfico de Galton tiene una finalidad similar. Como Utterson, se propone contemplar y mostrar la imagen de un hombre (de hombres) «sin entrañas, sin piedad», el prototipo del individuo violento. No obstante, también como Utterson, encuentra dificultades a la hora de ofrecer una buena representación:

> He elaborado multitud de imágenes mixtas de diversos grupos de convictos, que han demostrado ser interesantes en el aspecto negativo más que en el positivo. El resultado han sido rostros corrientes, en los que no va inscrita la maldad. Sí hay bastante maldad en los rostros individuales, pero es una maldad de otra clase y, al combinarse las imágenes, las singularidades de cada individuo desaparecen, dejando solo una suerte de humanidad común de rango inferior (p. 10).

Hay en estas palabras una nota de decepción, un eco de Enfield cuando protesta ante Utterson por el modo en que Hyde pisotea a la niña y afirma: «Así contado no parece nada, pero verlo fue espeluznante». Galton afirma que individualmente eran espeluznantes, si bien reconoce que su propia búsqueda de la esencia del mal, como la de Hyde, no arroja resultados convincentes. Los problemas de Galton son comparables a los que se le presentan a todo el que intenta describir a Hyde. Enfield asegura: «No es fácil describirlo. Hay algo raro en su apariencia, algo desagradable, algo directamente detestable. Nunca he visto un hombre que me pareciera tan repulsivo, y al mismo tiempo, no sé por qué. Debe de tener alguna deformidad. Da la sensación de que tiene alguna deformidad, pero no sabría decir cuál. Tiene un aspecto muy extraño y al mismo tiempo en realidad no puedo señalar nada que se salga de lo normal. No, señor. No veo por dónde cogerlo. No puedo describirlo». Galton reconoce algo muy parecido. A pesar de la más avanzada e ingeniosa tecnología, a pesar de los métodos

matemáticos más elaborados y a pesar de los más valerosos intentos de algunos observadores, los Hyde de la ficción y de la vida real, la expresión visible de la maldad o la criminalidad esenciales, deben en última instancia seguir escondidos.

IV. PERVERSIÓN SEXUAL

Tras largos años de cautiverio, mi demonio salió de su prisión rugiendo

El mismo año de la publicación de *El extraño caso*, apareció en Alemania un libro que daba cuenta de fenómenos aún más extraños si cabe. La *Psychopathia Sexualis* (1886) de Richard von Krafft-Ebing fue el primer gran manual de sexología, una ciencia derivada de la psiquiatría que emergió en los últimos lustros del siglo XIX. Desde asesinos sexuales y zoófilos a exhibicionistas y fetichistas del pelo, este profesor de psiquiatría y neurología de la Universidad de Viena presentó ante sus colegas un asombroso catálogo de anomalías y aberraciones sexuales. Como sucede con los textos psiquiátricos a los que antes nos hemos referido, la sexología se concentraba en la zona gris comprendida entre la criminalidad y la enfermedad mental, y se ocupaba exclusivamente de la clasificación de las perversiones. El enfoque patológico de los delitos sexuales o la «conducta inmoral» desplazó el foco del acto en cuestión a un análisis pormenorizado de su instigador. Se buscaron las causas en los antepasados del sujeto, en su niñez o en su constitución física y mental, sentando así las bases de las teorías psicopatológicas que hoy conocemos. De este modo se abrió para la ciencia un nuevo terreno que parecía ensancharse continuamente conforme el número de casos extraños proliferaba con cada nueva edición del libro de Krafft-Ebing.

Hay indicios suficientes en el texto, en sus diversas formas, que animan en parte a la exploración de *El extraño caso* de Jekyll y Hyde desde este ángulo. Otros comentarios aislados parecen secundar esta propuesta, pese a las protestas y el rechazo de Stevenson.[13] Anteriores borradores del texto revelan de hecho un contenido sexual más explícito. En el más antiguo de los borradores que han sobrevivido, Jekyll confiesa: «Desde una edad muy temprana, sin embargo, me convertí, ~~en secreto~~, en esclavo de vergonzosos placeres». La misma frase se cambió posteriormente por: «Desde una edad muy temprana, sin embargo, me convertí en secreto en esclavo de ciertos apetitos», en lo que se conoce como «copia del impresor», que fue revisada de nuevo justo antes de la publicación. En la aludida primera versión vemos también cómo Jekyll refiere que «no bien cayó la noche y pude librarme de mis amigos, la mano de hierro de la inveterada costumbre volvió a arrojarme al cenagal de mis vicios. No te importunaré con ellos más que para decir que no solo eran delitos a los ojos de la ley sino actos en sí mismos abominables», y que, tras concebir a Hyde, empezó a sumergirse en «una carrera de vicio cruel, despiadado y degradante». Estos pasajes refuerzan la convicción de que Stevenson había concebido en primera instancia un elemento erótico significativo en las actividades de Jekyll y Hyde, y que éstas

[13] En una carta a un amigo, Stevenson se quejaba así de un «zopenco» reseñador (de un montaje teatral de *Jekyll y Hyde* que ponía el acento de un modo más explícito en el componente sexual de los actos de Hyde): «El mal estaba en Jekyll, porque era un hipócrita, no porque le gustaran las mujeres; él mismo lo dice. Pero la gente está tan llena de lujuria y de instintos sexuales invertidos que no es capaz de pensar en nada que no sea el sexo. El hipócrita libera a la bestia Hyde –que no es más sensual que cualquier otro, pero que es la esencia de la crueldad y la maldad, del egoísmo y la cobardía, de la parte diabólica del hombre–, no el burdo deseo de tener una mujer con el que tanto escándalo están organizando» (Maixner, p. 231). Pero, según observa Stephen Heath: «Hay en esta protesta una especie de verdad contradictoria: si la gente está tan llena de lujuria y de instintos sexuales invertidos, tal vez esto sea un punto clave de lo que representa Hyde, de todas esas "bajas pasiones"» (Stephen Heath, «Psycopathia Sexualis: Stevenson's Strange Case», *Critical Quarterly*, 28, 1986, p. 94).

apuntaban a formas «pervertidas» de acuerdo con la definición de la época. El lenguaje es similar al que encontramos en los casos de Krafft-Ebing (muchos de los cuales incluían confesiones de los interesados que comenzaban como la de Jekyll). Es evidente que Stevenson situaba el caso de Jekyll en este mismo terreno. La insinuación de que desde muy temprana edad Jekyll había sido adicto a placeres deshonrosos o esclavo de ellos es casi una confesión explícita de masturbación que tal vez sembrara la semilla de una posterior trayectoria de vicio «delictivo». Con la alusión a la «mano de hierro» de la costumbre, esta confesión no podía significar más que una cosa para los lectores de su tiempo. Términos como «vicio secreto» y «esclavo de placeres deshonrosos» –a los que eran adictos los jóvenes– podían haberse tomado directamente de cualquiera de los tratados de tres al cuarto sobre la masturbación publicados entre 1840 y 1900.[14] Con buen criterio, Stevenson eliminó de su relato estas referencias inequívocas, en aras de la ambigüedad narrativa.[15] El énfasis con que más tarde se

[14] Sobre estos textos científicos y su relación con la literatura y la representación góticas, véase Mighall *A Geography of Victorian Gothic Fiction: Mapping History's Nightmares*, Oxford University Press, Oxford, 1999, capítulo 5. También, Mighall, «A Pestilence which Walketh in Darkness: Diagnosing the Victorian Vampire», en Byron y Punter (eds.), *Spectral Readings: Towards a Gothic Geography*, Macmillan, Basingtstoke, 1999, pp. 108-124.

[15] Hay una intrigante posdata a la insinuación de que Stevenson, en este relato, podría referirse a las consecuencias de la masturbación. Dos años después de su publicación apareció en el número 34 del *Journal of Mental Science* (1888) un artículo de un psiquiatra y sexólogo estadounidense, Edward Charles Spitzka, titulado «Cases of Masturbation (Masturbatic Insanity)». Entre ellos figuraba el caso de «F. S.»: «Sin duda una de las personas de aspecto más peculiar que he visto jamás. La expresión de sus facciones era indescriptible. En palabras normales se podría decir que era a la vez repulsivo, cómico y raro [...]. A veces un gesto de astucia satánica velaba su expresión, y un momento después cobraba un aspecto casi infantil y suplicante. Andaba deprisa, como si se deslizara en lugar de dar pasos [...]. Me era imposible sustraerme a la impresión de que el autor de esa novela ingeniosamente absurda, *El doctor Jekyll y el señor Hyde*, pensaba en una persona como mi paciente cuando describió la repugnancia que causaba su personaje en quienes se cruzaban con él en la calle. Tenía una cara horrenda» (p. 52). Es evidente que Spitzka está creando a F. S. a imagen de Hyde: de lo satánico a lo suplicante, cambia de personalidad ante la mirada del médi-

refiere a «determinados apetitos» es en realidad más abrumador, en tanto que indica tendencias perversas o pervertidas además del más extendido «vicio» de la masturbación.

De nada sirve especular cuáles fueron los propios vicios «delictivos» de Jekyll o sus «ciertos apetitos», más aún cuando la versión publicada atenúa considerablemente estas referencias. En ella vemos afirmar a Jekyll: «Los placeres que bajo mi disfraz me apresuré a buscar fueron, como ya he dicho, indecorosos», ya no delictivos y ya no deshonrosos. Jekyll es un vulgar pecador secreto, no un caso de estudio para un médico forense vienés. Su visión de Hyde nos incita a tomar de nuevo el volumen de la sexología: «Pero en manos de Edward Hyde no tardaron en volverse monstruosos». Cobran una forma concreta: Hyde «con avidez bestial bebía el placer que le causaba cualquier grado de tortura de los otros»; saboreaba «con deleite cada uno de mis golpes», afirma, en alusión a la paliza que propina a Danvers Carew; y más tarde se describe como «tenso hasta límites criminales y ávido de hacer daño». La conducta de Hyde se acerca a la definición del sadismo que ese año establece Krafft-Ebing en *Psychopathia Sexualis*. Tomando el nombre del marqués de Sade (quien en sus novelas y en sus meditaciones filosóficas describe el placer erótico de hacer daño), el psiquiatra alemán definía el sadismo como la «asociación de la lujuria con la crueldad y la violencia activas», y explicaba:

> El sadismo no es sino una intensificación excesiva y monstruosa de fenómenos –que en condiciones normales también pueden presentarse en formas rudimentarias– que acompañan a la vida sexual física, especialmente en los varones [...]. Los actos de sadismo [a

co. Tiene el «andar extraño y ligero» de Hyde, y como éste es en última instancia indescriptible. Si Stevenson decidió no señalar este «vicio» entre las posibilidades de la supuesta enfermedad de Jekyll o el repugnante aspecto físico de Hyde, encontró al menos un intérprete que, con conocimiento de causa, estableció esta relación.

> veces] tienen una naturaleza impulsiva [...] su grado de monstruosidad depende del poder que ejerza el instinto perverso sobre el individuo, así como de la fuerza de las ideas contrarias que pudieran estar presentes, casi siempre debilitadas, en mayor o menor grado, por un defecto ético original, una degeneración hereditaria o por la demencia moral.[16]

La idea de que el sadismo es una expresión «monstruosa» de instintos normales evoca las observaciones de Jekyll sobre cómo sus propios placeres «indecorosos», de los que muchos hombres se habrían vanagloriado públicamente, se volvieron «monstruosos» en manos de Hyde, presumiblemente debido a la vergüenza «malsana» de Jekyll. Vemos aquí la intensificación patológica del impulso normal que subyace a la clasificación sexológica de inmoralidad. Hyde, como el sádico, actúa también «impulsivamente» en su brutalidad. Ataca a Carew «con la furia de un simio» sin (aparente) provocación, y sabemos también que una vez «le habló una mujer, para ofrecerle, creo, una caja de cerillas, pero le asestó una bofetada y la pobre huyó a toda prisa». «Tenso hasta límites criminales y ávido de hacer daño», Hyde es casi una descripción de manual de eso que en ocasiones se ha llamado «crimen de gratificación sexual». Sus acciones se vuelven monstruosas porque Jekyll, al dejar libre a Hyde, ha renunciado a las «ideas contrarias» del freno moral: «Tras largos años de cautiverio, mi demonio salió de su prisión rugiendo».

Un diablo tal vez muy parecido a Hyde salió rugiendo a las calles de Londres dos años después de la publicación de *El extraño caso,* lo que dio a algunos observadores la oportunidad de aplicar o consolidar su descripción de anomalía psicológica. Y es que,

---

[16] Richard von Krafft-Ebing, *Psycopathia Sexualis*, primera edición inglesa, F. A. Davix & Co., Filadelfia, 1892, pp. 59-61.

tal como se afirmó al principio de este diagnóstico, tal vez la principal influencia del relato de Stevenson sea el modo en que Jekyll y Hyde son un concepto, además de una obra de ficción, y cómo pasaron a formar parte de la leyenda popular casi inmediatamente después de la publicación de la obra. Veamos cómo ocurrió. Entre septiembre y noviembre de 1888, cuando los incidentes cesaron y el culpable desapareció, varias prostitutas fueron asesinadas en la zona de Whitechapel, situada en el East End de Londres. Cinco de los crímenes se atribuyeron a un individuo: Jack el Destripador, como se cree que él mismo se hacía llamar por la brutalidad con que extirpaba las vísceras a sus víctimas[17]. Nunca lo detuvieron, y las teorías sobre su identidad se multiplicaron desde que emprendió su carrera de atrocidades. Todavía siguen proliferando. Atendiendo brevemente a cómo se forma y se difunde una teoría popular persistente podemos evaluar el atractivo que tuvo la historia de Stevenson para la imaginación de sus coetáneos y el lugar que ocupa en el contexto médico-legal, tal como he intentado demostrar.

En un principio se creyó que el asesino de Whitechapel era un

[17] Se le atribuyen los siguientes asesinatos: viernes, 31 de agosto de 1888, Mary Ann Nichols, en Buck's Row, Whitechapel; sábado, 8 de septiembre de 1888, Annie Chapman, patio trasero de Hanbury Street n.º 29, en Spitalfields; domingo, 30 de septiembre de 1888, Elizabeth Stride, en un descampado junto a Berner Street n.º 40, en St. Georges-in-the-East, y Catherine Eddowes, en Mitre Square, Aldgate, en la City londinense; viernes, 9 de noviembre de 1888, Mary Jane Kelly, en Millers's Court n.º 13, Dorset Street, n.º 26, en Spitalfields. Según la página web de la policía metropolitana dedicada a estos crímenes, «el nombre de Jack el Destripador tiene una explicación sencilla. Figuraba al pie de una carta, fechada el 25 de septiembre de 1888, que se recibió en la agencia de prensa Central News el 27 de septiembre de 1888. La agencia, a su vez, la reenvió a la policía metropolitana el 29 de septiembre [...]. Fue entonces cuando se hizo público el "nombre comercial" de Jack el Destripador, que vino a estimular todavía más la imaginación popular». La fuente más accesible y completa de documentación sobre los crímenes, que incluye informes policiales, partes médicos, artículos de prensa y documentos oficiales que no se encuentran en ninguna otra parte, es el muy útil trabajo recopilatorio de Steward P. Evans y Keith Skinner, *The Ultimate Jack the Ripper Sourcebook* (Constable & Robinson, Londres, 2000).

vecino del distrito, uno de los más pobres de Londres. Las autoridades tenían la costumbre de relacionar la criminalidad con los suburbios, y al punto dieron por hecho que el brutal asesinato de las prostitutas era una manifestación más de la miseria del barrio: la némesis del abandono. Sin embargo, el 8 de septiembre, un editorial de *Pall Mall Gazette* (que cuatro años antes había publicado «El ladrón de cadáveres» de Stevenson) formulaba algunas hipótesis intrigantes:

> En el asesinato cometido esta mañana no se observan indicios de precipitación ni de alarma. Al parecer, el asesino mató primero a la mujer, degollándola con tal violencia que estuvo a punto de separar la cabeza de los hombros, para, a continuación, vaciarle las entrañas y deshacerse de ellas de una manera que evoca el salvajismo de los pieles rojas [...].
>
> Este nuevo recordatorio del potencial de la repugnante barbarie latente en el ser humano constituye un saludable bofetón a ese complaciente optimismo convencido de que el progreso de la civilización ha vuelto innecesarios los cerrojos y los barrotes sociales, morales y legales que impiden a los Hyde de la humanidad cobrar forma visible entre nosotros. Y es que ciertamente parece que una personificación de Hyde aceptablemente realista anda suelta por Whitechapel. Los salvajes de la civilización que estamos criando por centenares en nuestros barrios bajos son tan capaces de hundir sus manos en sangre como cualquier sioux que alguna vez haya arrancado la cabellera de un enemigo.

Parece así que el experimento de Jekyll tuvo éxito en el terreno de la segregación social. El culpable es imaginado como uno de esos criminales atávicos que figuran en la bibliografía psiquiátrica: un salvaje de la civilización. «Una regresión al antiguo estado salvaje –según la expresión de un experto– nacido en el siglo XIX en lugar

de un siglo antes»[18]. Nuestro Hyde, uno entre «centenares», parece ser un producto inevitable de las circunstancias sociales. Pero, puesto que el autor decidió invocar la autoridad de Stevenson, debemos suponer que si Hyde está ahí, Jekyll no puede estar muy lejos. El artículo continúa:

> No debería sorprendernos, sin embargo, que el asesino de este caso no se haya criado en los suburbios. La naturaleza de las atrocidades y el ultraje a que somete a sus víctimas sugiere que debemos buscar a un individuo animado por esa obsesiva crueldad sedienta de sangre que a veces resulta de la indulgencia desenfrenada en las peores ocasiones. Podríamos encontrarnos ante un marqués de Sade plebeyo que campa a sus anchas por Whitechapel. En tal caso, y si no lo detienen pronto, no tendremos que esperar mucho para ver cómo aumenta su siniestra nómina de asesinatos.

Se establece una distinción entre una violencia atroz y puramente impulsiva –patrimonio de los degenerados que han crecido en los arrabales– y el sadismo sexual, una tendencia con motivaciones identificables (eróticas): de ahí el temor a que se produzcan nuevos crímenes. La reorientación de la clase social del asesino (el término plebeyo es aquí relativo y significa simplemente individuo de clase baja) lleva implícita la insinuación de que Hyde en verdad podría existir dentro de un Jekyll. La misma insinuación se refrenda dos días más tarde en el mismo periódico, cuando en la sección de «Notas sueltas» se expresa la esperanza

> de que la policía y sus colaboradores *amateur* no estén centrando sus pesquisas únicamente en individuos con aire de «horribles

[18] Daniel Hack Tuke, «Case of Moral Insanity, or Congenital Moral Defect. With Commentary», *Journal of Medical Science*, 31, 1885, p. 365.

> rufianes». Muchos ocupantes de la Cámara de los Horrores tienen aspecto de predicadores de pueblo, parlamentarios o niñeras. En conjunto nos inclinamos plenamente por la tesis, que ya expresamos el sábado, de que el asesino es víctima de una obsesión erótica que a menudo adopta la espeluznante forma de una incontenible avidez de sangre. El sadismo, como se conoce a esta patología a partir del maníaco marqués [...], es por fortuna tan extraño entre la mayoría de nosotros que cuesta dar crédito a la posibilidad de que la simple depravación pueda dar tan horrendos frutos. El marqués de Sade, que murió en un manicomio a la edad de 74 años [...] era un caballero de aspecto amable, y así, muy posiblemente, podría ser también el asesino de Whitechapel[19].

El mensaje es muy sencillo. Dejen de buscar a Hyde –la encarnación visible del mal expresada mediante la fealdad física– y miren bien a su alrededor, sin descartar a las personas respetables. No se fíen jamás de las apariencias: ésta es la idea central en que se enraíza el relato de Stevenson, y muy pronto, la teoría de Jekyll/Hyde prende en el análisis del asesino de Whitechapel. El sábado 6 de octubre, tras dos nuevos crímenes, el *East London Advertiser* razonaba que

> hay mucho aquí de plan minuciosamente concebido, lo que nos obliga a preguntarnos si el asesino es de verdad un maníaco en el sentido estricto de la palabra, y no, más bien, un hombre con tendencias maníacas pero suficiente dominio de sí y de sus facultades para agredir a sus vecinos y, quizá, mezclarse con la sociedad respetable sin que nadie lo cuestione. Probablemente tiene la capaci-

[19] La referencia a que el asesino es «víctima» de sadismo indica claramente cierta familiaridad con la sexología y los conceptos médico-legales. Esta categoría había sido formulada por Krafft-Ebing en su manual solo dos años antes. El propio Jack figura en posteriores ediciones de *Psycopathia Sexualis* como un «moderno Barba Azul».

> dad de disfrutar de su soledad cuando le plazca, y éste parece ser el único requisito para ocultar sus crímenes.

Los rasgos de Hyde se difuminan progresivamente conforme Jekyll se repliega en el individuo respetable y de aspecto normal. El hombre de tendencias maníacas que periódicamente entra en erupción de un modo espantoso, y que más tarde desaparece para ocupar su honorable lugar entre sus vecinos –«como la mancha de vaho en un espejo», según lo expresa Jekyll–, sustituía al «salvaje» de los barrios bajos, fácilmente reconocible. Es Jekyll quien ahora sirve como modelo más probable. Así, el 13 de octubre, el mismo periódico observaba:

> Entre las teorías sobre los asesinatos de Whitechapel, que un día surgen y al siguiente se evaporan, la que goza de mayor aceptación es la de Jekyll y Hyde, es decir, que el asesino es un hombre que lleva una doble vida: una existencia respetable y hasta religiosa, y otra ilícita y brutal; que cuenta con dos viviendas y probablemente sea un hombre casado y una persona de la que nadie sospecharía siquiera por un instante.

Y más:

> Las pruebas encontradas por el doctor Gordon Browne en la investigación de la víctima de Mitre Square demuestran sin ninguna duda la teoría de que el asesino posee notables habilidades anatómicas [...]. Ahora sabemos con certeza que *es un experto en anatomía* [la cursiva es mía].

Del matón atávico al individuo respetable y posteriormente a un miembro de la profesión médica: la metamorfosis de Jack es la contraria a la de Jekyll, o reproduce exactamente el espectáculo

presenciado por Lanyon. Esta teoría del Destripador como «doctor loco» cuajó finalmente y acabó, en palabras de Christopher Frayling, siendo «la más popular, tanto en la prensa como entre los comentaristas del público lector en general».[20] Sea cual fuere la verdad, la idea de que Jack el Destripador procedía del East End y no del West End londinense y de que tenía alguna relación con la medicina es la que ha perdurado.[21]

Los avistamientos de posibles sospechosos empezaron a ajustarse a este modelo, del que era elemento esencial un bolso negro y grande como los que antiguamente llevaban los médicos. Lo cierto es que en un teatro de Londres se representaba desde el mes de agosto de aquel año una adaptación del relato de Stevenson, pero las funciones se interrumpieron poco después, quizá porque alimentaban las especulaciones en torno a los crímenes. Como observaba el *Daily Telegraph*: «La experiencia ha demostrado a este inteligente y joven actor que los horrores llevados a la escena no gustan en Londres en este momento. Ya tenemos bastante con los que nos hacen temblar en las calles» (en Frayling, 1996, p. 213).

---

[20] Christopher Frayling, «The House that Jack Built», en Sylvia Tomaselli y Ray Porter eds., *Rape*, Basil Blackwell, Oxford, 1986, p. 196. En su edición del 9 de septiembre de 1888 *The New York Times* observaba: «No se conocía en Londres una secuencia de asesinatos como ésta desde hacía cien años. Cabe la posibilidad de que pueda tratarse de un caso semejante al de Jekyll y Hyde, toda vez que Joseph Taylor, un hombre plenamente fiable que esta mañana vio al sospechoso mal vestido, jura haber visto al mismo hombre salir de una casa de huéspedes de Wilton Street vestido de una manera muy distinta. Sea como fuere, no se conocen en la historia de la policía inglesa crímenes más horrendos y misteriosos que éstos. Al desconcierto de los londinenses se suma la circunstancia de que esto ocurra mientras en el Lyceum todo el mundo habla del *Jekyll y Hyde* de Mansfield [la obra de teatro]».

[21] Es interesante señalar que, en diciembre de 1888, Edward Charles Spitzka (que ya anteriormente había comparado con Hyde a uno de sus enfermos de «manía masturbatoria», véase nota 15) concluyera su ponencia en la Sociedad de Jurisprudencia Médica, titulada «The Whitechapel Muders: Their Medico-Legal and Historical Aspects» (un catálogo de casos de sadismo), con la siguiente observación: «La bestia salvaje [...] duerme dentro de todos nosotros. No siempre es necesario referirse a la locura para explicar su despertar». Es evidente que el doctor Spitzka se había tomado muy en serio la lección de Stevenson, y cabe imaginar la incomodidad de los médicos expertos que integraban su auditorio. Spitzka, «Whitechapel Murders» (1888), p. 778.

El extraño caso quedó eclipsado por su equivalente en la vida real. La creación de Stevenson, en parte basada en las teorías de la criminología y la psiquiatría, que, en palabras de un crítico, se movían «en el mismo terreno que las de los sexólogos» de la época[22], aportó algo nuevo al pensamiento médico forense: la idea de una personalidad dual como la de Jekyll y Hyde, la del asesino múltiple que lleva una doble vida[23]. Esta idea goza hoy de una vida independiente al margen de la creación de Stevenson.

[22] Stephen Heath, 1986.

[23] Sobre la formación y la difusión de este mito véase Deborah Cameron y Elizabeth Frayer, *The Lust to Kill: A Feminist Investigation of Sexual Murder*, New York University Press, Nueva York, 1987, y Frayling, 1996.

Este libro se acabó de imprimir en diciembre de 2014
en los talleres de Liberdúplex, s.l.
Ctra. BV 2241, km 7,4
Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons
(Barcelona)

«Y es que ciertamente parece que una personificación de Hyde aceptablemente realista anda suelta por Whitechapel», decía la *Pall Mall Gazette* el 8 de septiembre de 1888 en referencia al segundo asesinato de Jack el Destripador. La novela de Robert Louis Stevenson *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde* se había publicado dos años antes, en 1886, y se prestaba ya a esta clase de comparaciones. Había entrado de lleno en el imaginario popular y aún hoy, en el siglo XXI, no somos inmunes a su efecto. El caso «esclavizaba» ya la «imaginación» del abogado Utterson, a quien le fue dada la horrible experiencia de ser testigo de la historia; podemos decir que también esclaviza la de sus lectores. Construido como una investigación detectivesca, con una forma narrativa diáfana y perfecta, este «relato alegórico que finge ser policial», según diría Borges, es sin duda una de las piezas maestras de su autor.

Esta edición presenta el texto en una nueva traducción de Catalina Martínez Muñoz, con las ilustraciones de Mervyn Peake para la edición de The Folio Society de 1948. Incluye asimismo un memorable artículo de Stevenson sobre la inspiración de la obra y un revelador apéndice de Robert Mighall que la sitúa en el contexto científico, psiquiátrico y criminológico de la época.

El tema es infinitamente interesante, y pródigo en todo género de provocaciones, y el señor Stevenson ha de congratularse por haber dado en el blanco.

HENRY JAMES

ALBA CLÁSICA

9 788490 650615